

VENGANZA SIN LÍMITE

LIBRO 4



JORGE CANEDA



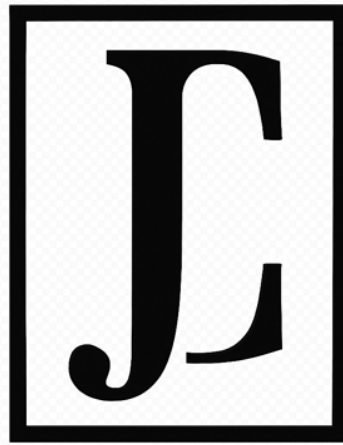
**Entra en mi web y descarga gratis la
PRECUELA de esta historia, además de otros
relatos**

www.jorgecaneda.com



VENGANZA SIN LÍMITE

Jorge Caneda



Libro 4 de la serie
SIN LÍMITE

© 2025 Jorge Caneda

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

www.jorgecaneda.com

QUÉ DICEN LOS LECTORES

***** «Excelentemente escrita, te mantiene atrapado desde la primera hasta la última página.»

***** «Un thriller trepidante con alma gallega, donde la acción y la tensión se respiran en cada página. Jorge Caneda construye una historia oscura, cargada de ritmo y emociones, en la que los secretos pesan tanto como las balas.»

***** «Jorge Caneda tiene una gran virtud y es que de ideas que parecen (solo lo parecen, porque detrás hay mucho trabajo) sencillas, saca historias interesantísimas, tanto, que hace que no puedas dejar de leer capítulo tras capítulo en todos sus libros.»

***** «Recomiendo leer este libro y los demás del autor. De los pocos que trabajan su escritura.»

***** «La trama, para mí, es muy original siempre con un par de giros en cada libro. Te los recomiendo totalmente.»

OBRAS DEL AUTOR

THRILLER SIN LÍMITE

Precuela: [Mentira Sin Límite](#)

Libro 1: [Sospecha Sin Límite](#)

Libro 2: [Codicia Sin Límite](#)

Libro 3: [Ego Sin Límite](#)

Libro 4: [Venganza Sin Límite](#)

SAGA SUPERVIVENCIA APOCALÍPTICA

Precuela: [Regreso a Costa do Medo](#)

Libro 1: [Las Horas Muertas](#)

Libro 2: [Los Hijos de Las Fragas](#)

SUSPENSE Y FANTASÍA

[El Camino del Perro](#)

NO FICCIÓN (AUTOAYUDA).

[Prólogo A Tu Vida](#)

*A los que sobreviven a su propia historia.
Y a los que, aun con miedo, siguen adelante.*

Capítulo 1

La oscuridad comprimía el aire, como si la ensoñación aún no la soltara. Un dolor seco le martillaba la sien. Se movió y las bridas de plástico le quemaron las muñecas. Las tenía atadas a la espalda. Ahora lo recordaba de la última vez que había despertado.

Cada intento le arrancaba la piel.

La lengua raspó contra un trapo áspero, mugriento, apretado a sus dientes. El polvo le llenó la boca mientras gemía.

Abrió los ojos.

El aire viciado olía a sal y humedad. La blusa, empapada en sudor, se le pegaba a la piel. Quiso incorporarse y descubrió que los tobillos también estaban sujetos con bridas. Probó a girarse de lado, apoyando el hombro contra el suelo.

Cuando la vista se acostumbró a la penumbra distinguió, al fondo del pasillo, el parpadeo de una bombilla solitaria.

Brillaba con ritmo errático, y las sombras temblaban sobre las paredes húmedas de hormigón.

Sonaron unos pasos.

Avanzaban firmes, sin prisa y sin vacilar.

Se acercaban.

La música clásica llegó también enseguida, un susurro lejano.

Parecía salir de un tocadiscos viejo, con el vinilo crujiendo por la humedad.

La silueta se definió. Un hombre con sombrero Fedora, apoyado en un bastón, avanzaba con paso medido tarareando la marcha implacable de Shostakóvich.

Los violines sonaban simples, casi inocentes. Cuando el hombre se detuvo a su lado, mostrando sus lustrados zapatos, el timbal marcó un pulso seco, como un tambor de batalla.

A las cuerdas y la percusión se unieron los metales, haciendo que la marcha sonara más fuerte, implacable.

Entrecerró los ojos, temiendo que aquellos zapatos se levantaran para golpearla.

La música se volvía obsesiva, mecánica, como si alguien repitiera la misma frase en la sombra.

Entonces oyó un taconeo más lejano que se acercaba.

Entre los pantalones beige del hombre distinguió las piernas de una silueta femenina erguida y segura.

El crescendo musical se hizo lento y metódico. Y cuando la mujer estuvo a su altura, vio que tenía el cabello recogido y que aquel rostro juvenil y agraciado le resultaba vagamente familiar.

—Estás más guapa de lo que recordaba, Casandra —dijo la chica, y en su voz sonó tanto un piropo como una amenaza.

Casandra reprimió un escalofrío, y la miró sin parpadear.

La muchacha sonrió, lentamente.

Se agachó y le acarició la mejilla con la yema de los dedos, como si tocara algo frágil. Sonreía, pero en su mirada no había rastro de compasión.

—¿Recuerdas cuando pensabas que no necesitabas a nadie? —susurró—. Bueno... ahora sí necesitas a alguien. ¡Qué ironía!

La voz masculina grave y medida, la interrumpió desde la penumbra.

—No deberías gastar saliva, Silvia. Déjame hacer el trabajo que me prometiste.

Casandra buscó enfocar el rostro de la chica, que acercaba la mano para otra caricia sarcástica.

Entonces vio la ausencia del dedo anular amputado.

La reconoció.

Contuvo un alarido y el silencio que siguió fue peor que cualquier amenaza.

Tensó las manos. Intentó romper las bridas, pero no cedían. Respiraba rápido. Los ojos, secos. Miró hacia la luz del pasillo.

El bastón metálico golpeó el suelo junto a su hombro una sola vez, como una nota marcada en un compás.

—La mente es como una partitura —dijo—. Si sabes leerla... puedes reescribirla.

En medio de esa penumbra, con el corazón a punto de reventar, Casandra comprendió que nadie sabía dónde estaba. Que nadie vendría a salvarla.

Aún no.

Capítulo 2

TRES HORAS ANTES

El aeropuerto bullía con la megafonía, los anuncios y el ir y venir de los viajeros arrastrando las maletas. Victoria, Casandra y Ethan aguardaban en la sala de embarque el vuelo que los llevaría de regreso a Nueva York.

Casandra estaba eufórica. Todavía no asimilaba que no terminara entre rejas por las acusaciones sobre el asesinato de Iván Monteagudo. Aquel empresario casi le arruina la vida engañándola con un amor fingido que ocultaba su huida millonaria.

Ahora él estaba muerto, y aunque ella todavía sufría la amnesia que le impedía recordar aquella noche con claridad, no era culpable de nada.

Casandra todavía hablaba de todo lo vivido, pese a las recomendaciones de Victoria.

—No puedo creerlo. De verdad pensé que no había salida. Que esta vez nada me salvaría. Mi mente fantaseaba con que había sido yo la que mató a Iván. Tal vez en algún momento deseé hacerlo.

Victoria la miró con frialdad y suspiró.

—Por suerte, no lo hiciste. Espero no tener que volver a salvarte. Me fatiga sacarte de tus líos.

Casandra abrió la boca para replicar, pero su madre continuó.

—No me vengas con historias. Ese dinero en criptomonedas puede disfrutarse desde la tranquilidad de un hogar. No es necesario salir a comerse el mundo.

Casandra no discutió. Se levantó y dijo que iba al baño.

Victoria la siguió con la mirada hasta que desapareció entre la multitud. Luego se volvió hacia Ethan.

—¿Por qué lo dejaste escapar? —preguntó, clavando la mirada en su abuela—. Al contable. ¿Por qué dejarlo vivo si ahora tendremos que pagarle cada año?

Victoria inclinó la cabeza, observándolo con atención.

—Antes dime algo —dijo con suavidad—. ¿Qué sentiste cuando maté al hermano del inspector?

Ethan se tensó y desvió la mirada. Dudó si debía decir la verdad. Victoria esperó, impasible.

El chico dejó escapar un suspiro y habló en voz baja:

—Me habría gustado estar en tu lugar. Con el cuchillo en la mano.

Victoria asintió despacio. No dijo nada más.

—Por eso lo dejé escapar —dijo al fin—. Porque no quiero que te conviertas en lo que yo soy.

Ethan la observó en silencio. No podía aceptarlo, pero adoraba a su abuela.

Unos segundos después, anunciaron el embarque. Victoria se levantó con calma y alisó la falda con la punta de sus dos dedos. La vida seguía, pero algo había en Ethan que ya no sería igual.

Entonces, el teléfono del chico sonó.

Un número español.

—¿Hola?

La expresión de Ethan se congeló en un gesto que era una mezcla de sorpresa pura. Victoria lo observó extrañada.

El chico tragó saliva.

La llamada se cortó.

—¿Quién era?

Ethan miró a su alrededor, buscando a alguien.

—¿Quién era, Ethan?

—¿Dónde está mamá?

—En el baño... ¿Qué pasa? ¿Quién era?

—Silvia está aquí y quiere la mitad de nuestras criptomonedas.

Victoria palideció. Sus ojos se abrieron en un pánico que nunca antes había exteriorizado.

—¡Corre! —ordenó, agarrando del brazo a su nieto—. Ve a buscar a tu madre ahora mismo. ¡Corre, Ethan!

Capítulo 3

1

Victoria caminó con paso firme sobre el suelo pulido. Tras hablar con los agentes de seguridad, la megafonía repetía el nombre de Casandra Hudson para que acudiera al mostrador. Entre anuncios sonaban destinos: Frankfurt, Lisboa, Heathrow... como plegarias inútiles.

Ethan guardaba silencio. Seguía a su lado casi sin rozarla, incrédulo por haber perdido a su madre a pocos minutos del embarque que los llevaría de regreso a casa.

—¿La han visto? —preguntaba Victoria alzando la voz, mostrando la foto de Casandra a viajeros, empleados de seguridad y personal de sala.

No obtenía más que sonrisas simuladas, negativas amables y miradas que se desviaban al instante.

Ethan observaba las cámaras de seguridad, moviendo los ojos como escáneres. Contaba cuántas tiendas tenían acceso a salidas de emergencia y ángulos muertos al fondo de los pasillos.

Victoria se detuvo de golpe y se apoyó en el mostrador de información con la mano de dos dedos a la vista. El empleado la miró con lástima.

—El jefe de seguridad vendrá enseguida.

—Tendría que estar aquí, dándome una explicación...

Se apartó entre maletas y empujones hasta un banco vacío. Se dejó caer y sujetó el bolso con fuerza. Ethan se mantuvo de pie, cauteloso. Su abuela no necesitaba cariño, sino resultados.

El jefe de seguridad apareció tras el mostrador y les hizo una señal.

—Tenemos un vídeo. Su hija sale del aeropuerto acompañada.

—¿Acompañada? No puede ser...

El hombre abrió el portátil y reprodujo el fragmento. Casandra avanzaba apresurada junto a un hombre con sombrero, bastón y que arrastraba una leve cojera.

—¿Es su hija, verdad? Coincide con la descripción...

Ethan asintió.

—Está siendo arrastrada —dijo Victoria alterada— ¿Cómo es posible que nadie de seguridad se diera cuenta?

—Verá, señora. Por las imágenes del video no podemos demostrar que su hija salga por la fuerza.

—¡No estoy diciendo eso!

El teléfono vibró entre sus manos.

Victoria tardó un segundo en reaccionar. Un número oculto en la pantalla.

—¿Sí?

Esa maldita voz.

—No pierdas más tiempo en ese aeropuerto. Estamos lejos ya, Victoria. ¿Te imaginas regresar a esos juzgados que os dejaron en libertad hace unos días? Cada segundo que pierdes es un segundo que tu hija pasa en la oscuridad.

Victoria cerró los ojos.

—¿Qué quieres?

La risa de Silvia fue breve. Seca.

—Lo de siempre. La mitad... o quizás todo.

Colgó.

Quedó con el teléfono en la mano, los ojos abiertos y sin ver nada.

—¿Abuela? ¿Qué ocurre?

Victoria salió de su ensoñación y se dirigió al encargado.

—¿Puede darnos una copia de ese video?

—No puedo, señora. La normativa de protección de datos...

—Solo ese fragmento. Entienda la situación.

—Lo tiene que pedir la policía. Acuda a ellos en cuanto pueda.

—Déjelo, no tenemos tiempo de seguir hablando con un inútil.

Se dio la vuelta e hizo un gesto para que Ethan la siguiera.

—¿Quién era, abuela?

—Silvia. Tiene secuestrada a tu madre.

2

El taxi avanzaba en dirección a la autopista. El cielo se había encapotado y la tarde adquirió una luz extraña. Gotas gruesas golpeaban la carrocería.

—Viene una tormenta. ¿Los acerco a la ciudad?

Victoria sujetaba el bolso en su regazo en el asiento trasero, mirando por todas las ventanillas.

—Nos vamos a España, vaya tirando. Ethan, busca un hotel.

El chico ya buscaba opciones en el móvil.

—Si van a quedarse pocos días y quieren un sitio tranquilo y encantador, puedo recomendarles algo.

Victoria no respondió al principio, pero después atendió la sugerencia.

—¿Está apartado?

—Un poco, ¿le gustaría?

—Tal vez...

Ethan levantó la cabeza y esperó instrucciones.

—Es una casita pequeña de una prima de mi mujer, que es española. Está en Combarro, ¿no lo conocen? Es un pueblo adorable lleno de hórreos junto al mar. La casa queda al otro lado de la carretera, lejos de los turistas. Está libre esta semana y, si van de mi parte, tendrán descuento.

—Llévenos.

—¿No quiere que le consulte precio antes?

Victoria negó por el retrovisor. Ethan guardó el teléfono.

Fuera, la carretera se estiraba entre colinas oscuras y árboles inmóviles. El sol, atrapado detrás de las nubes, teñía el paisaje de un naranja turbio, irreal. Las gotas seguían cayendo dispersas. El taxista aceleró en cuanto se incorporó a la autopista y alcanzó la velocidad máxima permitida. El zumbido del motor se volvió monótono. El paisaje los encerraba en sus propios pensamientos al ritmo del traqueteo del coche.

El hombre percibió la tristeza en ellos y guardó silencio. Victoria miró el reflejo del rostro de su nieto en la ventanilla, desdibujado por los surcos de la lluvia. Lo observaba como si no lo reconociera.

3

Al llegar, la casa rural se alzaba en una arboleda densa, donde las sombras devoraban la luz del atardecer. La dueña, una mujer de unos sesenta años con delantal de cuadros y mirada desconfiada, los recibió en silencio. Victoria pagó con su tarjeta de criptos sin añadir palabra. Recibió la llave y la indicación hacia una escalera de piedra irregular.

Mientras subían, Victoria sintió que cada peldaño la empujaba hacia un precipicio que temía mirar. Primero fue la extorsión en Blue Valley, luego la acusación de asesinato contra su hija a un magnate gallego. Y ahora, el secuestro en esas mismas tierras que parecían empeñadas en atraparla.

La casa era fría, de paredes desnudas de piedra granítica y muebles viejos. En el dormitorio, una colcha algo usada y una silla junto a la ventana. Nada más.

Victoria dejó el bolso sobre la cama y se quitó la chaqueta con movimientos lentos. No tenía más ropa, las maletas volaban hacia Nueva York en el avión que debía llevarlos a un nuevo hogar. Se sentó y miró a Ethan, que recorría la habitación en silencio tocando las paredes, probando la cerradura de la ventana e inspeccionando la puerta del baño como si buscara una trampa.

—Tenemos que pensar —dijo ella—. Silvia no se moverá sin una razón. Si ha llamado... es porque quiere que la sigamos.

—O porque quiere que lo parezca —replicó él, sin dejar de mirar a su alrededor.

Victoria asintió.

—De momento, estamos situados cerca de los juzgados que dejaron en libertad a Casandra, como ella insinuó.

Pasaron un rato así. Sin televisión. Sin móvil. Solo la lluvia y algún relámpago lejano recortaban el paisaje de la ría como un

cuadro antiguo. El mar en calma, gris plumizo, y al fondo, los hórreos de piedra entre las casas desalineadas frente al agua, como guardianes mudos del tiempo.

—Ethan. Vamos a sacarla de donde esté.

Él la miró. En su expresión no había ni duda ni miedo; era otra cosa.

Victoria no supo qué significaba eso, pero lo sintió. Como el relámpago que precede al trueno.

Y en esa habitación modesta, rodeados de sombras y planes que aún no tenían forma, supo que no solo tendría que rescatar a su hija.

Capítulo 4

La nave estaba desierta, era un espacio enorme donde antaño habían entrado camiones cargados de mercancía. El eco de sus pasos retumbó en las paredes desconchadas y las ventanas altas cubiertas de polvo. Silvia esperó a que el hombre cerrara el portalón por donde había metido el coche. El vehículo aún crujía debido a la velocidad en la autopista.

El portón oxidado chirrió al empujarlo. Viktor Balmadé se acercó. Alto, delgado, traje gris impecable, camisa blanca con cuello rígido y corbata negra. El pelo blanco, recogido en una cola, brilló un instante con la luz que filtraban los ventanales rotos. Llevaba gafas sin montura que se ajustaban a su rostro anguloso. Caminaba sin prisa, como si el tiempo le perteneciera. Con el bastón cromado marcaba el compás contundente de sus pasos sobre el cemento.

Se detuvo frente a ella sin saludar. Apoyó el bastón y lo sostuvo junto a la pierna.

—Silvia.

Ella inclinó la cabeza. Observó las arrugas finas en el contorno de los ojos y también las manos, delgadas, con venas marcadas y esas manchas en la piel que el tiempo marcaba implacable con el paso de muchos años.

—Viktor —respondió.

El hombre habló sin preámbulos.

—Lo mío no son los huesos ni la sangre.

Silvia no parpadeó.

—Sé lo que haces. Por eso estás aquí.

Viktor abrió el maletero y sacó una bolsa cargada de medicamentos.

—Hay de sobra para dormirla si esto se complica. También analgésicos, antiinflamatorios y antibióticos, como pediste. Me costó sacarlo de la Universidad, a mí no me sirven. Mi terreno es la psique, quiebro lo invisible. Cuando eso falla, todo lo demás cae.

Silvia tomó la bolsa y miró dentro. Las cajas estaban ordenadas, las más voluminosas abajo, las pequeñas arriba.

—¿Y el dinero? —preguntó Viktor, como si hablara del tiempo.

—Diez mil en efectivo —respondió ella, cogiendo un bolso del suelo—. Lo pactado, los cuarenta mil restantes en criptomonedas cuando todo acabe.

El hombre echó un vistazo al interior del bolso.

—¿Dólares?

—Cámbialos poco a poco. Estoy en busca y captura, no puedo hacer movimientos en mi cuenta desde este país. Daría demasiadas pistas.

Viktor asintió. No mostró interés por negociar.

—¿Cuál será tu botín?

Silvia le sostuvo la mirada.

—No respondo a eso.

El hombre guardó su dinero en el maletero y cerró el portón con un golpe que retumbó en la nave.

—Eres muy joven para creer que los pactos resisten sin contexto —dijo.

—Soy lo bastante mayor para no cometer el error de contar más de lo que necesito.

Viktor acomodó la palma de su mano en el pomo dorado del bastón.

—Sin cifras no calibro el riesgo. Y si no calibro el riesgo, no acepto la exposición.

—No vas a exponerte —replicó ella—. Tu papel será limpio: observación, análisis, lectura del enemigo y tortura psicológica. Nada que comprometa tu nombre. No aparecerás en ninguna lista.

Viktor examinó su rostro con una lentitud calculada. Le gustaba probar frases en la piel ajena como un médico que presiona un hematoma para ver cuánto duele.

—Todos dicen “no aparecerás” antes de encender la luz —dijo—. Luego llegan las sirenas y el mérito cambia de dueño.

—Yo no reparto méritos. Sólo resultados.

El silencio los atrapó durante unos instantes.

—Mi trabajo requiere un entorno. Le saco la piel a la gente por donde no miran. Me da igual si se llama Casandra o como sea. Si quieres que funcione, necesitas obedecer tiempos. Si empujas, el castillo se desmorona.

—Aquí el castillo lo desmorona la familia Hudson —contestó Silvia—. Como te dije la primera vez, necesito a alguien que no me falle. Conozco sus puntos débiles, ahora necesito que me digas los tuyos.

—Los míos no existen —dijo.

—Todos tenemos. Tú los llamarás principios.

El rostro de Viktor se convirtió en una carcajada sin sonido.

—La juventud trae insolencia. La edad enseña que las mujeres creen que inventan el mundo cuando mienten.

Silvia sintió el golpe.

«Machista», pensó.

Previsible y útil. Ese tipo de hombres daban por sentado que controlan todo. Mejor. Que lo creyera.

—Háblame como a una secretaria de los ochenta si te da seguridad —dijo—. Me da igual. Yo soy la que paga.

Viktor acarició el bastón con el pulgar.

—Hablemos de motivación —dijo—. Puedo trazar perfiles y diseñar trampas. Puedo dividir a una familia con tres frases mal ofrecidas. Puedo convertir a un hijo en delator y a una madre en muro. Pero necesito saber qué quiere la dueña de la orquesta.

El gesto de Silvia se tensó.

—Quiero que les duela. No que se asusten y corran. Quiero heridas que no curen. Que cada mañana recuerden lo que me hicieron y lo que perdieron. Y quiero mi parte de lo que me robaron. Todo lo demás me da igual.

Viktor la escuchó con interés, sin interrumpirla. Silvia tenía la ambición, lo traía en la sangre y eso tanto podía servirle como volverse un incendio.

—Hablas como quien cree que el dolor ordena —dijo—. El dolor sólo desordena. Te conviene más la culpa. La culpa trabaja sola.

—Me conviene ganar —replicó—. Si haces tu magia con culpas y traumas, me parece perfecto. Pero no te confundas, yo no vine aquí a pedir terapia.

Viktor levantó la cabeza y observó la nave con parsimonia.

—Los cuarenta mil restantes al terminar, entonces. Habrá una evaluación completa del objetivo y un plan de desgaste. Entradas plausibles, salidas limpias. Mi nombre no saldrá en ninguna parte. Y nada de sangre. La sangre es para quienes no saben leer. Yo no ensucio mis manos.

Silvia respiró una vez y asintió.

—Hecho.

—Falta saber tu botín —añadió.

—No lo sabrás. Te basta con que sepas que es grande como para que te dejen en paz el resto de tu vida si te caen unas migajas.

Viktor sonrió, esta vez con más claridad.

—A mi edad no como migajas —dijo—. Prefiero que la mesa no se manche y que la cocinera no me meta en la cocina.

Silvia sostuvo el pulso.

—No te voy a meter en ningún sitio. Vas a mirar desde la puerta, con las manos en los bolsillos y ese aire tuyo de profesor. Nada que manche tu apellido. Palabra.

—Las palabras de una mujer despechada pesan poco...

—No estoy despechada —dijo—. Estoy furiosa. Y sé dónde duele. En la reputación, en el dinero y en la familia. La mía me la han destrozado. Ahora me toca.

Viktorladeó la cabeza, como quien examina una escultura de cerca.

—¿Qué te hicieron?

—Me usaron —dijo—. Se rieron, me escupieron y sellaron el engaño con la firma de una empresa. Me llamaron desequilibrada cuando pedí justicia. Todo eso está grabado a fuego en mi mente. Eso te basta.

Viktor puso el bastón delante y se apoyó en él con ambas manos.

—Entonces te conviene aprender a esperar. La venganza que ladra pierde dientes. Hay que morder sin ruido. No gano nada si te veo arder y me quedo sin ceniza que analizar.

—¿Y si me precipito? —preguntó con una ironía sorda.

—Te estampas. Y no me llames para que te quite los cristales.

—No te llamaré. Te pagaré. Tú harás lo tuyo. Yo, lo mío.

Viktor se inclinó ligeramente hacia ella.

—Te advierto —dijo—. Hombres y mujeres no actúan igual: los hombres se creen invulnerables y se caen pronto; las mujeres aguantan más y, cuando caen, ruedan hasta el fondo. Pareces de las que no miran abajo. Eso evita el temblor. También impide ver el borde.

—El borde lo pusieron ellos.

Viktor hizo una mueca de aprobación.

—Dame un par de días para analizarla —dijo, señalando con un gesto hacia el coche—. Y veré si te tiemblan las manos cuando llegue el momento.

—No me tiembla nada.

—A las mujeres les tiembla el orgullo —sentenció—. A tu edad, además, el orgullo pide aplausos.

Silvia guardó silencio unos segundos, no por obediencia ni respeto.

—No busco aplausos —dijo al fin—. Busco justicia a mi manera. Si necesito ego, me miro al espejo y me lo doy sola. A ti te quiero para otra cosa: precisión.

—Tendrás precisión. Y un consejo gratis, no te enamores de tu venganza. Las venganzas celosas matan torpemente.

—No soy celosa —replicó—. Soy paciente. Y tengo memoria.

Viktor inclinó apenas la cabeza.

—Bien, ahora ayúdame a sacarla del coche.

Capítulo 5

1

La lluvia cesó, las nubes desaparecieron y la noche cayó con una dulzura inesperada. Una noche que se deslizaba como un velo húmedo sobre los tejados y que se filtraba entre los callejones empedrados de Combarro.

Victoria caminaba junto a Ethan por las calles estrechas del casco antiguo. Las losas bajo sus pies estaban mojadas. El aliento salado del mar se colaba entre las casas bajas de granito y balcones labrados. Los faroles de hierro envolvían cada esquina en penumbra dorada, como si el pueblo flotara en otro tiempo.

A lo lejos, tintineaban cubiertos y copas. Algunos turistas apuraban la cena en terrazas cubiertas, bajo luces suaves y mantas sobre las rodillas. Olor a marisco, pan caliente y vino blanco recién servido llegaba a ráfagas. Podía haber sido una noche hermosa.

Pero ellos no veían nada de eso.

Ni el encanto del lugar, ni los colores cálidos del alumbrado, ni la calma de la ría.

Solo pensaban en Casandra. Si tenía las manos atadas, los ojos cerrados, en el silencio de no saber dónde estaba ni cuándo irían a por ella.

Ethan caminaba al lado de su abuela en silencio. No hacía falta preguntarle si estaba bien. Sabía que no. Iba con las manos en los bolsillos, la capucha echada sobre la cabeza y los ojos clavados en el suelo. De vez en cuando, miraba de reojo las casas antiguas, los hórreos junto al mar, las callejas estrechas como gargantas de piedra.

Cada paso lo hundía más en sus pensamientos, y eso era lo que empezaba a preocuparle a Victoria. Ese silencio suyo no era el del

miedo. Era otra cosa.

Pasaron junto a un restaurante. Un camarero ponía copas con mimo frente a una pareja de mediana edad, sentada al borde de la ría. Él reía con un vino en la mano; ella, con un fular sobre los hombros, parecía flotar. Al verlos, Victoria sintió una punzada. El recuerdo de lo que había perdido con Raymond, su marido fallecido, agente del FBI. Solo un puñado de personas en el mundo conocieron sus misiones secretas.

—¿Quieres entrar un momento? —preguntó Ethan de pronto, sin mirarla.

—No sé si podré tragar un sorbo, pero debería intentarlo. Nos vendría bien comer.

Un camarero adivinó sus intenciones y les sonrió desde la calle cubierta por un toldo, con una carta en la mano, donde la luz escaseaba.

En ese momento, vibró el teléfono de Victoria en el bolsillo y se detuvo. Ethan también.

Sacó el móvil y miró la pantalla.

Número oculto.

El corazón se les aceleró.

—¿Hola? —contestó con voz baja.

Durante unos segundos no se oyó nada. Solo la línea abierta, respirando.

Entonces, la voz.

—Victoria...

Un murmullo cruel.

Victoria levantó la barbilla hacia su nieto.

Era ella, Silvia.

La reconocería entre mil voces. Ese tono suave, burlón, peligrosamente familiar.

—¿Sabes que me debes algo, verdad?

Victoria apretó el teléfono contra la oreja.

—Devuélveme a mi hija.

Silvia tardó en responder.

—A cambio, ya sabes lo que quiero.

Ahora el tono era casi dulce. Como si hablara de una receta de cocina, no de un chantaje.

—Estás loca, no sé de qué hablas.

La llamada se cortó sin más.

Victoria se quedó en mitad de la calle, inmóvil, con el teléfono en la mano. Miraba la pantalla, como si esperara otra llamada. Pero no sonó.

Ethan la observó.

—Has hecho bien, abuela. Puede estar grabando y usar las llamadas contra nosotros, mandándolas al FBI.

—Es ella la que está perseguida por las autoridades.

—Pero podría usar grabaciones para inculparnos de nuevo a nosotros.

Victoria levantó la barbilla y lo miró fijamente.

—No entregaremos las criptomonedas que robaste así como así.

—No lo haremos...

El camarero se acercó unos pasos, sonriendo más y señalando la entrada al restaurante.

Victoria no sabía hasta dónde llegaría Silvia. No conocía sus límites ni sus planes. Pero conservaba la intuición de madre que presiente lo peor.

Silvia no estaba jugando.

Cerró los ojos y sintió la rabia contenida. Al abrirlos, Ethan la miraba con la expresión que tenía de niño.

—¿Qué dijo exactamente?

—Lo mismo de siempre, hijo. Solo que esta vez... ha sonado distinto.

—¿Distinto cómo?

Victoria respiró hondo.

—Como si no tuviera nada que perder.

Ethan asintió despacio.

—¡Buenas noches, familia! ¿Les apetece pasar y probar alguno de nuestros mariscos frescos?

Victoria miró a su nieto con un aire renovado.

—Vamos, necesitamos alimentarnos bien. No podemos flaquear.

La noche había caído del todo. Combarro dormía a medias, con algunas terrazas abiertas bajo toldos húmedos, a la espera de los turistas que pronto lo inundarían todo.

Desde el restaurante donde Victoria y Ethan cenaban llegaba el murmullo del agua contra los muros de piedra. Con la marea alta, las olas lamían los escalones que bajaban directamente desde las casas al mar. El reflejo de las farolas temblaba en la superficie oscura, como si la ría respirase.

Un joven camarero, que iba y venía con gesto amable, no pudo evitar detener la mirada en la mano de Victoria. El muñón sobresalía donde deberían estar los dedos. Ella lo sabía, pero hacía tiempo que había dejado de importarle.

Frente a ella, Ethan comía en silencio. No parecía incómodo, sino ausente, con la vista clavada en la línea negra del horizonte, donde las luces costeras parpadeaban como luciérnagas.

Probaron el pulpo, aceite justo, la sal gruesa en su punto. Se sirvieron otra copa de vino y la alzaron en silencio, como brindando por un triunfo aún pendiente.

—Sabes —dijo Victoria, bajando la voz—, a veces sigo pensando que perdimos la oportunidad. En el local de Charlie.

Ethan no respondió.

—Silvia estuvo ahí. Tuvimos algún momento, pero no lo hicimos.

El chico apoyó el tenedor con calma.

—Más bien, no lo hice.

—¿Y ahora, querrías hacerlo?

—No lo sé —murmuró—. Tal vez me equivoqué. Tú la querías muerta, pero la única posibilidad era que yo lo hiciera.

El camarero se acercó y preguntó si todo estaba a su gusto. Evitó mirar la mano de Victoria, pero fue peor. Esa contención torpe lo delató.

—Todo bien —dijo ella.

Cuando el camarero se alejó, volvió a hablar, pero sin alzar la voz.

—No me gusta verte así, callado. Pensando demasiado.

Ethan se encogió de hombros.

—Estoy tranquilo. Si mamá está con Silvia, creo que no estará mal del todo. Me lo debe.

—¿Todavía sigues confiando en ella?

—No sé... Aquel año en el instituto tenía brillo, ¿sabes? Aguantaba las embestidas pese a sus problemas. Las burlas, los insultos, nadie quería ser su amiga... Pero resistía. Su destino era salir adelante.

—Y lo consiguió, estudió una carrera y se hizo un hueco importante en una multinacional.

—Gracias a nuestro dinero.

Victoria mojó un pedazo de pan en el aceite con pimienta del pulpo.

—¿Crees que no lo hubiera conseguido sin su parte?

—Las cosas le habrían resultado más difíciles.

—Ethan, esa chica superaba todos los obstáculos que la vida le ponía cada día. ¿Crees que no sería capaz de alcanzar un objetivo realista a largo plazo? Silvia se ha convertido en alguien peligrosa para nosotros.

—¿Crees que le hará daño a mamá?

—No mientras nos necesite para conseguir lo que quiere.

—Su dinero.

—Se llevó su parte, no va a sacarnos más. Rescataremos a tu madre antes de que le haga daño.

—Si se lo hiciera, lo pagará.

—Eso es lo que me preocupa —dijo, apartando los platos y limpiándose los labios—. Ethan, tal vez yo me equivocara entonces. Ahora no quiero que seas tú quien cruce esa línea.

Él la miró fijamente.

—¿Y si ya la crucé?

Victoria cerró los ojos un segundo.

—Entonces tendrás que hacerlo bien. Acabar con ella nos aseguraría el disfrute de nuestro botín. Para siempre.

El camarero dejó sobre la mesa una ración horneada de zamburiñas y otra de berberechos recién hervidos.

—¿Sabes lo que pienso? —soltó Ethan—. Que es como si todo esto se hubiera vuelto normal. El secuestro. El chantaje. Los cadáveres. Y aquí estamos, cenando como si nada. Como si fuésemos... profesionales.

Victoria no dijo nada. Solo recordó cuánto le gustaba esa sensación con su marido. Clavó la mirada en el agua. La ría parecía quieta, pero se movía.

Siempre se movía.

—Tú no eres un asesino, Ethan.

—Tú tampoco lo eras.

Y por primera vez en mucho tiempo, Victoria no supo qué responder.

Cenaron en silencio. Al levantarse, el aire fresco los golpeó como una advertencia: lo mejor era volver a la casa recién alquilada.

Ethan caminaba con las manos en los bolsillos, la espalda recta, sin prisa. Victoria no sabía si ese gesto era de resignación o fe. Pero sabía que estaban listos para el final. Para cruzar esa línea si hacía falta.

Solo esperaba que, si llegaba el momento de matar, fuera ella quien lo hiciera, y no su nieto.

Capítulo 6

Cassandra estaba sentada en una vieja silla de madera, atada de pies y manos con bridas que le cortaban la circulación. El aire, denso por la ausencia de ventilación olía a humedad o a algo que se pudre muy despacio. La mordaza de trapo reseco seguía apretada en su boca. Había intentado gritar hasta quedarse ronca. El cuello le dolía y las mejillas ardían.

La bombilla desnuda del techo parpadeaba a intervalos irregulares, como si también respirara. Al apagarse, todo quedaba negro. Al encenderse, lo primero que veía era a él.

Estaba sentado frente a una mesa carcomida. Encima reposaban el sombrero, alineado con los bordes, y un cuaderno de tapas negras. El hombre sostenía un bolígrafo metálico como si fuera un bisturí. La luz le recortaba el rostro de forma desigual, medio iluminado, medio sumido en la sombra. Llevaba el traje impoluto y el bastón descansaba contra la silla. Su pelo canoso, peinado hacia atrás y atado en una coleta corta parecía tallado en mármol. Las arrugas le marcaban el rostro con elegancia seca, como si el tiempo le hubiera cincelado la paciencia. Los ojos, fijos en ella. Ni odio, ni compasión. Solo interés.

—Dime, Cassandra. ¿Alguna vez has sentido que tus pensamientos no te pertenecen?

Su voz era pausada, envolvente, casi paternal.

Ella emitió un sonido ahogado. Intentó zafarse, pero sus fuerzas flaqueaban y la silla no se movió. Las bridas le apretaban más con cada tirón. Viktor no se inmutó. Solo inclinó la cabeza ligeramente, con curiosidad, sin apartar la mirada.

—¿No? Es una sensación curiosa. Una idea entra en tu mente como una gota en un estanque. Al principio dudas si es tuya... pero luego la repites, la haces crecer. Y al final ya no hay diferencia.

Abrió el cuaderno y escribió algo con trazos lentos, metódicos. Después alzó la vista de nuevo.

—La mente es un instrumento —dijo en voz baja, como si se lo dijera a sí mismo—. Y la tuya está a punto de ser afinada.

Se levantó despacio. Caminó hacia ella con paso firme, elegante. Cada vez que la bombilla parpadeaba, su silueta parecía multiplicarse. Cuando se detuvo frente a Casandra, se inclinó con suavidad. Le rozó la frente con los nudillos de la mano izquierda, apenas un gesto, como si comprobara su temperatura. Un roce frío y preciso.

—No temas. Esto no es personal. Es... fascinación.

Casandra lo miró con los ojos muy abiertos. El corazón le golpeaba en el pecho como si quisiera romperle las costillas. Pero en el fondo de sus pupilas brillaba algo que nadie podía quebrar.

Odio y resistencia.

Él lo notó y apenas sonrió.

—Maravilloso. Aún estás entera. Eso lo hará más interesante.

Se alejó sin prisa. Fue hasta una estantería desvencijada donde se apilaban libros antiguos, vinilos en fundas descoloridas, frascos etiquetados a mano y una radio de válvulas desconectada. De entre todo, eligió un vinilo. Sopló el polvo con delicadeza y lo sacó con cuidado, como quien manipula una pieza sagrada. Lo colocó en un tocadiscos que reposaba sobre una caja de madera. El aparato tenía aspecto de reliquia, pero funcionaba.

Cuando la aguja cayó, el primer crujido llenó el habitáculo como un suspiro de otro tiempo. Y luego la música: Bach.

El clave bien temperado, preludio en do menor.

Las notas envolvieron la habitación como una neblina elegante.

La melodía caminó entre las sombras, convirtiendo aquel lugar de piedra en una cámara de disección del alma.

El hombre volvió a su silla y abrió de nuevo el cuaderno sin mirar a Casandra.

—Este será el primer experimento. Exposición controlada al estímulo sonoro. Observación de respuesta emocional y cognitiva en situación de reclusión.

Casandra lo escuchaba con los dientes apretados contra la mordaza. El sudor le corría por la espalda. Cada nota le recordaba las clases de piano que su madre la obligaba a tomar de niña. Esa perfección inalcanzable regresaba distorsionada, como un recuerdo tortuoso convertido en arma.

El hombre escribía sin dejar de escuchar.

—Sabes, la música es el modelo perfecto de control. El intérprete domina cada pausa, cada intensidad, cada tempo. Nada se deja al azar. Y tú, Casandra, también puedes ser interpretada. Solo necesito encontrar la partitura correcta.

Alzó la mirada.

—Silvia cree que esto es una cuestión de dinero. De poder. Se equivoca, claro. —Sonrió con un deje de superioridad—. El verdadero poder está aquí —se tocó la sien con un dedo—. Lo demás es decorado.

Volvió a escribir algo. La música seguía. Más grave ahora. Más rápida.

Casandra lo miraba fijamente. Sin lágrimas ni súplicas.

Él lo notó.

—Sí, claro que odias. Pero el odio es solo otra forma de energía. Lo que importa es cómo lo canalizas.

Se levantó de nuevo y caminó hacia ella.

—Esta noche solo vamos a escuchar. Tú y yo. No hace falta hablar. Pero mañana... mañana vamos a hacer música juntos.

El vinilo seguía girando y el preludio entró en su parte más densa, más hipnótica.

Mientras las notas se arrastraban por las paredes de piedra, Casandra comprendió que no le tenía miedo al dolor.

Le tenía miedo a como ese hombre pudiera transformarla.

Ese era el verdadero plan de Viktor Balmadé: no destruirla, sino reescribirla.

Capítulo 7

1

Victoria se despertó como si alguien la hubiera empujado desde el fondo de un pozo. Tenía el cuerpo tenso, la garganta seca. Pero sabía engañar a su propio cerebro y controlar sus debilidades.

Se incorporó y caminó descalza hasta la ventana. Corrió la cortina. El día se abría paso tras las colinas y la niebla se disolvía como si la ría la devorara. La quietud del paisaje le trajo de golpe el recuerdo de Blue Valley, aquella madrugada en que salieron de comisaría tras declarar durante horas. El inspector le dijo que Silvia había desaparecido y, casi al mismo tiempo, su hija le envió un mensaje: había encontrado a su novio muerto en el salón.

Luego vio la habitación, la colcha áspera de la cama, la misma ropa del día anterior sobre una silla antigua, los muros de granito desconchado. Aquella decoración estaba lejos de sus gustos modernos, pero pensó que no tenía de qué quejarse mientras pudiera aferrarse a la esperanza de rescatar a su hija.

Eso solo dependía de ella. Y de Silvia.

Jugarían la partida que tuviera que darse y encontraría la manera de ganarla.

Se sentó en la cama con lentitud, como si necesitara un minuto más para adaptarse. Al moverse, la estructura chirrió y recordó el sueño ligero de su nieto.

Pero Ethan ya estaba despierto. Cuando salió al pasillo y fue a la cocina lo encontró sentado junto a la ventana, con las rodillas recogidas y la mirada fija en el exterior. Parecía una figura tallada en piedra.

Victoria lo observó durante un rato sin decir nada. En la mesa había una taza de café a medio tomar.

Ethan no se giró para mirarla. Seguía ahí, viendo las siluetas de los hórreos sobre el agua gris.

El silencio era total. Ni pájaros. Ni coches. Solo el tic tac de un reloj encima de la puerta que insistía en recordarles el tiempo que se les escapaba.

Cuando Victoria habló, su voz fue baja y rasposa.

—Vamos a encontrarla —Ethan parpadeó—. Y nadie nos va a detener.

Solo entonces, él asintió. Un gesto mínimo.

Victoria apoyó su mano de dos dedos en el hombro del chico. Después le acarició el cabello, esperando la típica reacción de rechazo. Pero esta vez no se inmutó. Ni un gesto. Ni una palabra.

—Silvia no nos lleva ventaja —continuó—. Solo cree que la lleva.

Ethan se giró un poco y la miró con atención.

—Las rías de este lugar son los barrotes de su jaula —siguió Victoria, acercándose a la ventana—. No lo sabe aún, pero lo son. Todo este paisaje de postal... también tiene bordes.

Ethan se levantó. Su cuerpo estaba relajado, pero sus ojos no. Algo se había encendido tras el comentario de su abuela, como una frialdad lúcida.

—¿Y si no está aquí? ¿Y si solo nos lo hace creer?

—Se acercará a nosotros. Necesitará guiarnos hacia ella.

Ahora fue el chico el que puso la mano en el hombro de su abuela. Miraron juntos la niebla y el amanecer, como si estuvieran dentro de un sueño del que no se despierta del todo.

—Anoche soñé con ella. Pero no como mi madre. No intentaba salvarla. Era ella quien venía a mí. —Victoria lo miró sin decir nada—. No recuerdo lo que decía. Pero dolía. Como si sus palabras fueran cuchillas. Y cuando me desperté, no sabía si era alivio o culpa.

—Eso no significa nada. El cerebro se defiende, hijo. Te da símbolos. Son cosas que puedes soportar.

—Hablas como si fueras una experta psiquiatra —dijo, sonriendo levemente.

—Lo único que te pasa es que tienes miedo de no hacer nada y convertirte en una persona odiosa.

—Estoy preparado, abuela.

Victoria cerró los ojos durante un imperceptible momento y se quedaron ahí, frente a la ventana, viendo cómo afuera todo estaba inmóvil.

2

El móvil vibró sobre la mesa con un zumbido breve y eléctrico.

Número oculto.

Ethan, que había estado con la mirada perdida junto a la ventana mientras su abuela se tomaba un café, se acercó sin hacer ruido y activó una app para grabar la llamada...

Victoria contestó.

—¿Sí?

La voz de Silvia sonó serena.

—Qué bien suenas cuando no gritas, Victoria —dijo, y después dejó aflorar la voz de siempre—. No hay más juegos. Vais a hacer una transferencia. Solo una parte. Un gesto de buena voluntad.

Ethan se acercó en silencio y pegó la oreja al altavoz.

Del otro lado, la voz fría y precisa.

—Si no lo hacéis —continuó Silvia—, recibiréis algo desagradable. Una prueba. Algo que os duela. Puede que un dedo, sería lo más justo. Puede que sea un vídeo, puede que... nada, y tendréis que imaginarlo.

Victoria miró a su nieto sin esperar respuesta.

—¿Dónde está?

—Te lo diré después —respondió Silvia, con un tono casi maternal — si colaboras.

Victoria enderezó la postura. Sintió la sangre arder en la cara, como un latigazo. Las palabras de Silvia le sabían a veneno rancio, a humillación. ¿Exigencias? ¿Instrucciones? ¿Colaboración? Ella no colaboraba con nadie, y menos con una víbora.

—¿Qué quieres?

—Una décima parte —respondió Silvia—. Lo justo para saber que todos vamos en serio.

Victoria cerró los ojos. Sabía que una vez hecha la primera transferencia, todo iría en descenso, como en una pendiente sin freno.

—Tenéis veinticuatro horas. A partir de ahora, el tiempo corre.

—¡Silvia! —gritó, Ethan—. ¡Deja esa mierda de las criptomonedas! Dime donde estás y lo arreglamos, tú y yo.

Al otro lado sólo hubo una sonrisa.

—Claro que no, tontito —dijo Silvia, y su voz se desvaneció un instante con un zumbido—. Tenéis anotado en un papel el código de mi billetera, en el buzón de esa casa vieja donde estáis alojados. Como veis, soy generosa. Podría enviaros un mensaje que dejara rastro y demostrar al FBI que fuisteis vosotros quienes robaron las criptomonedas hace años.

—¿De qué hablas?

Y colgó.

Permanecieron en silencio, con el tic del reloj como un metrónomo sádico.

Victoria dejó el teléfono sobre la mesa con un golpe seco.

—No va a recibir ni un céntimo. Antes me arranco el brazo.

Ethan sabía que oponerse en ese momento era inútil. Lo importante ahora era pensar y no actuar por impulso.

—Lo del código en el buzón... —murmuró—. ¿Tú lo crees?

—Claro que sí. Esa rata disfruta espiándonos y dejando migas. Pero no para ayudarnos. Para acorralarnos y ver si mordemos el anzuelo. Para poder decir que fuimos nosotros.

—Sí, está fabricando una coartada —dijo Ethan, pensativo—. Uno en el que ella será la víctima y nosotros los ladrones. No debemos caer en sus trampas cuando hablamos por teléfono, podría estar grabándonos y luego eso...

—Ir directo al FBI, lo sabemos.

Ethan reprodujo la grabación una vez más, buscando en la voz un mínimo reflejo de la chica que fue. Victoria se asomó a la ventana, escrutando el horizonte para detectar la posición desde la que Silvia los observaba.

—Tiene gente trabajando para ella. Pero no muchos.

—¿Qué haremos ahora, abuela?

Victoria miró postes y viñedos en busca de cámaras. Se giró con la mirada que no admitía discusión.

—Esperar.

—¿Esperar?

—Sí. No haremos la transferencia. No entraremos en su teatro. Y tampoco saldremos corriendo como si debiésemos algo.

—¿Y si manda esa prueba? ¿Si le hace daño a mamá?

—¿Y si no? ¿Y si esto es solo su forma de medirnos? Esa niñata disfruta teniendo el control. Lo necesita. Si nos arrodillamos, le damos exactamente eso. Si aguantamos... le hacemos daño.

Ethan entendió que su abuela no estaba siendo imprudente.

Estaba apostando.

—¿Y el código de la billetera?

—Dejémoslo en ese buzón de fuera. Que comprueben lo que nos preocupa eso. Esta historia no va de pagar rescates, va de romper la lógica —Victoria volvió a sentarse y dio el último sorbo de café que le quedaba—. Silvia quiere tiempo. Y quiere miedo, hijo. Si no le damos ninguno de los dos, su plan empezará a resquebrajarse.

—Entonces hay que hacer justo lo contrario.

—Exacto.

El reloj marcó las ocho de la mañana. Victoria se puso en pie.

—Vamos. Necesitamos alquilar un vehículo y comprar ropa.

Media hora después salieron al exterior. El mundo ya había despertado y los coches transitaban la carretera. Caminaron en silencio hasta el portal. Allí estaba el buzón viejo, de chapa abollada y oxidado en las esquinas.

—No lo mires. Vamos a la casa de esa vieja, a ver si puede llevarnos a la ciudad.

—¿No quieres comprobar que el papel esté ahí?

—Claro que está ahí. Pero no debemos dejar rastro. Esa perra ve cada paso que damos. Si nos está grabando, tal vez use eso como prueba para incriminarnos. Tenemos que movernos sin parar, para que cuando vayamos a por ella, pillarla con la vigilancia baja.

Victoria vio a lo lejos el primer autobús de la mañana. Soltó el brazo de Ethan y se plantó en medio de la carretera agitando los brazos.

—¡Abuela!...
El tiempo había empezado a correr.
No solo para ellos.
También para Silvia.

Capítulo 8

1

A media mañana regresaban con el coche de alquiler más barato que habían conseguido. Un Seat Ibiza blanco impecable, la gama más baja, para no llamar la atención. Habían comprado algo de ropa pero Ethan apenas hablaba aquella mañana.

Cuando bajaron, la vecina que les alquiló la casa tendía la ropa al sol, al otro extremo de la finca. Les saludó con un desconfiado movimiento de cabeza que ninguno respondió.

—Parece que nos está haciendo un favor, ni que nos la alquilara gratis —murmuró Victoria.

—¿Qué oíste cuando hablabas con ella?

—¿Qué?

—La llamada. ¿Qué había detrás de su voz?

Victoria repasó el tono sereno de Silvia. La amenaza suave, el veneno envuelto en educación. Pero detrás... había algo más.

—Una especie de zumbido —dijo.

Ethan se detuvo con las bolsas en ambas manos.

—A mí también me pareció oírlo. Como una sirena, no de ambulancia. ¿De una fábrica?

—No de una fábrica moderna. Era antigua, sonaba mecánica.

Ethan abrió la app y reprodujo la grabación junto al oído. Hubo un zumbido al descolgar, que se fue atenuando hasta desaparecer por un rato.

—Hay que buscar fábricas abandonadas en la zona —dijo Victoria, y se acercó a la casa vecina—. ¡Señora!

La mujer dejó la ropa y la miró, entrecerrando los ojos por el sol.

—¿Sabe si hay alguna fábrica vieja cerca? —preguntó Victoria. La mujer dio la espalda y siguió con su tarea—. ¿O alguna industria

parecida?

—iEu non sei nada! —gritó sin girarse.

Victoria se detuvo y negó malhumorada.

—Estarán cerca del agua, como todo por aquí. —dijo Ethan—
¿Vamos al pueblo e indagamos con los marineros?

—Será mejor. Vámonos.

Salieron sin perder tiempo y bajaron al puerto en silencio, bajo un día reluciente que nada tenía que ver con la humedad de la noche anterior. Los pescadores arreglaban redes al final del puerto deportivo, a los ojos de algún turista que creía haber descubierto un lugar secreto.

Un par de hombres fumando se acercaron con cajas vacías de pescado. Uno mayor, con la piel curtida, la barba blanca mal recortada y un jersey grueso, los observó con expresión neutra.

Victoria tomó la delantera.

—Buenos días.

El viejo apenas asintió.

—Buscamos una fábrica vieja, quizá abandonada, que tuviera una sirena con un zumbido que sube y baja. ¿Hay alguna cerca?

El hombre dio una calada y soltó el humo con parsimonia. La miró de arriba abajo y al llegar al muñón de Victoria, algo cambió en su gesto.

—¿Para qué?

Victoria no respondió. Ethan dio un paso adelante.

—Es personal.

El viejo los miró un par de segundos. Luego apartó el cigarro y habló.

—Yo trabajé en una, hace muchos años, en los ochenta. Era una fábrica de ladrillo, antes hacían tejas. Tenía una sirena y la usaban para marcar el inicio y el fin del turno. Aquello sonaba y todo el mundo sabía qué hacer.

—¿Sigue en pie? —preguntó Ethan.

—Estará abandonada, supongo. No tengo interés en saber qué hay allí.

—¿Nos puede llevar?

—Ni loco. Vayan ustedes. Está a unos quince kilómetros, en Villalonga, al otro lado de la ría. No habrá gran cosa, solo ruinas y humedad.

Victoria abrió el bolso.

—¿Necesita dinero? Podemos comprarle algo.

El viejo la miró extrañado.

—¿Comprarme el qué? No necesito nada, señora. ¿Por quién me ha tomado?

Victoria se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el coche. Ethan se quedó un instante, mirando al hombre.

—¿Hay más fábricas así por esta zona?

—¿Así cómo?

—Con una sirena.

—No. Eso era de aquella fábrica. En la ría de Arousa las cosas se hacían así.

El chico asintió, mirándolo a los ojos agradecido.

—Me dais mala espina. No me vengáis con historias de ese lugar, ¿entendido?

Ethan aceleró el paso y alcanzó a su abuela antes de que llegara al coche.

—Busca en el móvil, hijo.

Ethan trasteó durante unos instantes.

—Puede que sea aquí.

—¿Hay algo cerca?

—Nada. Solo mar y pinos.

Victoria se detuvo y miró el vaivén de los barcos amarrados.

—Todo esto es demasiado fácil. Es un señuelo que nos ha puesto Silvia.

—Quiere que vayamos.

No sabían si sería una trampa.

Ni si Casandra estaría allí.

Pero ahora tenían una pista que no podían despreciar.

Y eso cambiaba las reglas.

—Un momento, hijo. Si esto es una trampa, pongámosla a prueba a ella primero.

Ethan detuvo el coche frente al buzón de la casa alquilada. Estiró el brazo, abrió la compuerta y sacó el papel doblado.

—No arranques. Hagámoslo ya, que nos vean si es que nos están vigilando —dijo su abuela.

Encendió el portátil allí mismo, con las ventanillas bajadas y la brisa marina acariciando su pelo. Tecleó con precisión su contraseña imposible.

Victoria no hablaba pero no quitaba ojo al monitor aunque no entendiera de criptomonedas. Su mente trazaba planes para varias posibilidades mientras comprobaba que todo funcionaba y que avanzaban.

Ethan introdujo la dirección digital de la billetera de Silvia, anotada en el papel.

—¿Estás seguro de que la has puesto bien?

—Abuela, la he revisado dos veces. ¿Para qué me haces dudar?

—Las cosas importantes de la vida hay que hacerlas bien.

—Lo sabremos en unos segundos. Además, cincuenta dólares en criptomonedas, ya ves tú.

Movió el cursor. Seleccionó la fracción exacta. Una cantidad mínima. Un gesto. Una advertencia. O una broma.

—¿Listo? ¿No ha dado error?

Ethan pulsó «enviar».

En pantalla, la transacción quedó marcada como «pendiente». El chico asintió.

—Ahora hay que esperar a que la blockchain haga la transacción.

—¿Un par de horas?

—Como mucho.

—Bien, vayamos a echar un vistazo a esa fábrica.

Victoria acomodó el bolso en su regazo y levantó la mirada, dispuesta a todo.

Ethan tenía los ojos fijos en el monitor, como si esperara que le hablara. Su abuela le dio un toque en el brazo que lo sacó de su ensoñación.

Arrancó el coche y siguieron rumbo norte, guiados por el navegador. La carretera bordeaba la costa, entre calas solitarias y cuevas que llevaban a miradores altos. Desde allí, la ría de Pontevedra se extendía en calma, con el sol reflejado en el agua.

—¿Crees que se lo tomará como una provocación?

—Que se lo tome como quiera. Esto es una manera de recordarle quiénes somos.

—Eso, vamos a por ella.

Victoria miró a su nieto y en su sonrisa infantil encontró un gesto fuera de lugar.

Diez kilómetros después, el móvil de Ethan vibró en su bolsillo.

—Para el coche, no hagas eso mientras conduces.

El chico aparcó en el arcén y entonces pudo sacar el móvil sin problema. Desbloqueó la pantalla. Una imagen había llegado por mensaje.

No había texto.

Solo una foto.

Casandra.

Atada a una silla con los brazos hacia atrás y las piernas fijas al suelo. Tenía un mechón de pelo pegado al rostro. Sucia, con los ojos abiertos y mirando a cámara. Ni llanto, ni súplica. Solo agotamiento.

Victoria no se movió.

—Enséñame eso. —Ethan le mostró la imagen. Ella miró sin pestañear, analizando la postura de su hija—. Está viva.

Ethan asintió y amplió la imagen para buscar detalles. En el fondo solo se veían sombras. Un muro sucio. Una bombilla colgando. Nada más.

—¿La pared? —preguntó Victoria.

—Piedra. No, hormigón.

Victoria extendió la mano del muñón, sujetó el teléfono con sus dos únicos dedos y volvió a mirar la imagen.

Casandra no decía nada, pero había un mensaje en su cara.

—¿Lo ves? —dijo.

—¿El qué?

—Ella tampoco se rinde. No nos da permiso para rendirnos.

—No trates de convencerme, abuela. Ya sé cómo eres.

Estiró el brazo para coger el portátil en el asiento de atrás.

—Tú no eres muy distinto a mí, y tu madre, en el fondo, es más de lo mismo.

—Lo de mi madre no cuela, abuela —dijo mientras abría la tapa del portátil para comprobar la transacción—. Ya está, debió de haber recibido el dinero.

—Por eso ha enviado la foto. Todavía no sabe qué pensar.

—¿Y ahora qué? ¿Seguimos?

—Encontremos esa fábrica.

—¿Y si no está allí?

—No hay alternativa. De momento, es su juego.

—Te entiendo, abuela. Quieres cambiarlo.

Victoria se giró hacia él, esperando más de ese razonamiento. Ethan la miró a los ojos.

—Quieres que esto ya no vaya de dinero, sino de control.

—Ella nos pone las reglas.

—Pero no puede evitar que se las cambies. Quieres llevarla a tu terreno, donde vencerás, ¿verdad?

Victoria sonrió y acarició su hombro con satisfacción.

—Arranca, hijo. En cualquier momento nos llamará.

—No necesita hacerlo. Ya nos ha respondido.

Volvieron a mirar la foto.

Cassandra seguía allí, atrapada.

Ethan guardó el móvil en el bolsillo.

—Si la tocó...

—Nadie ha tocado a tu madre, solo la ha mostrado. Es parte del teatro. Todavía quiere algo.

Ethan arrancó y se incorporó de nuevo a la carretera, atravesando un paisaje luminoso que contrastaba con el problema al que se enfrentaban.

El coche avanzaba entre curvas de una carretera que no aparecía en los mapas turísticos. Aparcaron en un sendero sin asfalto que se

internaba entre los árboles. Caminaron por él, hacia el mar, apenas visible entre la maleza. No había casas, solo estructuras de hormigón abandonadas y fábricas oxidadas devoradas por la maleza.

Ethan caminaba con la cabeza baja, atento a la pantalla del móvil en busca de algo útil. Revisaba fotos antiguas de satélite, sin nombres ni referencias de las construcciones. Algunas estaban demasiado lejos; otras, ocultas entre la maleza. Pero había una, junto al mar, de grandes dimensiones, aún en pie, con su chimenea imponente desafiando el paso del tiempo.

Victoria caminaba segura, levantando las piernas para no pincharse con las zarzas, como si conociera ese tipo de lugares. A lo lejos, una estructura con el techo todavía intacto se dibujó entre los árboles.

—Tu abuelo venía a sitios así —dijo de pronto.

Ethan no levantó la vista, pero la escuchaba.

—Nunca por vacaciones. Siempre eran encargos. Gubernamentales, aunque no todos legales. —Se detuvo y alzó el rostro hacia la brisa, como si quisiera oler el abandono de la zona—. A veces le tocaba vigilar, ¿sabes?

—Claro.

—A traidores, narcotraficantes, desertores. Yo no preguntaba demasiado, pero sabía lo que hacía. —Ethan levantó la vista y la miró en silencio—. Ni siquiera sabía si hacía el bien o el mal. Simplemente eran misiones necesarias. Y cuando las cosas son necesarias, las haces.

Victoria reanudó la marcha, estirando las piernas y alargando los pasos como si fuera una chiquilla.

—¿Te arrepientes de algo? —preguntó Ethan.

Victoria siguió caminando, buscando los pasos más seguros en aquel sendero abandonado.

—Solo me arrepiento de una cosa. De haber callado tanto. Pensé que así protegía a tu madre. Pero no, solo la dejaba a oscuras.

—¿A mamá?

—Sí. Deberíamos haberle explicado más sobre el trabajo de tu abuelo. Quizá eso hubiera cambiado las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Tu madre vive en otra idea del mundo. Cree que todo se puede hablar, negociar o reconstruir. Pero esto no va así. Si no le hubiéramos ocultado cosas de adolescente...

—¿Y yo?

Victoria giró el rostro hacia él, apenas un segundo.

—Tú ya has visto mucho más de lo que debería haberte enseñado.

—Te refieres a cuando mataste al hermano del inspector.

—Sobre todo eso, sí.

Volvieron al silencio.

El camino se estrechó y llegaron a una zona impracticable. La vegetación lo invadía todo. A lo lejos se alzaba la fábrica, alta y gris, con una verja abierta. La carretera vieja conducía a un descampado privado, limpio de vegetación, pero sin señales de vida.

A los lados del edificio principal, el muro perimetral aparecía derrumbado en varios tramos, por lo que entrar no sería un problema. Por el flanco derecho, una nave auxiliar con el techo vencido se mantenía en pie. Las puertas estaban desencajadas. Había restos de cristales rotos, bidones vacíos y una vieja carretilla oxidada. Era un lugar muerto, aunque no del todo. El descampado de la entrada, con plásticos acumulados en las esquinas, parecía dar una última señal de resistencia. Como un zombi aún respirando. Las huellas recientes de neumáticos y algunos fragmentos de cartón seco delataban que alguien, en algún momento, lo había pisado.

—¿Crees que podría estar ahí dentro? —preguntó Ethan.

Victoria no dijo nada. Se quedaron mirando, sin intención de dar un paso más. Solo estudiando el terreno. Las posibles entradas y salidas. Los puntos altos. Las sombras.

—Podríamos preguntar a los lugareños si esta fábrica tenía una sirena...

—Cuanto menos nos hagamos notar, mejor.

—Pero Silvia espera impaciente su transferencia hoy. No deberíamos perder el tiempo...

—De momento no tiene prisa. Está disfrutando. Insistirá hasta atraernos al lugar donde juegue con ventaja. Y cuando lo haga... ¿estarás preparado?

—No lo dudes.

—Bien, entonces vámonos. Si este es el lugar, Silvia nos pondrá migas para guiarnos hasta él.

Capítulo 9

1

Sanxenxo resplandecía de actividad turística al mediodía. Fueron hacia allí sin decir gran cosa, como si el lugar pudiera obrar algún efecto sobre ellos. Unos días antes, el paréntesis que pasaron en esa localidad con Casandra les sirvió para aclarar ideas y empujarlas hacia un final feliz. Tal vez en ese entorno encontrarán alguna pista o algún secreto que los guiara en la misma dirección.

Después de comer, en una sobremesa larga, el lugar empezó a oprimirlos. El recuerdo de otras horas allí se desvaneció, como si el ambiente veraniego les jugara una mala pasada devolviéndolos con otro problema encima.

Victoria miraba al mar. Los turistas de fin de semana se daban los primeros baños. Las olas rompían suave y dejaban un espacio de espuma donde los niños correteaban y levantaban castillos.

Ethan miraba hacia el club náutico, recordando los buenos momentos que había vivido con Tania, la abogada que los ayudó a salir del embrollo. Estaba seguro de que curaría pronto la herida que le había dejado. Sentía algo por ella, pero nada comparable a lo que había experimentado con Silvia en Blue Valley.

Salió de sus pensamientos como quien quiere pasar página. Cogió el móvil y se puso los auriculares. Escuchó una y otra vez la llamada de Silvia, con su zumbido, y fue aislando fragmentos hasta dar con uno que tenía algo más. Con una app de limpieza que no hacía milagros, pero a veces servía, subió el volumen y bajó los graves.

La reprodujo una y otra vez.

Un susurro estaba ahí. Apenas un hilo. Nada que uno notara al principio. Era un sonido entrecortado detrás de la voz de Silvia, en

una pausa justo antes de que amenazara con enviar una prueba.

La puso de nuevo y ajustó el ecualizador.

Y entonces se detuvo.

No era ruido.

No era Casandra.

No era Silvia.

Quitó un auricular y miró a su abuela.

—Ven.

Victoria dejó el café sobre la mesa. Ethan puso el teléfono entre los dos y le entregó los auriculares.

—Escucha. Segundo diecisiete. Justo antes de que hable Silvia.

Le dio a «play».

La voz llegó tenue, como si saliera de un túnel. Era masculina. Grave y bien modulada. Hablaba con alguien. Una pequeña frase que no se entendía. Solo un tono tranquilo.

Victoria se quitó el auricular.

—¿Quién es?

—No lo sé —respondió Ethan—. Pero está con ella.

Victoria no dijo nada.

—Ponlo otra vez.

Escuchó el fragmento dos veces más.

—No es Silvia quien manda ahí —dijo—. Ese tono parece de un hombre.

La brisa dejó de existir para ellos y todo se volvió más pesado.

—¡La cuenta, por favor!

—Abuela, ya no se trata de disputarle el juego a Silvia. Hay que sacarla antes de que ese tipo haga sabe Dios qué.

—Vamos a dar un paseo.

—¿Me has escuchado?

—Sí, paseemos —dijo, levantándose sin esperar más—. ¡La cuenta, camarero!

—Abuela...

—Ya te he oído, Ethan. Vamos a aclarar ideas. Después quiero que lo escuches todo desde el principio, con auriculares y a todo volumen. Y que apuntes cada cosa que no entiendas, cada detalle que suene a error.

—¿Crees que quiso dejar esa pista?

Victoria asintió. Silvia no era una profesional y podía caer en más errores. Las sospechas tomaban forma: no estaba sola en el secuestro. Alguien más seguía con ella en el plan. Alguien más que tendría un rostro.

Aunque aún no lo vieran.

2

El mar golpeaba invisible desde donde estaban. Sus cabellos ondeaban con la brisa suave y templada. El cielo brillaba despejado y al otro lado de la ría, las montañas cubiertas de árboles y los pueblos pegados al mar completaban la vista. Tres yates habían echado el ancla en la ensenada, cerca de la playa.

Desde allí Ethan veía la taberna donde descubrieron la pista clave que libró a su madre de la cárcel. Ahora, esperaba en aquel lugar alguna respuesta que pudiera volver a sacarlos a flote.

Victoria se apoyaba en la piedra donde días antes abrazó a su hija y le prometió en silencio un amor eterno. En el mismo sitio había escuchado también las palabras más dolorosas que le había dicho jamás.

«No voy a consentir que me trates otra vez como si fuera una mierda de persona».

Y en ese lugar, hacía un buen rato que nadie decía una palabra.

La espera los impacientaba. Necesitaban una llamada, una foto, algo que les hiciera sentir que seguían vivos en el juego de Silvia. Pero esa espera también era parte del plan. Igual que la provocación de enviarle a su billetera una suma irrisoria del botín.

Mientras, pensaban en la grabación, la voz y la fábrica. Cada dato sumaba, pero nada se resolvía. No sabían cuántos enemigos había, ni qué querían exactamente cada uno de ellos. Solo sabían que estaban solos.

Y que Casandra seguiría viva.

Victoria lo tenía claro. Silvia no iba a matarla todavía. Aunque podía estar preparada para hacerlo. Se había asociado con alguien

capaz de completar lo que ella solo podía imaginar.

Esos otros sí sabrían cómo hacerlo.

Victoria se dio la vuelta, apoyó los dedos sobre la piedra caliente y miró la estatua de «La Madama» en medio del mar, sobre las rocas. Ethan se giró para hablarle.

—¿Y si acudimos a alguien?

—No hay más a quién acudir, Ethan. Ni policías, ni justicia. Nadie va a venir.

—Ya sé que la policía no nos conviene. Podrían descubrir algo de nuestro pasado. Pero...

—Solo quedamos nosotros, hijo. —Victoria le acarició la nuca sin ternura ni consuelo. Era solo una afirmación—. Todo lo que hagamos de aquí en adelante será nuestra responsabilidad.

—¿Y si fallamos?

—No vamos a fallar.

—¿Y si no lo evitamos?

Victoria lo miró.

—Entonces nos llevamos a quien podamos por delante.

Ethan la miró con la inexpresión que arrastraba desde niño. Esa mirada irritaba a Victoria porque no la tenía bajo control.

—Silvia va a tensar la cuerda, abuela.

—Pero no va a apretar. No le conviene que esto termine tan pronto. Y a nosotros, ese juego nos interesa.

Y se quedaron así, mirando al mar. Sin un plan pero con rumbo.

No quedaba nada más que hacer ni decir. Lo que habían concluido era un pacto, sin firmarlo ni explicarlo. Sabían que ya estaba hecho y solo debían esperar a que Silvia moviera la siguiente ficha que los arrastrara hacia ella.

El tiempo pasó lento. Cuando el sol empezó a esconderse entre los edificios, caminaron despacio hacia el aparcamiento para coger el coche.

La línea ya estaba trazada, y no pensaban volver atrás.

Capítulo 10

1

La habitación estaba en penumbra por la luz del amanecer que entraba por la ventana. Todo estaba en silencio. Victoria abrió los ojos de golpe con el corazón acelerado y la boca seca. Se quedó inmóvil, esperando reconectar con el mundo, pero el sueño seguía dentro, incapaz de borrarlo de su mente. En él, había encontrado a Casandra de pie frente a ella, sonriendo. Victoria alargaba la mano y entonces veía un hilo espeso salir por la comisura de la boca de su hija. Su sonrisa se torcía y pronunciaba una sola palabra.

«Asesina».

Victoria no quiso seguir tumbada y se sentó en la cama. Se miró las manos y acarició el muñón como si ese gesto la devolviera a la realidad. Ya había pagado por todos. Qué cuenta le guardaría el destino.

Salió al pasillo y se acercó al dormitorio de Ethan. Dormía de lado, tranquilo, con una respiración lenta. Pensó que debería estar en otra parte, viviendo otra vida. Sin embargo, los acompañaba en el mismo viaje suicida que su familia había elegido. Metido hasta el cuello en algo que ni ella sabía cómo manejar.

La mataría. Acabar con Silvia era la solución definitiva. Ella era el único conducto del pasado que saboteara la felicidad que su familia podría estar disfrutando con los millones robados. El destino la había llevado hasta ese punto. Si querían rescatar a Casandra, alguien tendría que caer.

Pero no era eso lo que más le pesaba.

Miró de nuevo a Ethan.

Esa frialdad que había visto en sus ojos. Esa calma cuando hablaban de violencia. Ese modo de escuchar sin emoción cuando

ella hablaba de haber matado a Silvia en Blue Valley.

¿Lo estaba arrastrando?

¿O solo lo estaba revelando?

La diferencia era importante, aunque no sabía cuál era peor.

Tal vez, el momento de dejarlo todo estuviera cerca. Si ese fuera el único sacrificio posible, a costa de acabar con aquella desagradecida, estaría dispuesta a morir si se llevaba a Silvia con ella.

Pero esa valentía podía no ser suficiente porque ya era tarde. Todo había empezado mucho antes de lo que creía y el camino de su nieto quizá no estuviera lejos de los pasos que ella había andado.

Ethan se movió y murmuró algo entre sueños. Algo que no sonaba a miedo.

Victoria bajó la vista y vio sus pies descalzos sobre el suelo frío. Notó su espalda encorvada por el pasar de los años y los párpados cargados.

No sabía cuánto más podía sostener a su familia, pero sabía que no podía soltarlos.

Y ese sentimiento le bastaba. Por ahora.

2

La cocina estaba reformada a medias. Muebles nuevos y brillantes, pero sin gusto que desentonaban en una casa tan antigua. La lámpara colgaba torcida y lanzaba una luz enferma, muy alejada de cualquier idea de hogar acogedor.

Victoria bebió un sorbo del café, ya templado hace rato, y torció la boca.

Ethan masticaba despacio una tostada, con la mirada perdida.

—Abuela, podríamos irnos a desayunar fuera.

—Cuanto menos nos expongamos, mejor. No se sabe cómo acabará esto.

—¿Por qué no nos vamos de aquí?

—¿A dónde?

—Fuera de Galicia. Cruzamos la frontera con Portugal, que está cerca. Allí podríamos buscar ayuda. Alguien que nos dé otra perspectiva.

—Lejos de Silvia. Lejos de todo esto, por unas horas. Pero también lejos de tu madre.

—Solo es para dejar de jugar su juego un rato. Sería un movimiento que la desconcertaría.

—Hijo, las veinticuatro horas están a punto de cumplirse. No hicimos la transferencia que pedía y no hemos sabido nada más. El desconcierto está de nuestro lado. Tal vez tú podrías irte y buscar a alguien que trabaje para nosotros a sueldo.

—¿Yo? ¿Qué hago solo en Portugal buscando ayuda?

—Te apañarás. Sabes moverte.

—No, abuela. Esto no va así, ¿cómo dices eso después de lo que hemos vivido y de lo que estamos haciendo?

Victoria dio un sorbo y se quedó mirando la actitud rebelde de su nieto.

—Quieres que me vaya a Portugal porque si te enfrentas sola a Silvia vas a cruzar una línea de la que no volverás.

—Ya la crucé hace tiempo, hijo.

—No, aún no. Has matado. Sí, pero fue en defensa propia o por la familia. Esto ya es otra cosa. Esto es caza. Quieres venganza. Y lo sabes, abuela.

Victoria se levantó y se asomó a la ventana. Una moto pasó por la carretera y el zumbido reverberó en los cristales. Bebió otro sorbo del café, casi frío.

—No quiero que seas como yo.

—Yo solo quiero que seas tú —dijo Ethan—. No una versión a medias que te impida pensar con claridad.

Victoria cerró los ojos con la cabeza erguida y el vaso entre las manos.

—Si cruzamos esa línea, no quiero que eso te atrape, hijo.

—No lo hará. Pero parece que a ti sí.

Victoria respiró hondo.

—Cuando esto pase, deberías vivir como una persona normal.

—Esta familia ya no es normal, abuela. Esas criptomonedas no son para una vida corriente. Son nuestro dinero. Nos costaron. Nos lo quedaremos y haré lo que haga falta para defenderlo.

El sol entraba de lado. Cortaba la mesa en dos mitades, luz y sombra.

—Abuela, terminaremos con esto y asumiré las consecuencias en mi vida.

—¿Acabarás con ella si tienes la oportunidad?

La pregunta le golpeó la cabeza. Era la cuestión que resumía todo. Ethan miró hacia la luz y luego a ella.

—Esta vez lo haré.

3

El móvil vibró sobre la mesa justo cuando se cumplían las veinticuatro horas del ultimátum. A Victoria le pareció previsible. En ese juego psicológico, si ella les hacía entrar, Silvia ganaría.

Ethan, que miraba por la ventana, observó el teléfono impasible.

Victoria lo desbloqueó. No había ningún mensaje, solo una imagen.

Era Casandra. Dormida en el suelo, atada de manos a la espalda y apoyada contra la pared. A su lado había un cuchillo con la hoja limpia y brillante clavado en un papel arrugado con algo escrito a mano.

Ethan se acercó y amplió la foto para leer las letras firmes y rápidas del papel.

“LA PRÓXIMA VEZ SERÁ EN SU PIEL.”

Se miraron, sin decirse nada.

Después amplió la imagen y ajustó la exposición.

Había algo más.

A la derecha, una sombra recortada. No era el brazo que sujetaba el móvil. Era la silueta de alguien alto y corpulento.

—No es ella.

Victoria se acercó a mirar la sombra. Si ese detalle había sido previsto, igual que el zumbido en la llamada anterior, entonces tal

vez estaba subestimando a Silvia. Su estrategia podía escapársele.

¿Quería hacerlos sentir listos? Que creyeran que podrían vencerla con facilidad.

Lo mejor era averiguar cuán inteligente era. Retarla a que cambiara de estrategia.

—Abuela, llamemos a la policía.

—No.

—No hay margen. Esto no es una amenaza cualquiera. Es un puto cuchillo.

—¿Estás tonto o qué te pasa?

—No es más que una tarada. Tenemos el respaldo de las sentencias del pasado. Es ella la que está en busca y captura. ¡Que la pillen con las manos en la masa!

—¿No ves que lo tiene todo estudiado? ¿Te está venciendo el miedo?

—¡Es mi madre!

—¡Ethan! Deberías estar preparado. Esto no ha hecho más que empezar. Si la policía se acerca, lo único que encontrarán será un cadáver.

El chico desbloqueó su teléfono y miró la fotografía una vez más.

—La tienen drogada...

—No vas a llamar.

Ethan volvió a bloquear.

—¿Qué vamos a hacer, abuela? ¿Esperar otra imagen?

—Exacto.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Lo estoy.

—Nos han tomado la medida. Nos observan. Nos pisan los talones. Y tú me pides que espere.

—¿No lo entiendes? Lee otra vez el mensaje.

“LA PRÓXIMA VEZ SERÁ EN SU PIEL.”

Ethan murmuró en voz baja.

—La próxima vez, ese cuchillo...

—Eso es. No nos dio más tiempo para la transacción. Esa parte está cerrada. Ahora solo queda esperar la siguiente llamada para saber cuándo será la próxima vez.

—Ha dado por perdida la primera batalla... No hemos caído en su chantaje.

—Deberías haberlo visto cuando lo leíste. Casi tomas la decisión equivocada por miedo.

—Lo siento...

—No me sirve un lo siento, Ethan. Aprende o podría matarte cuando menos lo esperes.

—No soy de piedra.

—Nadie dijo que lo fueras.

Victoria cogió de nuevo su teléfono y volvió a mirar la imagen. El cuchillo, la nota y esa sombra.

—Esto no lo ha escrito Silvia.

—¿Cómo lo sabes?

—Tendría un pulso más firme. Esa letra no busca provocar con garra juvenil. Parece la letra de una persona mayor que está con ella.

Ethan alzó el móvil y la observó mejor. Su madre dormía, sedada o derrotada. Pero estaba viva con la piel intacta.

Victoria recordó el sueño de la noche anterior que seguía vivo en su subconsciente. Casandra llamándola asesina. Ahora, un cuchillo junto a ella y la amenaza.

Y ese cuchillo era un mensaje. Y los mensajes se respondían.

Abrió el cajón, sacó una hoja de papel y un bolígrafo. Lo apoyó sobre la mesa.

—¿Qué haces? —preguntó Ethan.

—Vamos a contestar —dijo ella—. Si quieren jugar, vamos a jugar.

—¿Qué vas a poner?

—Quiero que sepan que sigo en pie y que si cruzan la línea, yo también la cruzaré.

Volvió a mirar la pantalla del móvil. La sombra seguía allí. Esperando.

Ethan puso la mano encima de la suya, y ella sujetó el bolígrafo con los dos dedos del muñón.

—Ahora eres tú la que debes aprender. Esa impaciencia podría matarnos a todos.

—Soy una asesina, Ethan. Haré todo lo necesario...

—Abuela, ¿no ves que no puedes enviarles nada? Esa foto llegó desde un número oculto.

Se miraron y por primera vez en días se sonrieron en un gesto que los unió. No habría más reproches. Conocer sus debilidades los haría más fuertes.

—¿Otro café, hijo?

Capítulo 11

1

Las primeras horas de la mañana pasaban lentas y no quedaba otra que esperar a la próxima instrucción. Las nubes se habían estancado sobre la ría y el aire era tibio y cargado de humedad. La dueña de la casa tendía la ropa otra vez.

—Vive sola y lo hace para controlar —dijo Ethan desde el porche—. Es la misma ropa que tendió hace dos días. Fíjate, está seca.

—Ya veo, desconfía de nosotros, y del mundo en general.

—¿Qué haces?

—Revisaba fotos en el móvil. En Blue Valley pasé una tarde fotografiando retratos antiguos.

Ethan tomó el teléfono y pasó las imágenes con una sonrisa breve.

—Abuela, hay una aplicación que las transforma sin que parezca este churro que has hecho.

—Me vale así —dijo, acercándose más a su nieto—. Mira tu madre con ocho años. Y esta otra de camping.

—Casi no recordaba estas fotos. Hace mucho que no las veía.

En otra, Casandra, con el pelo recogido, sostenía a Ethan en brazos en la playa. Era poco más que una chiquilla. Él llevaba las gafas de sol de su madre, enormes para su cara, y estaba envuelto en una toalla azul. Ambos miraban a cámara.

La observaron unos momentos sin decirse nada y Victoria le cogió el móvil de las manos.

No había dulzura en su mirada, sino dureza.

¿Qué había hecho con su familia?

Casandra había crecido bajo vigilancia constante. Victoria lo justificaba con la idea de protegerla, pero ahora no estaba segura.

Tal vez solo había intentado controlar lo que no comprendía: su carácter, sus decisiones, los hombres que elegía y la distancia entre ambas crecía cada vez más.

Y Ethan... Ethan apenas conocía la palabra ternura. Solo órdenes precisas, rutinas, estructuras. ¿Lo había criado fuerte? Tal vez. Pero también lo había hecho impermeable. Y ahora veía en sus ojos una mirada que le resultaba familiar.

El chico miraba hacia la ría, distraído con el ir de una embarcación de pesca.

Victoria volvió a mirar la foto. Ya no tenía peso emocional, solo juicio. Era la radiografía de una época en que aún creía poder reconducir la vida de su hija.

Y no podía.

Desde su asiento observó a la vecina. Los miraba de soslayo mientras tendía la ropa con lentitud. Le podía más el control de su propiedad que el esfuerzo de disimular.

Era como ella, al fin y al cabo.

Le costaba reconocerlo, pero era verdad.

Entonces la fatiga la abordó. No era física, era interna. Una carga que arrastraba desde hacía años por las decisiones, las omisiones y las muertes.

Pensó otra vez Casandra. En la mujer práctica y fuerte que quiso formar. Pero su hija siempre fue otra cosa. Impulsiva, emocional, contradictoria. No supo leerla. Solo intentó corregirla.

Y ahora, Ethan absorbía sus métodos, su silencio y su determinación. Pero también su dureza.

Volvió a mirar la foto.

Ahí estaban los dos, congelados en el tiempo. Victoria recordó ese día. Había sido idea de Raymond: cargar el coche, salir sin avisar y pasar el día en la costa.

Casandra no quería ir y Ethan no podía opinar.

El mar estaba bravo y el viento helaba la piel. Comieron en el coche, tomaron una foto y se fueron.

Bloqueó el móvil. Ya había visto lo que necesitaba.

Se incorporó. La lucha seguiría. También era una lucha contra sí misma. Y eso no la debilitaba, la colocaba justo donde debía estar.

Preparada para lo que viniera.

2

La casa empezaba a quedársele pequeña. Era mediodía y no había noticias de Silvia. Solo la foto de la mañana y la amenaza de lo que vendría, pero nada llegaba. Y eso los desconcertaba.

Ethan estaba junto a una pequeña mesa en el escaso césped del jardín. Trasteaba con el teléfono como si en las redes sociales pudiera encontrar una pista del paradero de su madre.

Victoria le había cogido el gusto a la silla del porche y ahora era ella quien controlaba a la vecina, retándola con la mirada cuando la otra salía a vigilar a los huéspedes.

—No entiendo por qué no nos llama —dijo él, subiendo las escaleras—. ¿No tienes la sensación de que esta espera nos va a estallar?

—Aún es pronto.

Ethan observó a la vecina desde arriba. Luego miró a su abuela, que no le quitaba ojo, y bajó la voz.

—He estado pensando, que si esto se pone feo... Feo de verdad, ¿se lo damos? Todo lo que pidió.

Victoria se levantó despacio y se apoyó en la balconada.

—Nos largamos. Esa vieja me está poniendo nerviosa y, al fin y al cabo, ardes en deseo de jugar la partida con Silvia.

—No, abuela, solo estoy barajando posibilidades...

—No te esfuerces, yo también lo deseo. Este silencio solo puede significar dos cosas. O la están torturando y pronto recibiremos noticias, o esperan a que nos acerquemos. —Se dio la vuelta y entró en casa—. ¿Crees que soltarán a tu madre si le damos lo que pide?

—No lo sé. ¿Y si nos acorralan y no queda otra salida?

—Eso es rendirse, no es una solución.

Victoria cogió el bolso y salió de nuevo al porche.

—¿Qué pasaría si nos hubiera pedido todo el dinero desde el principio? ¿Se lo habrías dado?

Ethan no contestó.

—Silvia no es idiota —continuó—. Pidió la mitad porque sabía que podíamos aceptarlo. Pero si se lo entregamos ahora, lo siguiente será lo otro.

—Quizá se merezca una parte más grande de la que le dimos en su día.

—Ya lo hablamos mil veces. ¿O acaso no recuerdas lo que pasó en aquel sótano? ¿Quién se la jugó de verdad?

—Ella también puso de su parte.

—¿Acaso olvidas cuando te pidió lo justo para salvar a su familia? Se conformaba con eso.

—Sí, pero después pagó un precio mayor.

—Llevas arrastrando eso desde entonces, hijo. Eso te hace débil.

—Ya, abuela, pero es que...

Victoria se acercó y agarró el brazo del chico con su mano tenaza.

—¿Tú te oyes? ¿No ves hasta dónde puede llegar? ¿No recuerdas lo de Blue Valley? Es insaciable, nunca tendría bastante.

—¿Y si no se puede ganar la partida?

—Hasta el final seguiremos en pie. No tengas miedo, hijo.

—No tengo miedo, abuela. Solo dudas. ¿Y si nos destruye como familia?

Hacía tiempo que ya estaban destruidos. Desde el robo de criptomonedas se habían distanciado. Cada uno en su vida. Lejos unos de otros. Sin apenas muestras de cariño hacia Victoria, pocas llamadas, ni siquiera en fechas señaladas.

—Entonces sabremos que no nos salvábamos igual. No hay marcha atrás, hijo.

—Parece que contigo nunca la hay.

Ethan la miró con cansancio. Pero seguirían. Ya no se trataba solo de salvar a Casandra, sino de no perderse a sí mismos.

La mañana se les echaba encima y el cielo había perdido color. No porque se nublara, sino por cómo estaban viendo el mundo

Victoria y Ethan. Silvia había conseguido eso, y lo agudizaba con el paso de las horas. Era una parte que iba ganando en aquella partida silenciosa.

La puerta de la casa no encajaba bien. Había que empujarla con fuerza, como si ese portazo formara parte del plan de la vecina para poder espiarlos entre las cortinas.

Salieron despacio a la carretera y cruzaron el pueblo. Era el momento más vivo del día, con los primeros visitantes entrando en los restaurantes junto al mar.

Siguieron la carretera hacia las fábricas que ya conocían del día anterior. En menos de media hora, sin cruzar palabra, serpenteaban entre pistas de tierra. Sin casas, solo monte.

Caminaron por un sendero estrecho e irregular con el mar de otra ría al fondo, resplandeciendo a lo lejos, tranquilo y silencioso. A cada paso la maleza se cerraba más, enganchándose en su ropa. Victoria pisaba firme y la apartaba sin detenerse a maldecir.

Ethan caminaba a su lado, siguiendo su ritmo. A veces se detenían al mismo tiempo y miraban entre los árboles desconfiando del paisaje.

Subieron una pequeña loma y alcanzaron la cima. La ría se abría frente a ellos, verde esmeralda, fundida con los árboles que la rodeaban hasta kilómetros adentro. No había barcas ni gaviotas, como si la fábrica abandonada en la orilla ahuyentara a todo lo que se acercara.

Se quedaron en silencio, como aquel lugar, mirando la chimenea y el cierre perimetral de la nave.

Victoria apoyó la mano en el hombro de Ethan, descansando un momento el peso de su cuerpo. Luego siguieron caminando, sin prisa.

El camino los llevó hasta un claro donde la vegetación cedía y la tierra se volvía dura. Desde allí la fábrica se alzaba como una mole de ladrillo oscuro, cubierta de musgo y óxido, con algunas ventanas rotas. La enorme chimenea se inclinaba, a punto de rendirse al próximo temporal.

El muro perimetral, roto en varios tramos, no ofrecía ningún obstáculo.

Se acercaron por un lateral, lejos de la entrada principal. La verja estaba húmeda, con la pintura saltada que dejaba al descubierto el metal carcomido. Aquel lugar olía a óxido y aceite viejo.

A lo largo del muro había otros accesos caídos, pero en la entrada principal vieron las huellas de un coche reciente. No necesitaban más señales ni llamadas de Silvia.

Ya no se trataba de buscar pistas sin ser vistos. Ni de negociar.

Era momento de entrar. De comprobar si ese era el lugar y enfrentarse a lo que hubiera dentro.

Ethan esperaba una orden de su abuela, pero ella solo lo miró y levantó el mentón. Él conocía bien ese gesto. Victoria acababa de decidir, y lo haría con todas las consecuencias. Caminó bordeando el perímetro y Ethan la siguió en silencio, expuestos a quien los observara desde dentro. Si es que había alguien.

Recorrieron lentamente todo el muro, estudiando todos los ángulos de la fábrica mientras se exponían.

Un acceso lateral, un ventanuco y una puerta cerrada con un candado oxidado. Después regresaron a la fachada y caminaron por la carretera sin mirar atrás. Si los estaban observando, que supieran que ya habían llegado.

4

Después de pasearse descaradamente por si alguien los observaba desde dentro de la fábrica, regresaron entre el monte, rodeando pinos y aplastando zarzas bajo los pies. Se agacharon tras un tronco caído, encorvados y con la mirada fija en la fábrica abandonada y esperaron más de una hora a que ocurriera algo.

—¿Y si esta no es la nave de la sirena?

—Parece la más entera de la zona. Las otras están muy derruidas y no tendrían conexión eléctrica para hacer sonar una sirena. ¿Has visto los cables que llegan al transformador?

Ethan miró al cielo. Los cables gruesos, de poste a poste, parecían intactos a pesar del tiempo. Bajaban desde el último poste

como venas negras, cruzando el aire y aferrándose a los aisladores de vidrio de la pared principal.

El sonido de un coche que descendía por la carretera los alertó. Apenas hacía ruido, pero las ruedas sobre la gravilla delataban su paso rápido hacia la nave. Era oscuro, sin distintivos, y no alcanzaron a ver la matrícula.

Se agacharon todavía más mientras Ethan grababa con el móvil.

El coche se detuvo bajo una cubierta lateral. Bajó un hombre mayor, con sombrero de ala estrecha, apoyado en un bastón. Abrió un portalón con una llave y habló unos segundos con alguien en la sombra. Luego miró hacia fuera, como si olfateara el aire, y desapareció tras cerrar la puerta.

Ethan le pasó el móvil, pero Victoria no necesitaba comprobar lo grabado. Ya lo había visto.

—Nada más por hoy —dijo en voz baja.

—Pero mamá podría estar ahí.

—Nada más por hoy, hijo.

Victoria retrocedió encorvada por donde habían llegado y Ethan la siguió. Cada rama que crujía bajo sus pies sonaba como un aviso, pero no se detuvieron.

Media hora después, estaban en el coche sin que nadie los viera llegar.

—Abuela, ¿es que no vamos a hacer nada más?

Victoria levantó el brazo y lo agitó señalando la ruta de salida.

—Vamos a comer.

Ethan la miraba y negaba.

—Me cabrea tu arrogancia, abuela. ¿Quieres decirme cuál es tu plan?

—No hay plan. Necesito pensar y lo mejor es alejarnos de este lugar por ahora.

—Pues yo creo que no. Que no debemos dejar a mamá ahí dentro. Debemos vigilar e ir a por ella.

—¿Quieres calmarte? ¿Cómo pretendes entrar sin ayuda? No sabemos qué habrá ahí dentro.

—Lo que sí sabemos es que está mamá.

—¡Arranca!

Ethan miró a su abuela, apretó los labios y cogió su teléfono.

—¿Quieres encender el coche de una vez y largarnos antes de que nos vean?

—Si tú no tienes un plan, yo sí.

—¿Qué haces?

El sonido del tono de una llamada resonó en los altavoces del coche.

Segundo tono.

—¿A quién llamas?

Tercer tono y una voz femenina respondió al otro lado.

—¿Ethan?

—Necesito que nos veamos.

Victoria abrió los ojos y levantó la mirada.

—¿Dónde estáis?

—En Galicia. Te enviaré ubicación en media hora. ¿Puedes?

—Claro. Os hacía en Estados Unidos. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, te lo cuento luego.

Y cortó la llamada.

Victoria lo miró negando.

—Al final, esa abogada te acabará jodiendo la vida.

—Nos ayudó la otra vez.

—¿Cuál es tu plan? ¿Acabar el amorío que dejaste a medias?

—En algo nos podrá ayudar. Tenemos que hablar con ella.

—Al final, también tienes un aire a tu madre.

Ethan miró a Victoria a los ojos.

—Abuela, no me jodas, ¿vale?

Victoria estuvo a punto de replicar, pero en los ojos de su nieto vio la determinación de un hombre. Tal vez ese adulto sería más resolutivo de lo que creía.

Capítulo 12

Cassandra estaba medio desnuda con los tobillos atados por las bridas y el metal de la silla estaba frío. Llevaba demasiado tiempo allí y no lo notaba. La bombilla colgaba del techo y proyectaba una luz amarilla que no alcanzaba las esquinas. El suelo, sorprendentemente limpio, contrastaba con las paredes de cemento desconchado y el olor a polvo cerrado.

Frente a ella, una mesa baja con una libreta y un bolígrafo. Nada más.

Viktor estaba sentado a tres metros, con el cuerpo recto y el bastón apoyado junto a la silla, en silencio absoluto. Sin moverse. Observándola.

Silvia apoyada en el marco de la puerta, brazos cruzados, ojos fijos en Cassandra, mascaba un chicle con impaciencia.

Cassandra no hablaba, ni se quejaba, pero por dentro le corroía una implacable sensación de vergüenza. Miraba las grietas del techo, ramificadas, abstractas y sin orden. Una parecía una letra. Otra, un mapa. Nada uniforme. Nada simétrico.

Viktor habló.

—Cuéntalas todas.

Cassandra bajó la cabeza. Miró la libreta que el hombre había abierto y después a él.

Viktor no repitió la orden.

Nadie se movía y Silvia se fue.

Después de una hora, regresó y se quedó bajo el umbral.

Ambos seguían en la misma posición. Dio un paso y Viktor levantó una ceja visible incluso para Silvia, detrás de él.

El hombre seguía en silencio. Sin tocar el bolígrafo.

La bombilla parpadeó un poco, como si estuviera impaciente por ver algo de acción.

Silvia se fue y pasó otra hora.

Casandra, agotada, apoyó los codos en las rodillas. El cuello le dolía pero sacó fuerzas para mirar el techo otra vez. Se detuvo en una mancha. Luego en una línea. La repitió mentalmente y cerró los ojos.

Sus labios se movieron.

—Una... dos... tres...

Muy bajo. Casi un susurro.

Viktor anotó algo.

Casandra seguía contando, lentamente. A veces volvía atrás, susurrando números sin orden. Se corregía con un gesto de agotamiento.

Silvia llegó de nuevo y bufó. Caminó de un lado al otro de la sala. Ocho pasos de ida. Ocho de vuelta.

—¿Esto es lo que querías? —preguntó Silvia en voz baja.

Viktor no respondió.

Casandra bajó la cabeza. Tenía los ojos vacíos y secos.

—He perdido la cuenta —murmuró.

—Vuelve a empezar —ordenó el hombre.

Casandra tragó saliva con dificultad y, sin gesto de reproche alguno, volvió a mirar el techo.

—Una... dos...

En la voz de Casandra no había rastro de resignación, pero tampoco sonaba obediente. Era neutra.

Silvia se acercó a Viktor. Habló solo para él.

—¿Y esto para qué sirve?

—Sirve.

—Parece un juego.

—Lo es. Pero ella no lo sabe aún.

Casandra paró de contar.

Viktor no insistió. Solo escribió un número en la hoja. Nada más.

—No voy a ser capaz de hacerlo —dijo Casandra.

Silvia afirmó como si esperara que eso cerrara la escena.

—No importa si lo haces o no —dijo el hombre— lo que importa es cuándo decides hacerlo.

Cassandra lo miró, sin pestañear.

Silvia se volvió a apoyar contra la pared.

Viktor guardó la libreta. Se levantó con lentitud. El bastón resonó una vez contra el suelo.

—Mañana seguimos —dijo.

Se fue rozando a Silvia, que no lo siguió. Se quedó mirando a Cassandra. Luego salió sin decir palabra.

La bombilla seguía parpadeando.

Se quedó sola, sin levantarse. Aún no estaba rota, Viktor lo sabía y eso era lo que le interesaba.

Unos segundos después, la música clásica llenó el pasillo. La Sarabanda de la Suite para violonchelo número cinco de Bach comenzó a sonar lenta, como una plegaria invertida.

Capítulo 13

Victoria la oyó acercándose entre las mesas del restaurante. El taconeo rápido bastó para reconocer la emoción al ver a Ethan frente a ella. La abogada que los había defendido hacía unos días, cuando Casandra fue absuelta, estaba de vuelta. Se inclinó y le dio un par de besos, sin importarle la presencia de su abuela. Ethan mostró un entusiasmo comedido.

Traía una chaqueta estampada. A Victoria le pareció que su perfume estaba demasiado cargado para esa hora.

— Qué guapa te has puesto, me alegra que el caso te haya sentado tan bien.

—Bueno, me habéis pillado trabajando —replicó con una sonrisa distraída.

Ethan se apresuró a coger una silla libre para ofrecérsela.

—¿Has comido? Siéntate con nosotros, están a punto de servirnos.

—Pues la verdad es que tengo hambre.

Volvían al mismo restaurante de Sanxenxo de días atrás. Las vistas, el color del mar, la brisa... Todo igual que antes. Incluso la angustia.

Todo parecía repetirse, con alguna excepción.

—¿Y Casandra? ¿Se ha ido por su cuenta?

Victoria miró a su nieto. Que fuera él quien explicara por qué estaban allí.

Tania lo miró.

—¿Ha ocurrido algo malo?

Ethan asintió apenas, sin levantar la vista.

Tania estaba a punto de quitarse la chaqueta. Un camarero los vio y se acercó con paso profesional.

—No sé si quiero saberlo. Te pedí que me mantuvieras lejos de vuestro pasado, Ethan.

El camarero llegó a su altura.

—Buenos días, señorita. ¿Va a tomar algo? ¿Desea que le ponga unos cubiertos?

Nadie dijo nada durante unos instantes.

Victoria fue la que reaccionó. Erguida y cortante.

—Gracias por venir, ya nos veremos —dijo.

Tania asintió, sin apartar los ojos de Ethan.

—Te quedarás un rato más —y se dirigió al camarero—. Por favor, póngale un servicio.

Victoria no dijo nada y Tania dudó, pero la mano del chico en su hombro la retuvo.

Colgó la chaqueta y el bolso en el respaldo y esperó a que el camarero colocara los cubiertos.

—¿Qué ha pasado? —Victoria esperó a que Ethan hablara—. ¿Le ha ocurrido algo a tu madre? No me digas que después de todo lo que hicimos para demostrar su inocencia, ahora...

—Está desaparecida —dijo el chico, sosteniendo la mirada de su abuela.

—¿Cómo desaparecida? ¿Se ha fugado?

—La han secuestrado, hija. Y sí, tiene que ver con nuestro pasado. ¿Sigues queriendo quedarte? Yo prefiero que te largues.

—¡Abuela!

—¿Qué pasa Ethan? Ella no quiere pasar por esto, y nosotros podremos solos.

—No podremos.

Tania los miraba. Cada palabra aumentaba su angustia.

—¿Qué creéis que necesitáis de mí?

Ethan dudó, pero solo fue un segundo.

—Que nos ayudes a entrar.

—¿Dónde?

—En una fábrica apartada, cerca de aquí y alejada de los vecinos.

Tania se echó hacia atrás. La confianza que le tenía al chico se desmoronaba. ¿En qué momento del pasado no le había quedado

claro que ella era solo abogada?

—No puedes pedirme eso. Sabes que solo valgo para hacer mi trabajo. Si me pides asesoramiento o representación legal, lo entiendo. Pero lo que pretendes otra vez...

Victoria enderezó su postura, por primera vez desde su llegada.

—No tenemos pruebas. Solo sospechas.

Tania la observó con respeto.

—Solo soy una letrada, como tú dices, Victoria. ¿Es que no lo entendéis? Toda la angustia que tenía por vuestra culpa ya la he pasado hace unas semanas. Se acabó, no pienso volver a caer en vuestra trampa.

Ethan se fijó en la mano y las uñas perfectas de Tania y puso su mano en la suya.

—No aceptaremos que no nos ayudes. Mi madre está secuestrada y tú eres nuestra única persona de confianza aquí. Tal vez puedas ayudarnos en lo que menos esperas.

El camarero se acercó para tomar nota de la comanda para Tania. Ella dudó si levantarse, pero decidió pedir algo ligero, no demasiado caro, por si tenía que irse antes de tiempo de aquella conversación absurda.

—¿En qué puedo ayudaros yo? No quiero formar parte de vuestros chanchullos.

—Solo escúchanos. Te contaremos quién la tiene y por qué todo esto volvió. Solo debes conocer la historia completa. Tal vez después puedas darnos alguna pista de como acabar con esas personas. No te pido más implicación.

—Si os escucho formaré parte de todo en lo que andáis metidos.

Victoria los interrumpió.

—El dinero no será problema. Ya lo sabes.

—No es cuestión de dinero, Victoria. Es que no quiero repetir esa historia.

—Todo tiene un precio, hija. Existe una cantidad de dinero por la cual estarás dispuesta a escucharnos.

Ethan cruzó los brazos y se dejó caer en la silla. Su abuela ya estaba de su lado.

Tania lo miró.

—Te noto cambiado.

—Tú también cambiarás.

El silencio se impuso tras la advertencia. Tania sabía que Victoria desconfiaba. Victoria sabía que Tania no había venido solo por la causa.

—¿Qué sabéis exactamente?

Ethan se acercó a la mesa y sacó el móvil. Le mostró la foto. Tania la observó en silencio. La miró de nuevo. Luego miró a Victoria.

—¿Quién le está haciendo esto a Casandra?

—Tenemos pruebas, pero no podemos mostrarlas —dijo Victoria.

Ethan guardó el móvil.

—Si llegan a la policía, nos delatarían.

—Sois delincuentes, no sé qué hago aquí.

—Ya lo sabías. Pero has venido igual, para compartir mantel con unos asesinos —dijo Victoria, jugando su carta.

Ethan temió verla levantarse.

—No vine a salvar a nadie, Victoria.

—Sabemos que ese no será tu papel, pero puedes ser útil en otras cosas.

Ethan acarició de nuevo la mano de la abogada.

—Viniste porque yo te lo pedí.

—Pero vete si quieres, nena —interrumpió Victoria—. Esto se puede terminar aquí y ahora, para siempre, no te molestaremos más.

Tania apartó la mano y, tras bajar la mirada, se dirigió a Victoria.

—Será una cantidad importante.

—Hemos sido justos contigo en el pasado. Creo que no tendrás queja de eso.

—Cierto.

—¿Te quedas entonces?

El camarero llegó con los primeros platos y sirvió un poco más de vino.

—¿Quiere que le ponga una copa a usted también, señorita?

Tania sonrió y echó la silla más hacia dentro para asentarse mejor.

—Sí, por favor.

Capítulo 14

Aquel otro cuarto tampoco tenía ventanas y el olor a cerrado era aún más denso. El techo era más bajo y la temperatura más fresca. El cemento desnudo y la bombilla tenían una luz más limpia, aunque dolía más. No parpadeaba, pero emitía un leve zumbido. La luz tenue caía desde el techo sobre la silla metálica y tenía algo de sonrisa burlona.

Casandra estaba sentada y tenía las muñecas y los tobillos libres. La habían desatado, pero no como un gesto de confianza, sino algo peor. Querían estudiarla.

En una esquina estaba Silvia, sostenía una pistola con el cuerpo recto.

Frente a Casandra, Viktor.

Esta vez no había mesa, solo dos sillas.

Él estaba en la suya, con el bastón apoyado entre sus piernas y los dedos entrelazados sobre el vientre. El rostro sereno, la coleta tirante y el mismo traje gris oscuro sin una arruga. Miraba a Casandra como si todo fuera a ir bien.

—¿Qué crees que habría sido de ti sin tu madre, Casandra?

La voz llegó limpia, sin buscar herir ni consolar. Era una pregunta genuina.

Casandra no respondió.

Miró al suelo. Luego al techo. Las grietas ya no eran parte del juego.

Silvia carraspeó.

Viktor alzó una mano sin mirarla.

Silencio.

El zumbido de la bombilla volvió a dominar el habitáculo.

Casandra bajó la vista hacia el hombre y sostuvo su mirada sin miedo. En ese momento, el silencio entre ambos dejó de ser vacío y se convirtió en campo de batalla.

—¿Y tú? —dijo Casandra sin moverse—. ¿Cuántas veces has estado encerrado con alguien que no puedes controlar?

Silvia se movió y el leve roce de su ropa anuló el zumbido de la bombilla.

Viktor, inmóvil, no parpadeó.

Después sonrió apenas.

Casandra mantuvo la mirada y ninguno de los dos rompió el contacto.

—Tú crees que es una inversión —dijo Viktor—. Que por haber resistido unos días, ahora tienes voz. Y quizás la tienes. Pero no sabes lo que realmente está en juego.

—Lo que se juega es mi cuerpo. El tuyo no.

—¿Estás segura?

Casandra no respondió y el zumbido volvió.

Viktor se recostó. El bastón seguía entre sus rodillas. No se había movido en toda la conversación, pero algo había pasado. Una pequeña grieta en la dinámica.

Casandra no dejaba de mirarlo.

—¿Te molesta que no te tenga miedo?

Viktor no sonrió esta vez.

—Me fascina.

Se miraron sin expresión. Solo ellos, su respiración y el zumbido.

—Esto no sirve de nada —soltó Silvia.

—Al contrario —respondió Viktor, sin girarse—. Acaba de empezar a servir.

—¿Para qué?

El hombre no respondió.

Casandra desvió la mirada hacia Silvia.

—¿No te gusta no ser el centro?

La expresión de Silvia bastó. Viktor levantó una ceja.

—No estás rota —dijo, incorporándose con lentitud—. Y eso es útil. —Tomó el bastón y se apoyó en él—. Hasta mañana.

Silvia no se movió y esperó que él saliera primero. Después se fue con el sonido metálico de la puerta y el eco del pasador de fuera resonando en los pasillos.

Cassandra se quedó allí sentada, en la silla sin respaldo, acompañada del zumbido sin pausa durante un tiempo que no supo medir.

Hasta que la luz se fue, y unos segundos después los metales y los violines de la séptima sinfonía de Leningrado estallaron en la oscuridad.

Capítulo 15

Después de comer regresaron a Combarro. El lugar recuperaba su calma habitual tras la marcha de los turistas. Pasaron la tarde divagando sobre lo poco que sabían del paradero de Casandra. Ethan le había mostrado a Tania los audios, la ubicación de la nave y el vídeo que grabó. Victoria le habló de Silvia, de la extorsión y de cómo salieron indemnes de un asunto que estuvo a punto de explotarles en Blue Valley.

Al atardecer, en la tranquila plaza del pueblo, a pie de las aguas de la ría, después de escucharlos y entenderlos en silencio, habló con calma.

—Conozco a alguien. Ya no ejerce en los cuerpos de seguridad, pero todavía sabe moverse entre la ley y lo que hay fuera de ella.

Ethan se inclinó y apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Lo echaron del cuerpo?

—Es un guardia civil jubilado que le debe más de un favor a mis padres. Es un familiar lejano y estuvo en narcóticos. Sabe lo que es el silencio.

—Podría venirnos bien, hija.

—Creo que podría ayudaros si le contamos solo lo necesario.

—¿Cuándo podrás averiguar si estaría dispuesto?

—Haré una llamada ahora mismo.

Tania se alejó unos metros del banco donde se habían sentado y se apoyó en la barandilla de seguridad del puerto. Saludó efusiva a su padre, que la abordó con un asunto personal.

—¿Qué es eso de que no tenéis ánimo para hacer ese viaje? Con la ilusión que tenía mamá... Tenéis que ir.

Después solo se escuchó un murmullo y Ethan aprovechó para abordar a su abuela.

—Veo que has cambiado de opinión. Ya no te parece tan mala idea contar con ella.

—Todavía es temprano para concluir eso. Meter a Tania y a alguien más en esto, puede salirnos muy mal.

—Ya, pero tal vez ese guardia retirado tenga armas, y pueda entrar en la fábrica y hacerlo por nosotros.

—Deberíamos tenerlas nosotros mismos.

—A mí también me gustaría, pero no tenemos armas aquí, ¿recuerdas?

En ese momento Tania regresó.

—Mi padre dice que mañana mismo. Vendré con él y podréis hablar.

—Perfecto —dijo Victoria, levantándose—. Quedaos un poco más, os vendrá bien hablar entre vosotros.

Tania no respondió. Ethan tampoco.

Cuando Victoria se fue, se fueron a caminar por el paseo marítimo, mirando las tranquilas aguas y respirando la frescura de la brisa. Después bajaron hasta una terraza abierta sobre la ría donde estaban preparando el comedor para las cenas. El lugar, con sillas de mimbre y una antigua parra colgando del alero, estaba casi vacío.

Pidieron albariño y esperaron a que el apetito llegara.

Al principio la conversación fue lenta. Hablaron del clima, de las luces que se reflejaban en el agua y, a pesar del atardecer anaranjado, ninguno sacó el móvil para immortalizar el momento.

Levantaron las copas y brindaron en silencio antes del primer sorbo.

—Estás raro.

—Ya me lo has dicho antes.

—Es que lo estás.

—Nadie está igual cuando busca a su madre secuestrada.

Tania bajó la vista. Acarició el borde de la copa con un dedo y no insistió.

Ethan la observó y consideró cada palabra antes de decirla, sin intención de hierirla. Algo había entre ellos que ahora latía de una manera diferente a como se habían despedido la última vez. Como una deuda, una historia incompleta.

Terminaron el vino. Pagaron y caminaron en silencio hasta la casa.

En la entrada, Tania se detuvo. Ethan sacó la llave, pero no abrió. —Mañana veremos cómo acercarnos a esa fábrica.

Tania asintió.

Esbozó una media sonrisa, lo miró y lo besó.

No fue largo ni urgente, pero Ethan solo correspondió cerrando los ojos un instante.

Tania se apartó y sin decir nada, caminó de regreso hacia su coche mientras Ethan la veía alejarse sin moverse del portal.

Arriba, Victoria observaba desde detrás de la cortina, sin encender la luz.

Y en alguna parte, en una habitación sin ventanas, iluminada por monitores que mostraban la escena desde distintos ángulos, Silvia observaba. Una de las imágenes mostraba la escena del portal desde un ángulo alto con un plano amplio. Vio el beso, el gesto de Ethan y la despedida.

Silvia ni siquiera murmuró. Estaba sola con los ojos clavados en la imagen. Apretó los dientes y respiró hondo.

La pantalla siguió emitiendo, pero Silvia ya no veía nada.

Capítulo 16

Cassandra llevaba despierta un rato, no sabía cuánto. La música se había apagado hacía poco y solo quedaba el zumbido de la bombilla. Podría subirse a la silla y desenroscarla, pero temía a la oscuridad.

Ellos no sabían que Cassandra había dormido toda la vida con algún punto de luz que la guiara hacia la cordura. A veces era un piloto de la tele, los números rojos de un despertador, la persiana medio subida. Si apagaban la luz se volvería loca. El zumbido que sus torturadores creían dañino, para ella era salvación.

Intuyó que estarían a mitad de madrugada. Nadie parecía reanudar la música. Tal vez sus secuestradores no dormían allí, dondequiera que estuviera ese lugar. Se habían ido. Podría ser la oportunidad de su hijo y su madre.

Cualquier noche irrumpirían allí para sacarla. ¿Cómo lo harían? No podían recurrir a la policía. Si lo hacían, el robo de las criptomonedas saldría a la luz. Silvia se encargaría de desenmascararlos.

Tal vez había una manera de salir de allí. Se levantó del suelo, esquivó la silla metálica y observó los rincones de la habitación en busca de alguna grieta en la que escarbar. El lugar apestaba a viejo. Tal vez las paredes fueran endebles.

Recorrió el perímetro y se detuvo delante de la puerta. Quizá en el marco encontraría alguna fisura. Se acercó y acarició el metal frío.

En ese momento, una nota entró por debajo de la puerta y tropezó en sus pies. Cassandra dio unos pasos hacia atrás, sorprendida. ¿Había activado sin querer un mecanismo que soltara

esa nota al tocar la puerta? Se quedó en silencio, al otro lado no escuchó nada. Ni pasos, ni movimiento, nada.

La nota estaba doblada en cuatro. Sin sobre. Papel áspero, marrón, con algo escrito en tinta azul.

Pasados unos minutos, atenta a cualquier sonido, cogió la nota.

Reconoció la letra.

Leyó una vez.

No era posible.

Después otra.

Tres líneas escritas sin apuro, con trazo firme.

"No te hemos olvidado. Estamos más cerca de lo que imaginas. Tania ha venido a ayudar."

Cassandra mantuvo el papel abierto. Los ojos fijos en esas últimas palabras.

Tania ha venido a ayudar.

No había firma.

No hacía falta. Reconocería la letra de su hijo entre miles.

Y entonces, algo se rompió en ella y el sentido común se salió de la carretera.

Se acercó a la puerta y comenzó a aporrearla con violencia.

—¡Estoy aquí! ¡No me dejéis! ¡Soy yo!

El eco de los golpes resonó en la estancia y más allá de la puerta. Era imposible que no la oyeran. Solo hacía unos momentos que le habían dejado la nota. ¿Por qué no la leyó inmediatamente?

Cassandra rompió a llorar.

—¡Socorro! ¡Sacadme de aquí!

Pero después de largos minutos, se derrumbó en el suelo, con la cara pegada a la puerta y las lágrimas esparcidas por sus mejillas.

De pronto, la luz se apagó, Cassandra quedó envuelta en la absoluta oscuridad y la pieza militar de Shostakóvich volvió a retumbar entre las paredes.

Capítulo 17

1

Eran las seis y veinte de la mañana. El día comenzaba a despuntar, la cafetera hervía y el coche de Tania entraba por la pista aplastando la gravilla. En la casa de la vecina, una luz se encendió en algún dormitorio.

—Creo que a esta le hubiera gustado dormir aquí —murmuró Victoria cuando vio a la abogada bajarse e ir hacia las escaleras.

Tania subió apresurada y Victoria abrió la puerta antes de que ella pudiera llamar.

—Espero que traigas buenas noticias tan temprano. Ethan está durmiendo.

—Necesitaba veros para avanzar más rápido en mis búsquedas. No quiero imaginarme lo que debe estar pasando Casandra.

Victoria abrió la puerta del todo e hizo un gesto para que pasara.

—¿Café?

Tania asintió mientras abría su bolso y sacaba el portátil y unos papeles que pronto extendió sobre la mesa. Victoria le entregó la taza y se quedaron de pie, observando la pantalla del ordenador que tenía varias ventanas abiertas y superpuestas. En una de ellas, una foto satélite de la zona donde se levantaban las fábricas abandonadas.

—Todo apunta aquí.

Señaló con el dedo índice una finca rectangular, marcada en lápiz sobre un papel impreso con la misma imagen de la pantalla.

—¿Aquí, dónde?

Ethan las sorprendió a sus espaldas, con el rostro despejado como si no hubiera dormido. Victoria fue a por otra taza y no percibió la caricia que Tania le dio en la mejilla al chico.

—Es la propiedad de un hombre desaparecido en dos mil veintidós. Oficialmente sigue vivo, algunos dicen que en Brasil, pero no hay movimientos en las cuentas de su empresa desde entonces. Sin impuestos, sin ingresos, nada.

Victoria se inclinó y apreció que se trataba de la finca sobre la que estaba construida la fábrica que habían visitado el día anterior.

—Tratándose de un abandono relativamente reciente —continuó Tania—, no podemos despreciar la hipótesis de que su interior albergue unas instalaciones decentes. Y si están ahí dentro, es posible que tengan cámaras apuntando hacia alguna parte.

Ethan no miraba los papeles. Miraba el mapa en el ordenador. Marcaba trayectos con la mirada y trazaba líneas sin la ayuda de una regla. Se abalanzó sobre el teclado y giró la cámara buscando el mejor ángulo desde todos los puntos cardinales.

—Aquí —dijo—. Este acceso no es visible a las cámaras. Es un acceso muerto, si lo hacemos con la marea baja, pegados a la vegetación que cae sobre el mar, pasaremos desapercibidos.

Victoria asintió. Le bastaba eso. Recordaba la curva, el talud, el muro derrumbado, pero entrarían por detrás, donde no llegaban los cables eléctricos ni las alambradas. Allí donde las aguas tocarían los muros en pleamar.

Tania se cruzó de brazos.

—Todo esto —dijo— es ilegal. No lo olvidéis.

Victoria entregó la taza de café a su nieto.

—También lo es secuestrar a una hija.

Tania asintió y sacó una caja de su bolso.

—Es una cámara. De las buenas. Tiene vista nocturna y es muy sensible a los movimientos. La batería dura semanas. Solo tenéis que instalarla y podréis asegurarnos de que esa es la nave que buscáis.

Victoria cogió la caja y le dio un par de vueltas, buscando el nombre de una marca oficial que no tenía por ninguna parte.

—¿Dónde la has conseguido?

—Se la regaló el amigo guardia civil a mi padre, al parecer la habían custodiado de un caso de narcotráfico y la iban a tirar. Mi padre no la necesita. No notará su ausencia.

Ethan dio un sorbo y se acercó a la ventana.

—Hablando de cámaras, te habrán visto llegar.

—¿Quiénes?

—Los secuestradores.

Tania los miró con los ojos bien abiertos, esperando una explicación.

—Nos vigilan, querida. Es posible que tengan cámaras en diferentes puntos para ver nuestros movimientos.

—¿Y aquí? —susurró la abogada señalando hacia el suelo de la cocina.

—Aquí no, lo he comprobado. Además, la dueña que custodia esta finca desde la casa vecina lo hace mejor que cualquier militar. Si alguien se acercara a esta morada, lo correría a palos.

—Pero, entonces, si nos están viendo...

—Sí, ya te han visto. No te lo advertimos, pero sabré recompensarlo económicamente.

Tania cruzó los brazos y paseó en círculos. Ethan se dio la vuelta.

—Forma parte del juego, pero tú no correrás peligro, tranquila.

—¿Que no correré peligro? —gritó.

—Vamos, letrada —dijo Victoria, alzando la voz—. No vengas de caritativa, desde ayer sabes perfectamente a lo que te expones, y sabes que algún daño colateral vas a sufrir.

—Pero... ¿de qué va todo esto? ¿A qué juega la Silvia esa?

—Todavía no lo sabemos, pero seguramente ya estás fichada.

Tania se llevó una mano a la boca y se acarició los labios.

—¿Y qué vais a hacer?

—Jugar.

—¿Jugar?

Victoria dio un sorbo.

—Sí, lo haremos hasta que consigamos cambiar las reglas.

Tania cerró el portátil y recogió los papeles. Después lo guardó todo en su bolso.

—¿Qué haces? —preguntó Ethan.

—Necesitamos tocar ese familiar ex guardia civil cuanto antes.

Victoria recogió la taza de café de la chica.

—De hecho, ya tendría que estar aquí. Vete, es bueno que comprueben que te fuiste de aquí cuanto antes. Y lo mejor es que no vuelvas. Eso los desconcertará. Nos veremos en lugares más lejos de aquí.

Tania echó a andar hacia la salida, pero antes de abrir la puerta, miró a Ethan.

—¿Pensáis entrar en esa vieja fábrica?

Victoria lo miró e intervino por él.

—No vamos a pedir permiso.

—No os parecíais tanto antes.

Ethan levantó la cabeza.

—Pues ahora sí.

2

La claridad apenas se insinuaba cuando llegaron a los alrededores de la fábrica. Era un amanecer pálido que extendía tonos grises entre los viñedos bajos y los montes. Sería un día sin sol, y tal vez sin noticias. Esa ausencia formaba parte del juego de Silvia. El tiempo estaba a su favor. La desesperación de una familia sin policía era una ventaja.

Iniciaban el mismo trayecto que el día anterior pero Victoria se detuvo alzando la mano.

—Todavía está la maleza aplastada de cuando estuvimos aquí. Debemos ir por otro lado o el rastro será demasiado visible.

—Iré yo, abuela. Tú quédate en el coche. Conectaremos la cámara y me dirás si se ve correctamente, para reorientarla o cambiar el ángulo.

Victoria asintió con un leve gesto y Ethan dio un rodeo caminando en cuclillas.

Aunque los días anteriores fueron secos, una bruma salía de la tierra y la maleza pisada resultaba más blanda.

A mitad de camino, en el punto más alto, fijó la correa de la cámara alrededor de un pino joven. Aseguró su estabilidad y llamó a su abuela.

—¿Está bien aquí?

—Todavía estás muy lejos.

—Nos habrán visto salir de casa, abuela. Sabrán que podemos estar husmeando aquí. No quiero acercarme más.

Victoria tardó unos segundos en contestar.

—Estás lejos, hijo, pero con el zoom podemos apañarnos.

—¿Segura?

—Regresa, ahora.

A su vuelta, el chico comprobó la configuración del dispositivo.

—Listo.

Victoria se inclinó, comprobó el ángulo y asintió.

Arrancaron y la luz seguía siendo leve, una claridad sin entusiasmo.

—Si están ahí dentro, ¿se te ocurre alguna forma de acabar con ellos?

—¿Acabar con ellos? ¿No te vale con que rescatemos a tu madre?

—Abuela, ya no hay vuelta atrás. La han secuestrado. Debemos acabar con esto sin dejar rastro.

—Sin dejar rastro —repitió en un susurro.

La mente de Ethan fue a un lugar oscuro que conocía Victoria. Aquella trituradora de personas en el sótano de su casa. Un aparato que destruía rastros. Un mecanismo capaz de borrar cuerpos y pruebas, perfecto para no dejar huellas.

No hablaron nada más en el viaje de regreso. Ahora, no necesitaban buscar pistas, sino esperar consecuencias.

Consecuencias, o una llamada.

Capítulo 18

Cassandra comía algo dulce y templado en una taza de porcelana agrietada. Apenas veía el cuarto. El hombre había dejado la puerta entreabierta y esperaba fuera a que terminara de comer. No sabía qué era. Apenas masticaba. Estaba tan blando que se deslizaba solo por la garganta. Agradeció hasta el último bocado e inclinó la taza hasta la última gota. Después Viktor le hizo una señal para que se levantara y caminara entre pasillos en medio de una oscuridad casi absoluta. Él la guiaba, detrás.

—Izquierda —ordenó.

Y pegaba la punta de la pistola en su espalda cuando ella se detenía aturdida. Finalmente entró en la sala donde la bombilla seguía con su parpadeo cansino.

Caminó sola, sin que nadie la empujara. Las paredes lisas, sin ventanas y el suelo impecable, gris claro. En el centro, una mesa y la silla metálica sin respaldo la esperaban con frialdad.

Cassandra se dirigió hacia ellas, como si lo hubiera hecho cientos de veces. En la mesa había una hoja blanca y un bolígrafo negro.

Se sentó despacio. Había aprendido que la velocidad y la actitud no cambiaba nada con aquel hombre. Podía mirar al suelo, al techo, hacer preguntas o callar. El resultado era el mismo, seguía allí dentro.

El hombre guardó la pistola, se aferró al bastón y le señaló la hoja con un gesto leve, esperando el siguiente paso de su prisionera.

Cassandra se levantó y se quedó delante de la hoja. Sin saber qué hacer. La observó buscando algún indicio en su blancura. Entrecerró los ojos por si el parpadeo de la luz la confundía. No había nada.

Se miraron, y Viktor asintió, como si fuera una invitación muda a algo que no comprendía.

Y siguieron en silencio.

La bombilla dejó de parpadear y pasó un rato que no supo medir. Cogió el bolígrafo, lo giró entre los dedos y empezó a escribir.

«No obedezco».

«No colaboro».

«¿Cuánto tiempo más?».

«No habrá dinero para vosotros».

Lo hacía sin pensar qué consecuencias traería para ella. Escribía porque el pensamiento sin palabras era peor y porque si no escribía, el parpadeo de la bombilla la alteraría.

Primero fueron frases cortas.

Después, palabras sueltas.

«Odio».

«Maltrato».

«Perro».

Le dio la vuelta a la hoja y empezó con las imágenes.

Recordó una cortina azul y la voz de su madre reprochando algo que ya no entendía.

Viktor solo observaba y Casandra no lo miraba. No sabía si lo hacía bien, ya no le importaba agradar, no conseguía nada con eso.

Dio la vuelta a la hoja y continuó escribiendo frases por encima de las anteriores.

«Si me tocas, desaparezco. Si no me tocas, también».

«¿Y si al salir ya no soy la misma? ¿Y si nadie lo nota?»

Luego nada. Dejó el bolígrafo sobre la hoja y respiró aliviada.

Sin que Casandra la viera, Silvia se acercó desde el pasillo y la observó desde la oscuridad, detrás de la puerta.

Aquel silencio y la falta de reacción de Casandra la alteraba. Para ella, el silencio era vacío. Derrota.

Para Viktor, era lo contrario. Recogió la hoja, guardó el bolígrafo, caminó hacia la puerta y antes de salir, se detuvo un segundo para observarla de nuevo.

Casandra seguía inmóvil.

Cuando cerró la puerta, la luz siguió ahí, parpadeando.

Momentos después, violines y trombones estallaron por los pasillos en una sinfonía precisa con aires militares.

Capítulo 19

La app sincronizada con la cámara enviaba avisos de movimiento al teléfono de Ethan. Llegaron tantos por el vaivén de la vegetación que acabó ignorándolos cada media hora. Los abría automáticamente, sin esperanza. Hasta que en uno de ellos llegó algo distinto.

El vídeo cargó en la pantalla, granulado y gris como el día, sin sonido. Una pequeña puerta metálica incrustada en un portalón se abrió. En su interior, sombras en movimiento que tardaron en materializarse. Hasta que apareció la figura del hombre del aeropuerto, con su sombrero y su bastón.

Caminó despacio bajo un tejadillo que unía dos naves de la fábrica. Cojeaba apenas, pero apoyaba el bastón no para sostenerse sino para marcar presencia.

Victoria se inclinó sobre la mesa.

—Es el mismo tipo.

—Vayamos a por ellos, abuela —Victoria negó con la cabeza y se asomó a la ventana—. ¿No? ¿Entonces qué hacemos?

—Ellos nos están viendo.

—¿Y qué? Ahora sabemos que están ahí.

—Es lo que querían, que diéramos con ellos. Tendrán alguna sorpresa preparada dentro.

—No jodas, abuela. ¿Qué hacemos entonces?

—Le haremos saber que hemos dado con ellos. —Ethan se acercó—. Les dejaremos claro que hemos llegado a su altura y que es hora de jugar en igualdad.

—¿Qué igualdad? Saben que, por la cuenta que nos trae no los delataremos.

—Podríamos enviar de manera anónima este video a la policía, Ethan.

El chico se quedó en silencio unos instantes.

—Eso ya lo tendrá Silvia previsto. Mataría a mamá.

—Ya ves que no lo tenía. Tenemos que pensar una manera de hacerle entender que si sigue escondiendo a tu madre nosotros también podemos jugar. Es nuestra ficha para proteger las criptomonedas.

Ethan volvió a sentarse y se quedó viendo la pantalla.

—No se me ocurre nada mejor.

—No. Esa es ahora nuestra estrategia.

—¿Y si se lo decimos y desaparece, o van y rompen la cámara?

—Si huyen, la cámara los grabará y eso irá a la policía. No creo que estén dispuestos a eso. Es cuestión de tiempo.

—Abuela... ¿Los mataremos?

—No. Solo les haremos ver que sus cuerpos pueden desaparecer sin dejar rastro.

—¿Y si no se asustan y le hacen algo a mamá?

—Entonces lo siguiente ya no será una advertencia.

Se quedaron en silencio, escuchando el tic tac del reloj de la cocina. Ethan se levantó, lo tomó del marco de la puerta, abrió el compartimento y sacó la pila.

No más sonidos, no más zumbidos.

Capítulo 20

Cassandra abrió los ojos sin sobresaltarse. Llevaba horas, tal vez días, sin noción del tiempo. No veía la claridad del sol desde hacía tanto que ya no sabía si dormía de noche o a cualquier hora del día. La luz de su encierro nunca cambiaba, siempre tenue y amarillenta, a veces parpadeante, otras zumbante, según el cuarto donde la tuvieran.

Su cuerpo crujió al incorporarse desde el suelo y al apoyar la mano para mantener el equilibrio notó algo bajo la palma. Pensó que alguien había entrado mientras dormía, aunque no oyó la puerta ni pasos.

Pero allí estaba. Un papel con una textura extraña.

Lo levantó con cuidado, creyendo que era una nota. Luego distinguió el contorno y descubrió que era una fotografía doblada, con un borde chamuscado y otro rasgado.

Tardó un segundo en reconocerla.

Eran su madre, Victoria, y su hijo, Ethan, en un parque.

Una imagen antigua. Ethan tendría seis años, con una camiseta de tirantes y el sol en la cara mientras Victoria lo abrazaba por los hombros. Cassandra estaba al otro lado, algo distante, con una sonrisa que recordaba fingida. Más joven. Más entera.

Pero algo faltaba. El lado izquierdo había sido arrancado. La rasgadura, irregular, se había comido parte de su brazo, dejándola frágil, separada del resto. Más allá, alguien o algo había desaparecido.

En el reverso no había notas.

Observó la foto varios minutos, sin llorar. Se preguntó cómo la habían conseguido.

Se fijó en el color de la hierba, la sombra alargada del banco, el ángulo de las sonrisas. Nada coincidía con su recuerdo. El verde era falso, la distancia con su familia imposible, su boca torcida y la expresión amarga. Era un montaje. Una imagen generada con inteligencia artificial.

La dobló en cuatro partes exactas. Cuando se trataba de su familia, sabía que podían volverla loca, pero también confiaba en su lealtad en los momentos decisivos. La guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

El día siguió. Sin comida ni agua. Nadie pasó cerca de su celda. No hubo órdenes. El hombre del bastón no apareció. Silvia tampoco.

Se levantó y caminó hacia la pared, tocó el frío del cemento, apoyó la frente. No para buscar consuelo, sino para saber que aquel encierro tenía límites físicos y que la pared era real. Echó la mano al bolsillo trasero, allí estaba la foto. Acababa de verla, no lo había soñado

Viktor, solo en otra sala, revisaba la escena grabada por una pequeña cámara junto a la bombilla que Casandra no había visto.

Rebobinó, pausó y tomó notas. No le interesaba la foto, sino el tiempo que Casandra tardaba en doblarla, las veces que la miraba antes de guardarla y la dirección de sus ojos al ver el corte. También cuánto tardó en apoyar la cabeza en la pared y el ritmo de sus pasos.

Casandra no se sentía derrotada, pero sí alcanzada. Pasaron los minutos y las horas. Tal vez un día.

Tal vez más.

Capítulo 21

Mientras caminaban sin rumbo por el muelle de Combarro al caer la tarde, Ethan miraba de vez en cuando la aplicación conectada a la cámara cerca de la fábrica abandonada. Victoria, con las manos en los bolsillos, esperaba con la misma ansiedad alguna novedad.

No decían nada, pero ahora sabían que estaban en esa fábrica. El mar les devolvía el silencio con pequeñas olas que golpeaban las barcas atracadas. Llevaban muchas horas sin recibir mensajes. Ni una imagen, ni un audio, ni una amenaza. Sabían que era parte de la estrategia de Silvia. Las cartas estaban sobre la mesa. El juego tenía reglas claras: control absoluto y dosis precisas de horror. Esa calma potenciaba ambas cosas.

—¿Qué le estarán haciendo, abuela?

Victoria siguió andando.

—No lo sabemos, así que no imagines.

—Pero tú lo piensas.

—Pienso que Silvia no es una asesina. No matará de forma directa. Lo suyo es la estrategia y el desgaste.

—Ese hombre puede actuar por ella, por encargo, sin que tenga que ensuciarse las manos. Deberíamos buscar ayuda y actuar.

—Nadie va a hacer nada por nosotros. En España somos dos extranjeros.

—Tenemos una fortuna, podemos comprar lo que sea.

—No metamos a más gente en esto, Ethan, o acabaremos perseguidos y sin el dinero. Al menos hasta el siguiente movimiento.

Ethan se detuvo al lado de un banco de piedra y se sentó con los ojos clavados en el agua.

—La estarán torturando.

—Aguantaré. Aunque no lo parezca, puede resistir más de lo que crees. Ya lo hizo antes.

—¿En serio?

—Tu madre está entrenada para resistir —dijo, posando su mano de dos dedos en su hombro—. Yo la preparé.

Ethan levantó la cabeza.

—¿Tú lo hiciste?

—Claro. Durante años.

—¿Por qué eres así, abuela?

—¿Así, cómo?

—Cruel, con los tuyos. Con tu familia, la que sabes que no te abandonará.

—Precisamente esa es mi debilidad. Lo hago por vosotros —dijo, mirando el reflejo del sol sobre el mar—. Un día lo entenderás.

Siguieron caminando por las calles estrechas, entre hórreos y casas de piedra, serpenteando entre las tiendas que exhibían recuerdos. Cruzaron un callejón que olía a marisco recién hervido y pasaron frente a la terraza del restaurante donde había cenado con Tania y que ahora estaba vacía.

—Tania no ha dado más señales de vida.

—Le tomó miedo a lo de la cámara por la que Silvia la vigila. Es normal, hijo. No quiere problemas.

—¿Y qué esperaba? ¿Una partida al parchís?

—No todos soportan lo que tú y yo llevamos dentro.

—¿Y qué llevamos dentro?

—La decisión de no temblar, aunque duela y queme.

—La única decisión que tomamos fue quedarnos con las criptomonedas cuando las robé —dijo bajando la voz—. Todo lo demás vino después. Ya no tenemos opción.

—Tal vez eso nos hace más fuertes —dijo, deteniéndose ante su nieto—. Saldremos de esta también.

Ethan bajó la vista y caminaron.

—Llámalas —añadió Victoria—. Intenta que vuelva. Nunca se sabe.

—No creo que quiera.

—No lo sabemos. Que lo decida ella.

Un grupo de turistas se hacía fotos entre los hórreos. Una pareja pasó junto a ellos con un perro que se detuvo a olisquearlos. Victoria estuvo a punto de pisarlo adrede.

—Tania, ¿cómo estás?

Victoria se alejó unos pasos, dejándole intimidad y mostrando confianza.

—¿Por qué no vienes y tomamos algo en el restaurante del otro día? —sonrió—. Claro... tengo ganas de verte. Creo que se quedará una noche preciosa.

Capítulo 22

La puerta estaba abierta y sonaba un concierto para piano de Prokófiev. Silvia entró sin mirar y cerró de un portazo. Viktor tomaba notas en una libreta, cerca del equipo y ella fue al tocadiscos y levantó la aguja.

—Esto no avanza —dijo, sin mirarlo—. Está demasiado tranquila. No reacciona. No duda. Ni siquiera pregunta. Así no sirve. —Viktor no levantó la cabeza. Escribía con su pluma negra, lento y metódico. Puso un punto, pasó página y siguió—. Estamos perdiendo el tiempo.

La chica empezó a caminar de un lado a otro. El tacón de sus botas resonaba en el suelo de hormigón. El monitor de la esquina seguía encendido y mostraba a Casandra tumbada de lado, impasible ante el silencio.

—¿Y si ya se están acercando? —siguió Silvia, sin parar—. ¿Y si la encuentran antes de que ocurra lo que esperas?

Viktor terminó una línea. Cerró la libreta con calma, se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo del bolsillo interior. Luego la miró.

—La estabilidad es la antesala del colapso.

Silvia se detuvo. Los ojos le saltaban de un lado a otro.

—Tú siempre con tus frases, Viktor. Esto no es un laboratorio. No es tu puto campus de neurociencias. Es una guerra, y si no te das cuenta rápido, vas a perder.

Viktor se levantó. Sin prisa.

—¿Guerra contra quién?

—Contra ella, contra ellos, contra todos —dijo Silvia, y luego bajó la voz—. Contra esa familia de mierda que siempre va un paso por delante.

Viktor dejó las gafas sobre la mesa.

—No me contrataste para competir. Me pediste resultados.

—¡Exacto! Y no veo ninguno.

Viktor señaló el monitor.

—¿La ves calmada?

—Sí. Y ese es el problema. Lleva días sin romperse.

—Eso no significa que no esté al borde.

—O que nunca lo esté.

Se acercó a la cafetera, sirvió café recalentado en una taza desportillada y bebió un sorbo. Silvia lo miraba con los brazos cruzados.

—Tu impaciencia está entorpeciendo el proceso —dijo Viktor, sin levantar el tono—. Si quieres resultados rápidos, hazlo a tu manera. Tienes los medios y la crueldad suficiente.

Silvia dio un paso hacia él.

—¿Y tú qué tienes?

—Paciencia y método. No necesito que se retuerza en el suelo. Necesito que crea que lo eligió.

En la sala solo se oía un zumbido eléctrico por los altavoces mientras el plato giraba con la aguja levantada. Cassandra parecía dormida. Tal vez fingía. Daba igual.

Silvia miró la pantalla y luego a él.

—Esto no es lo que prometiste.

El hombre volvió a sentarse.

—Yo no prometí nada. Te expliqué un sistema y lo aceptaste.

—Porque pensé que sabías lo que hacías.

—Sé lo que hago. El problema es que tú no soportas no controlar el ritmo.

La frase le dolió más que una bofetada. Miró el plato mudo, el bote de café, las dos tazas alineadas junto a las servilletas. Todo bajo control.

Viktor abrió de nuevo la libreta.

—Si quieres tomar las riendas, adelante. Hazlo ahora.

Silvia se quedó quieta, respirando hondo. Viktor extendió la mano y señaló la puerta.

—No vuelvas sin controlarte o seré yo el que me vaya.

—No me chantajees ni me des órdenes, Viktor. No estás en condiciones —dijo, sin que él se inmutara—. Debemos actuar ya.

Silvia dio media vuelta, cruzó la sala y salió sin decir nada.

El hombre se quedó solo, con la puerta abierta. El monitor seguía mostrando la misma imagen.

Abrió la libreta y pasó a una página en blanco. Después anotó:

"Primera grieta interna detectada: Silvia".

Después aumentó el zoom de la cámara y vio que Casandra respiraba a ritmo constante. Se levantó y bajó la aguja. La música estalló entre las paredes y Casandra se sobresaltó ligeramente.

Viktor la observaba y por primera vez, notó lo que esperaba desde hacía días. La respiración agitada de Casandra.

Capítulo 23

Ethan y Tania se miraban en silencio. Habían disfrutado de un manjar de zamburiñas, navajas y empanada de pulpo. El albariño danzaba en sus cabezas con una dulce sensación que hacía que sus ojos se entrecerraran. Sonreían sin motivo y Ethan tendió la mano hacia la de Tania y ella lo correspondió con una suave caricia.

—¿Vais a querer postre, chicos?

—No, gracias. Nos acabaremos el vino en lo que nos trae la cuenta.

—Claro, tómense el tiempo que necesiten.

Tania entrelazó sus dedos con los de Ethan.

—¿Vas a pagar con ese dinero robado? —susurró, sonriendo.

—El que roba a un ladrón...

—Tiene cien años de perdón —rio.

—Pues eso, que me quedan muchos todavía para que me condenen.

Sonrieron. Después, el rostro de ella se ensombreció.

—¿Estaréis en peligro?

—Haremos lo que sea. Es mi madre. No sabemos qué le estarán haciendo.

Tania apretó su mano con fuerza.

—¡Eh! Tranquila... No va a pasarme nada.

—No lo sabes. Esa gente puede ser muy peligrosa.

—Conozco bien a Silvia —mintió—. Llegará hasta el final, pero no matará.

—Matar...

Tania soltó su mano y bebió un sorbo de vino sin apartar la mirada.

—¿Cuál es vuestro plan?

—De momento, esperar. Pero no por mucho tiempo.

El camarero trajo la cuenta y Ethan pagó con su tarjeta negra de letras plateadas. Se levantaron sintiendo el calor del vino en las piernas. Cogidos de la mano, pasearon despacio sobre la piedra antigua, bajo el resplandor tibio de los faroles y las sombras de las fachadas.

—¿Vais a entrar en ese lugar? Podrían estar armados.

—Tendremos que definir eso. ¿Sabes algo del ex guardia civil?

—Sí. Ha vuelto de un viaje. No quise insistir, temía meter a mis padres en un lío. Pero pronto estará disponible.

Ethan se detuvo junto a un hórreo grande, al borde de una calle que descendía oscura hacia el mar. El farol más cercano apenas iluminaba, pero bastaba para ver el brillo del agua.

—Entonces seguirás ayudándonos...

Tania lo empujó con suavidad hacia el callejón y lo acorraló contra la pared. La luz no los alcanzaba, solo sus sombras fundidas. Le acarició la nuca, lenta y segura. Sus labios se rozaron.

—Tal vez... —susurró con una sonrisa.

El beso llegó sin aviso, lento, húmedo y eléctrico. Ethan la rodeó por la cintura y ella se arqueó contra él. Le mordió el labio.

—Conozco un motel cerca de aquí —le dijo ella al oído—. Vayamos. Quizá pueda echarle una mano... después del postre.

Capítulo 24

1

Ethan introdujo la llave y giró la manilla. El olor a café recién hecho delató que su abuela ya estaba en pie.

—No habrás estado toda la noche esperándome.

Victoria cogió dos tazas y las dejó junto a la cafetera, esperando las últimas gotas.

—En absoluto. ¿Te lo has pasado bien?

—Más o menos...

—No tienes de qué avergonzarte conmigo. Tampoco con tu madre. Ella hizo cosas peores.

Ethan se dejó caer en la silla, listo para otra retahíla sobre su madre, pero Victoria se volvió y lo miró en silencio. Había cosas más urgentes.

—No hubo avisos de la cámara en la fábrica. Siguen dentro.

—¿Y la abogada? ¿Sacaste algo?

—Ya contactó con el guardia civil retirado. Estaba de viaje. Pronto estará operativo.

—¿Aún no lo había hecho?

—Teme meter a su familia en un lío por nuestra culpa.

—Dirás por su culpa. Para según qué, no repara en mezclarse con nosotros.

El chico se quedó mirándola. Esperando a que definitivamente prendiera la hoguera para quemar argumentos. Pero no hubo más. Victoria puso la taza de café delante de su nieto y se asomó a ver las primeras luces del amanecer. Justo en ese momento, la luz del salón de la vecina se apagó.

—Has despertado a la sargento mayor.

—Esa mujer es un peligro, podría contar con detalle lo que hacemos si la policía la interroga.

—¿Y por qué va a interrogarla?

—No sé, las cosas siempre pueden torcerse.

—Si pasa, solo fuiste a acostarte con una amiga. ¿Hay algo que lo prohíba?

Ethan se volvió y la miró.

—Abuela...

—Es la verdad. Tania testificará a tu favor. También el de recepción. ¿A qué hotel fuisteis? Imagino que no acabaste en su casa.

—¡Abuela!

El teléfono de Victoria vibró con un zumbido seco. Se acercaron a la pantalla. Número oculto.

—Mírala, esta también te ha visto llegar.

Victoria dejó pasar unos segundos. Activó la grabación y aceptó la llamada.

—Dime, Silvia...

Silencio.

Después, la voz llegó como una caricia hipócrita.

—Victoria... espero que no estés durmiendo.

—Sabes que no.

—Tenéis cuarenta y ocho horas. La mitad de las criptomonedas en la dirección que te daré. Si te equivocas, el dolor para Casandra será lento.

Clic.

Victoria caminó hasta la cafetera italiana, rellenó su taza, dio un sorbo y se apoyó en el mueble.

Ethan la miraba con la taza entre las manos. La llamada no lo había desconcertado, pero la seriedad en su cara decía otra cosa. El margen se había estrechado. Volvió a reproducir el audio. La voz de Silvia no variaba. Era una amenaza limpia, elegida palabra a palabra. Definitiva.

«El dolor para Casandra será lento».

Ese era el verdadero mensaje. El dinero solo sería el cambio que los liberaría de culpa.

—Debemos entrar, abuela. No tenemos más margen.

Victoria asintió.

—Silvia cree que ha escrito el final. Espera que lo leamos. Pero vamos a planificarlo y, si el agente retirado sirve, lo exprimiremos.

—¿Y si nos adelantamos?

—Vamos a tantear a ese viejo...

Ethan dio un sorbo al café y miró el reloj. Las cuarenta y ocho horas acababan de empezar.

2

El sol ya despuntaba sobre la montaña. En el porche, Victoria aprovechaba el calor de los primeros rayos mientras hablaba con su nieto, que la escuchaba desde la ventana de la cocina. La vecina se había asomado las veces suficientes para dar el asunto por visto y quedarse tranquila.

—Acercarse por la arena, con la marea baja... ¿es posible para ti, abuela?

—No sabemos cómo es. Podría ser fango y complicar la caminata. En cualquier caso, eso no sería para mí.

—Podría acercarme yo y darte información. Tú desde un punto, yo desde el otro.

El chico seguía analizando los accesos a la fábrica en la vista satélite, comparando imágenes de distintos años y buscando datos sobre las aguas tranquilas de la ría de Arousa.

—Llama a tu amiguita. Necesitamos saber si podemos contar con el amigo de su padre.

—Pero ¿vamos a contarle todo a ese señor? ¿Pretendes que nos acompañe?

—Solo quiero saber cómo es. Si puede aportarnos algo o lo descartamos. Tenemos que conocer todas las opciones antes de dar un paso del que luego nos arrepintamos.

Ethan se quedó inmóvil con la mirada fija en el monitor, con esa expresión suya en la que no pestañeaba, como si fuera de cera.

—Hijo, ¿no me has oído? Llámala.

En ese momento, el móvil de Ethan empezó a vibrar sobre la mesa.

—La has invocado.

El chico deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el teléfono al oído. Antes de decir nada, Tania se adelantó.

—Hola, cariño.

Ethan se quedó quieto y parpadeó. El saludo lo pilló a contrapié, ese afecto repentino lo incomodó. Tras un breve silencio, Tania recuperó el entusiasmo.

—Haz como que se te ha estropeado el coche.

—¿Cómo?

—Que no arranca, no sé... abre el capó y mira el motor.

—¿Y eso?

—En una hora pasará por la zona Xoán, el amigo de mi padre. Podéis confiar en él.

—¿Y no sería mejor vernos fuera de aquí?

—Cariño, si os están vigilando, sospecharán más si os vais que si un mecánico aparece para ayudaros.

Ethan miró a su abuela. Se estudiaron un instante, entrecerrando los ojos.

—Es buena idea. Lo esperaremos aquí.

—¿A que sí? Ha sido idea suya.

Ethan imaginó la sonrisa amplia de Tania al otro lado.

—Gracias. Luego hablamos.

Y colgó, sin darle tiempo a despedirse.

Ethan salió al porche, lanzó las llaves del coche al aire y miró a su abuela.

—¿Nos vamos?

—No. Haré como que me voy, pero el coche no arrancará — Victoria ladeó la cabeza—. Después vendrá un mecánico a arreglarlo.

—Entiendo —asintió, incorporándose despacio—. Hasta luego, hijo.

Ethan repitió el gesto y bajó las escaleras con prisa. Se sentó unos segundos dentro del coche, luego abrió el capó y fingió revisar el motor. Sacó el móvil del bolsillo y simuló buscar un mecánico en la zona.

A media mañana, una furgoneta destartalada apareció por el camino de grava. Avanzaba a tirones, el motor tosía en acelerones cortos, como si luchara contra baches invisibles. Victoria se incorporó y bajó los escalones justo cuando la vecina salía a tender otra tanda de ropa.

—Buenos días... ¿Ethan Hudson?

El chico se acercó y estrechó la mano mientras Victoria llegaba al último escalón.

—Me llamo Xoán. Me dijeron que estáis metidos en líos.

La voz era grave, impregnada de tabaco y con un marcado acento gallego.

—No hace falta que grite tanto, podrían oírlo desde cualquier parte —dijo Victoria al acercarse, sin darle la mano.

—Tranquila, señora. Esas cámaras no graban sonido, y aunque lo hicieran, estamos lo bastante alejados.

—¿Cámaras?

—Al menos son tres. Antes de venir aquí inspeccioné los alrededores —dijo abriendo el portón y sacando una pesada caja metálica de herramientas—. No miren alrededor, disimulen.

Victoria se cruzó de brazos, ocultando su mano de dos dedos, y esperó a que el hombre regresara.

—Abre el capó, chaval.

Xoán dejó el maletín en el suelo, aseguró el capó y se puso a traquetear con la batería. Victoria se acercó, sin cambiar la postura.

—¿Qué sabe de nosotros?

—Sé que estáis buscando a alguien y que no queréis que la policía lo sepa.

Luego sacó un aparato con pinzas y las conectó con mano firme; parecía haber hecho aquello mil veces.

—Tengo contactos, gente que puede ayudar. No sé si ustedes saben cómo funciona esto, señora. Además de pagarme, me deberán un favor.

Victoria guardó silencio. Le dirigió una mirada larga. Ethan se colocó a su lado.

—¿Se dedicaba a esto antes?

—¿Antes de jubilarme? Por supuesto. Esto funciona así, aquí y en la China. Súbete al coche y finge que lo enciendes.

Victoria miró por encima del hombro a la vecina. Por mucho que ésta pusiera la oreja, no lograba sacar palabra.

—¿Por qué quiere hacerlo ahora?

Xoán no apartó la vista de la batería.

—Por dinero y porque me aburro.

—No lo necesitaremos más que lo estrictamente necesario. Solo queremos algo de apoyo.

—¿Quiere decir que solo necesitan logística? ¿Armas, visión nocturna y esas cosas? —dijo Xoán—. Entonces arrancaré la furgoneta y no me verán más el pelo. No soy de los que venden cuatro mierdas por un puñado de euros. Yo me meto en el fango, pero no será barato.

—Necesitamos saber cómo trabaja. No irá a pensar que...

—Esto os lo doy gratis. Pasadme esos vídeos, audios... lo que tengáis. Mañana os doy direcciones, movimientos y matrículas. Pero ningún nombre, no soy tan generoso.

Victoria miró a su nieto, que la observaba desde el interior del coche. No tenían tiempo para esperar hasta mañana.

—No podemos esperar tanto tiempo. ¿Cuánto quiere? —preguntó Victoria.

—Cien mil. La mitad esta noche, la otra mitad cuando todo acabe.

Xoán sacó una pequeña libreta del bolsillo y anotó su teléfono.

—Enviadme todo lo que tengáis a este número. Me pondré en contacto esta tarde y nos veremos fuera de aquí.

Ethan salió del coche, la propuesta no le encajaba.

—¿Tanto montaje para fingir que es usted un mecánico y que luego nos veamos fuera?

El hombre guardó la herramienta en el maletín y cargó con ella hasta la furgoneta.

—La próxima vez que nos veamos iremos a por ellos. Entonces ya no hará falta aparentar nada —dijo, subiéndose al volante—. Les

recomiendo que uno de ustedes finja que va a hacer la compra y, en realidad, vaya al banco. Sin el dinero, no les ayudaré.

—Una cosa más —dijo Victoria, acercándose a la ventanilla—. Solo lo queremos a usted, nadie más.

Xoán asintió, puso la marcha atrás y retrocedió acelerando bruscamente y levantando una nube de polvo en el camino de grava.

—No me disgusta, abuela.

—Demasiado impulsivo.

Capítulo 25

Xoán había analizado los archivos y, mediante un mensaje anónimo, les envió las coordenadas exactas cerca de la fábrica, la hora de la cita y una referencia inconfundible para que supieran que era él.

"No traigan nada más que mi mitad, el resto del material corre por cuenta de la casa".

Victoria detuvo su paseo por el puerto y miró hacia donde las aguas de la ría se mezclaban con el Atlántico.

—Se ha apresurado en analizarlo y ha localizado la fábrica sin que le hayamos dicho dónde está. ¿Te parece de fiar?

—Viene de parte de Tania. Debería.

—Ya, tu amiga la parlanchina.

—¿Parlanchina?

—¿Cien mil? Vamos, hijo. Le dijo que el dinero no iba a ser un problema.

—¿Cien mil es mucho?

Victoria miró a su nieto, ladeó la cabeza con fastidio y señaló el teléfono del chico.

—¿Alguna novedad?

Ethan abrió la aplicación. Los avisos no correspondían a ningún vehículo ni a personas desplazándose por la zona.

—Llevan muchas horas dentro. ¿Crees que nos estarán esperando?

—Si esa es su opción, pronto tendremos un ultimátum de verdad.

—¿Vamos a casa a descansar hasta el atardecer?

—No. Nos verían salir. Llevamos unas horas fuera. Ya solo volveremos a por nuestras cosas y nos iremos de aquí con tu madre.

Condujeron despacio hacia el punto de encuentro con Xoán y llegaron un par de horas antes para tantear el terreno.

Después decidieron recorrer los alrededores por las carreteras principales. Llegaron a una enorme playa a mar abierto que se mostraba como la antesala al verano. A pie de arena se levantaban las primeras casetas de madera, los futuros asadores donde prepararían parrilladas para los turistas durante los meses más calurosos del año.

Aquella zona era mar abierto, pero al otro lado de la ensenada, a menos de un kilómetro, se extendían las aguas tranquilas de la ría, donde las antiguas fábricas de barro habían vivido su esplendor el siglo pasado. Fábricas que escondían recuerdos en silencio, sustentos de familia y secretos que jamás se desenterrarían del lodazal.

El aire cortaba en aquella zona donde un puñado de surfistas insistía en atrapar olas casi inexistentes. Ethan los observaba ensimismado. Algunos lograban ponerse en pie durante un breve trayecto hasta la orilla.

—Cuando saquemos a mamá de esta, tal vez podría apuntarme a una de esas clases de surf —dijo, mirando hacia una caseta con el logotipo de la escuela.

—Cuando rescatemos a tu madre, nos largaremos de aquí, lo más lejos posible.

Ethan no la miró. Observaba con detalle el comportamiento de los surfistas: hablaban animados entre ellos, sentados en sus tablas mirando hacia poniente, esperando la siguiente ola. Victoria se echó a andar y Ethan la siguió unos metros más atrás, mirándolos de vez en cuando.

Capítulo 26

La música se había apagado hacía unos minutos y el traqueteo de la cerradura rompió la quietud. Desde el otro lado, alguien abrió la puerta metálica, que osciló ligeramente, como si una brisa suave meciera su peso. El eco resonando de esa cerradura abierta era una sátira contra su libertad.

Al otro lado se encendió la luz del pasillo, y la del habitáculo donde estaba Casandra se apagó. Sabía lo que tenía que hacer. Seguir el resplandor, como las otras veces.

Cuando empujó la puerta y esta chirrió, temió que alguien estuviera detrás y pudiera empujarla otra vez hacia dentro. La arrastró con fuerza hasta que dio contra la pared, emitiendo un estruendo que reverberó entre los muros durante unos instantes interminables. Salió al pasillo y vio, al fondo, la sala de tortura donde Viktor jugaba con su mente.

Caminó hacia ella aparentando seguridad. Los hombros tensos, los nudillos marcados en los puños cerrados, lista para el enfrentamiento que pudiera esperarla al otro lado.

Y allí estaba, la luz centelleante parpadeaba con más insistencia, como si el final estuviera cerca. En el centro, la mesa metálica y una libreta de tapas negras sobre ella.

No había silla.

En la pared, un cartel plastificado con letras mayúsculas negras sobre fondo blanco.

"NO HABLES. NO MIRES. ESCRIBE."

Se detuvo. Miró el cartel, miró la libreta y no dijo nada. Desde atrás, una voz la sorprendió.

—Quítate los zapatos.

Cassandra se dio la vuelta, sobresaltada. Viktor vestía de negro, la oscuridad lo absorbía, pero el bastón dorado brillaba. Cuando lo alzó para señalarla, ella reaccionó y empezó a descalzarse.

—Los calcetines también.

Cuando terminó, Viktor señaló con el bastón que los dejara cerca de él. Cassandra temió un golpe, pero él se mantuvo impasible hasta que ella se apartó y, con dos patadas, arrastró el calzado fuera de la habitación.

Después se observaron. Cassandra bajo la luz titilante y Viktor desde la oscuridad del pasillo. El suelo estaba helado y los pies desnudos empezaban a enfriarse. Miró la libreta y el bolígrafo, luego se giró hacia el cartel.

Viktor levantó el bastón hacia la libreta.

Cassandra la agarró. La primera página, en blanco.

La segunda, también.

En la tercera, una palabra escrita.

"Victoria."

Eso era todo.

El frío empezaba a dolerle en los pies. Levantó el bolígrafo y empezó a escribir.

Al principio eran garabatos, después círculos sin sentido, letras sueltas y al final, su nombre al lado del de su madre. Debajo, el de Ethan. Y después, rodeando el triángulo familiar, más palabras: "culpa", "sangre", "sospecha", "codicia", "ego"...

Cerró los ojos y se obligó a recordar algo. Lo primero que le vino fue el llanto de su hijo recién nacido en mitad de la noche, mientras escuchaba a sus padres discutir en la habitación contigua. Luego lo cogía de la cuna y lo acariciaba, más como a un hermano que como a un hijo.

Abrió los ojos. Escribió más: "mentira", "cobarde", "arrogante", "bruja", "te odio".

La tinta se deslizaba sin consuelo. Cada palabra era una forma de mantenerse de pie.

Cuando se dio la vuelta, la puerta estaba cerrada y Viktor había desaparecido.

Dudó de si realmente había estado allí.

Después escribió más recuerdos, frases inconclusas, preguntas sin sentido. A veces, solo escribía la palabra "no" una y otra vez.

Cerró la libreta y la dejó sobre la mesa. El frío en los pies ascendía por las piernas. Subió a la mesa y se acurrucó de lado, intentando mantenerse en equilibrio.

Debajo, notaba cómo la libreta se deshacía con el movimiento serpenteante de su cuerpo.

Pero no había nadie allí.

De pronto volvió la música, y los trombones del adagio de la Séptima se retorcieron en su mente. Sonaba más alto que nunca dentro de su cabeza.

Cassandra se tapó los oídos y gritó todo lo que su garganta dio de sí, pero ni ella misma era capaz de escucharse.

Capítulo 27

Llegaron cinco minutos antes a una explanada que, según el mapa del móvil, quedaba a menos de un kilómetro de la fábrica abandonada. Entraron despacio levantando una gran polvareda.

—¿Qué lugar es este? —dijo Ethan—. Se nos ve a kilómetros.

Una nave con pintadas parecía un vestigio del pasado, no un sitio para exposiciones sobre la antigua fabricación de tejas.

—Allí hay otra fábrica abandonada —dijo Ethan, señalando junto al fango de la orilla.

—Sí, pero apenas queda un tejado en pie.

Rodearon la nave y dieron con un furgón recién matriculado. Xoán bajó con prisa y señaló el punto donde debían estacionar, junto al suyo. Victoria abrió la puerta del coche antes de que su nieto apagara el motor.

—¿Usted aquí antes de tiempo? —dijo Victoria—. Parece desesperado.

Xoán se detuvo en seco, el comentario lo tomó por sorpresa.

—La pasta, señora. Empezaremos por ahí y después hablamos.

Ethan se dirigió al maletero.

—Un momento, hijo. —Esta vez Xoán se preparó para lo que pudiera decir—. ¿Nos ha traído a un lugar a campo abierto? A trescientos metros hay un parque familiar. ¿Cuál es su nivel, aficionado o profesional? No habrá dinero hasta que nos convenza de que su plan sirve para rescatar a mi hija.

Xoán guardó silencio, levantó la cabeza y la observó. Victoria lo miraba a los ojos, complacida por el reto silencioso que había provocado.

El hombre abrió el portón lateral y sacó una barra de hierro que sujetó con las dos manos frente a ella.

—O me dan el dinero ahora, o tal vez tengan que llamar a la grúa y se lleven su coche al desguace.

Victoria negó.

—¿Esa es su amenaza más intimidatoria? —dijo, mirando a Ethan y sonriendo.

El chico captó la señal y dio un paso al frente.

—¿Cómo se llamaba ese cuerpo al que pertenecía? ¿Guardia de qué?

—Guardia Civil, palurdos...

Victoria ensombreció el gesto, levantó la mano y rozó su pómulo con los dos dedos firmes de la mano mutilada. Una caricia que era una advertencia.

—Voy armado, no sabéis con quién estáis hablando.

—No veo ningún revólver.

—Podría tener armas más cerca de lo que piensa.

—Explícanos tu plan o nos vamos.

Ethan permaneció a su lado, callado pero apoyando la postura de su abuela. Xoán dudó unos instantes.

—La marea está subiendo, pero todavía tenemos un par de horas para llegar por la orilla.

—¿Entramos por el lateral más cerca del mar?

—Exacto.

—Mi abuela no puede andar por ese fango.

—No la contaba para esta misión.

Victoria no dijo nada ni dio el plan por cerrado.

—¿Cómo se entra desde ese lado a la fábrica?

—Hay un pequeño muelle. Las antiguas embarcaciones tenían una entrada de carga que se adentra varios metros en la fábrica. Es el punto débil. Además está anocheciendo y tengo gafas de visión nocturna. Jugamos con ventaja.

—Necesitaré una de esas gafas para vigilar desde el monte.

—¿Quiere hacer guardia desde allí? Como quiera... mientras no estorbe.

—Necesitamos cubrir ese punto por si se escapan. ¿Tiene un arma para mí?

—¿Para usted? No, ni para usted ni para nadie. Aquí dispararé yo y solo si es necesario.

Ethan se apartó unos metros y miró la ensenada. El mar se había retirado tanto que parecían poder llegar andando hasta los hoteles de la isla de La Toja.

—Tened en cuenta una cosa. Tal vez hoy solo sea una visita para ver lo que hay, darse la vuelta y volver mañana. No sabemos qué habrá dentro.

—¿Y por qué no lo hace usted solo y nos lo cuenta después? —dijo Ethan.

—Lo prefiero, pero entonces el precio no será el mismo.

—Debería ser más barato, incluso. No tendría que ocuparse de mí.

Victoria dejó correr la intervención de su nieto y observó la reacción del exagente. Se sentía a gusto, formaban un buen equipo y se entendían sin necesidad de planear nada.

Pero Xoán no se inmutó. Se dirigió al furgón y se puso un chaleco militar.

—Haced lo que os dé la gana. A la vuelta quiero mi dinero dentro del furgón.

Victoria se acercó y echó un vistazo a lo que había dentro.

—No le vamos a dejar ir solo, ni lo sueñe. Podría volver con cualquier historia y llevarse cincuenta mil euros sin hacer nada.

—No me maree, señora. Aclárese de una vez. Su nieto, ¿viene conmigo o no?

—Por supuesto que voy —dijo Ethan.

Xoán agarró otro chaleco y se lo lanzó.

—Abuela, tú vigilarás desde el otro lado.

—Claro. Y traed algo definitivo. No tenemos más tiempo.

Capítulo 28

La música se detuvo de golpe y la puerta se abrió con un seco crujido. Casandra levantó la vista por inercia y Silvia entró sonriendo, con la pantalla de la tablet encendida en la mano. Entró sola y desarmada, dispuesta a enseñarle un vídeo.

Se situó frente a ella. Casandra, descalza y acurrucada sobre la mesa, se incorporó ligeramente y, en el hueco que dejó libre, Silvia apoyó la tablet. El vídeo ya había comenzado.

Eran las calles de Combarro en penumbra, iluminadas por los viejos faroles amarillentos. Ethan y Tania paseaban intercambiando esas miradas que no necesitan palabras, hasta que ella empujó al chico hacia un callejón oscuro. El zoom se acercó y Casandra vio a su hijo magreándose con la que había sido su abogada, su persona de confianza. Después salieron cogidos de la mano, entre sonrisas cómplices, y se alejaron acelerando el paso.

Silvia no habló hasta deleitarse con la reacción de Casandra, que aún evitaba apoyar los pies fríos en el suelo.

—Eso es a lo que se dedica tu hijo. Mira qué bien le ha venido tu secuestro para cepillarse a esa furcia... —dijo con una sonrisa torcida—. Y ella lo está aprovechando de maravilla, ¿no crees?

Casandra no pestañeó. Seguía mirando la pantalla, ya en negro. Silvia se inclinó un poco más y su voz bajó hasta rozar el susurro.

—A veces, lo que más duele no es desaparecer... sino descubrir que el mundo sigue sin ti. Ya ves lo que le importas a tu familia.

Silvia cogió el dispositivo y Casandra contuvo el impulso de abalanzarse para recuperarlo y ver a su hijo una vez más.

—Recuerda lo que has visto, por si creías que te estaban esperando. Tendré que pedirles todas las criptomonedas, a ver si así se toman en serio tu secuestro.

Cerró la tablet con un clic seco, y el habitáculo volvió a su silencio artificial. Después alguien bajó la aguja y la música estalló con un estruendo en el mismo punto en el que se había detenido.

Cassandra seguía sentada. Ya no pensaba en el vídeo, sino en el tiempo... y en cuántos días más podría resistir sin convertirse en alguien irreconocible.

No lloró, pero de su mirada desapareció la seguridad en su familia. Ahora había algo peor en su mente: la duda. ¿Y si el interés por rescatarla no era lo bastante fuerte como para que todo saliera bien?

Capítulo 29

Victoria conducía por la carretera secundaria que bordeaba la ría, rumbo al punto convenido frente a la fábrica. Desde allí avanzaría a pie entre los pinos hasta el árbol donde habían atado la cámara. Mientras tanto, Xoán y Ethan avanzaban encorvados junto a la orilla, deteniéndose cada pocos pasos para ocultarse entre los matorrales del talud erosionado por la marea.

El resplandor del sol oculto en el horizonte alargaba sombras que devoraban el paisaje. Solo unas linternas pequeñas rompían la oscuridad y las encendían apenas cuando el barro les impedía avanzar.

Ethan caminaba detrás del exagente con disciplina militar. No se quejaba al quedar enterrado hasta los tobillos, ni por el chaleco que le restaba movilidad o las ramas que le arañaban los antebrazos a cada paso. Avanzaba en silencio, como si ya estuviera acostumbrado a cruzar la línea.

A pocos metros de la fábrica se ocultaron entre la maleza, junto a la orilla, y esperaron a que la oscuridad fuera absoluta. Entonces, Xoán dio un codazo al chico para iniciar el asalto a la nave abandonada. El rostro del chico se iluminó por la pantalla de su móvil. El hombre no daba crédito.

—¿Qué coño haces? —susurró.

—Avisar a mi abuela.

—Apaga esa mierda o te la tiro al mar.

Avanzaron despacio, con pasos cortos y a ras de suelo, arrastrando las rodillas donde la arena lo permitía. Xoán se aferró a la primera piedra del muro que moría en la orilla, se impulsó con fuerza y saltó hasta una losa caída, semienterrada en el fango.

Desde allí extendió el brazo hacia Ethan, ofreciéndole un apoyo firme para superar el obstáculo.

Poco después, frente a ellos, se abría el boquete de entrada por donde las embarcaciones antiguas cargaban mercancía para distribuirla por la ría. Desde la arena húmeda, las paredes de la nave se alzaban como muros de una fortaleza olvidada, imponentes y cerradas al mundo. Cuando el haz de la linterna de Xoán apuntó a las escaleras de piedra que ascendían hasta la planta baja, las paredes cubiertas de algas oscuras y resbaladizas adquirieron el aspecto de una muralla sellada.

Ethan activó la cámara del móvil sin pedir permiso, aunque Xoán negó en la penumbra. Subieron las escaleras cubiertas de verdín hasta unos portones de hierro cerrados que parecían no haberse abierto en años. Evitando hacer ruido, bordearon los batientes hasta hallar un pasillo estrecho que se internaba en la oscuridad más densa. Xoán cubrió parcialmente la linterna con la palma, filtrando la luz hasta convertirla en un resplandor tenue. La penumbra los envolvió, y sus ojos se adaptaron rápido. Luego, sin palabras, Xoán asintió y Ethan avanzó tras él.

Caminaron despacio, pero la arena húmeda bajo sus pies hacía crujir cada paso resonando entre las paredes del pasillo. Xoán hizo un gesto para que el chico se quedara y avanzó con destreza, iluminando los recovecos del suelo sin levantar la luz.

El chico lo observaba en la distancia, grabando con la cámara sin estar seguro de si captaría las sombras que él veía en esa penumbra. Xoán llegó a una puerta metálica y trató de abrirla.

Imposible.

Después se apartó y Ethan aprovechó para acercarse. Cuando estuvo junto a él, el chico abrió los dedos para dejar salir más luz e iluminar las bisagras y el manubrio. No se veía tan desvencijado como las otras. Aquella puerta seguía utilizándose y estaba cerrada por dentro.

El hombre se acercó al chico y le susurró.

—Regresemos. No podemos avanzar.

—No nos iremos sin mi madre.

—Tenemos tiempo. Hay que replantearlo todo.

—¡No! —dijo, sujetándole el antebrazo.

Xoán se revolvió y se separó del chico de un manotazo.

—Ahí te quedas, chaval.

Ethan se quedó unos segundos solo. Encendió su linterna y, sin precaución alguna, iluminó toda la estancia.

Aquel lugar era tétrico. Las paredes, de piedra húmeda y ennegrecida como la puerta que bloqueaba el paso. Pero junto a ella distinguió algo. Un hilo fino de un color rojizo que llamó su atención. Se agachó, enfocó el haz en esa dirección y encontró una pulsera de hilo. La cogió entre los dedos y, a pesar de la suciedad, reconoció que era la de su madre. La alumbró con toda la potencia de su linterna. No solo era suciedad, también había sangre en ella.

Entendió que habían metido a su madre por aquella entrada trasera y ellos habían centrado su vigilancia en la parte delantera, con la cámara atada al árbol.

Si los secuestradores se movían así, solo podrían entrar y salir cuando la marea estuviera alta y el agua llegara hasta allí.

Era el mejor momento de irrumpir en aquel basurero y rescatar a su madre.

Observó de nuevo la pulsera y la sangre.

Se giró y quiso gritar, pero cuando su puño estaba a punto de golpear el portón se detuvo en seco.

El corazón golpeaba su garganta.

Xoán caminaba escaleras abajo, hacia la arena.

Tal vez fuera mejor replanteárselo todo.

Así lo haría su abuela.

Era hora de regresar.

Apagó la linterna y guardó la pulsera en el bolsillo trasero.

Capítulo 30

1

El dron sobrevolaba la fábrica desde todos los ángulos. Xoán lo hacía girar a gran altura y su leve zumbido pasaba desapercibido. Victoria y Ethan observaban las imágenes que recogía en el portátil. Estaba equipado con cámara térmica y podía detectar cualquier ser vivo en movimiento.

Victoria acariciaba con sus dos dedos tenaza la pulsera de su hija y Ethan estaba más impaciente.

—Siguen ahí, tienen el coche escondido dentro de la nave. Estoy seguro de que no han salido, mi cámara lo hubiera detectado.

—Claro que siguen ahí, pero no puedo tener ese trasto volando toda la noche. Debemos irnos. Necesito trazar un plan.

Victoria levantó la vista del monitor.

—No se irá sin nosotros. Escucharemos su plan y le diremos si lo ejecutamos o no.

—Aquí mando yo, señora.

—Ya tiene su parte del dinero. Haremos lo que yo diga.

—No voy a consentir que ponga en peligro mi vida. Lo haremos a mi manera.

—Por supuesto, pero siempre con mi aprobación.

—Como quiera, mientras me pague la otra mitad...

Después de un último vistazo a la aplicación de la cámara, Ethan guardó el teléfono en el bolsillo.

—Le pagaremos encantados cuando mi madre esté de vuelta.

Xoán hizo regresar el dron y guardó todos los utensilios en el furgón. Después cerró la puerta corredera con un golpe seco.

—Síganme. Nos vamos a un hotel cercano, de un amigo mío que está a punto de abrirlo para la temporada. Está todo previsto.

Tendremos cena y no habrá registros ni preguntas.

Salieron de aquellos caminos, serpenteando entre pistas que solo Xoán conocía.

—Lo queramos o no, necesitamos a ese tipo. Solos no rescataremos a mamá.

—No sabemos si tu madre sigue ahí. ¿Y si esa pulsera se la arrancaron al sacarla, no al esconderla?

—No creo que se marcharan dejando ese coche ahí dentro. Tarde o temprano tendrán que recuperarlo.

Victoria no dijo nada más hasta que el teléfono de Ethan sonó por los altavoces.

—Cóglele a tu novia.

—La llamaré después.

—Cóglele ahora. Podría ser para decirnos algo importante.

Su abuela tenía un gesto serio, que confirmaba la seriedad de la orden. Ethan accionó el botón del volante.

—Hola, cariño —dijo Tania, al otro lado.

—Estoy conduciendo.

Victoria no se inmutó.

—Ah, perdona... ¿Qué tal con Xoán?

—Bien, estamos con él. Vamos a cenar y seguimos hablando.
¿Me llamabas para eso?

—Y para hablar contigo...

Se hizo un silencio. Ethan miró a su abuela con cara de asombro. Ella entrecerró los ojos.

—Ahora no puedo, estamos a punto de llegar.

—¿Llegar a dónde?

Xoán los había dejado atrás en un cruce que desembocaba en la carretera general, pero ellos esperaron a que no pasaran coches para incorporarse.

—Ya te explicaré, tengo que dejarte.

—Vale, llámame en cuanto puedas, estoy un poco preocupada...

—Lo haré.

—Chao c...

El chico cortó la llamada.

—¿Lo ves? No era nada importante.

Victoria lo observó durante unos segundos.

—Tampoco tienes que tratarla así. ¿Quién te ha enseñado a ser tan desconsiderado?

El chico arrancó de golpe y aceleró para alcanzar el furgón de Xoán.

2

A Ethan le costaba seguir el ritmo del exguardia civil que conducía demasiado rápido por pistas estrechas entre montañas. A ambos lados quedaban casas antiguas, colgadas en las laderas junto a los peñascos y ocultas entre los pinos que dominaban el paisaje.

Al llegar a una carretera más ancha, estacionaron en una finca privada con un césped bien cuidado que se extendía bajo un viñedo. Victoria bajó del coche mientras su nieto leía los mensajes insistentes de Tania.

—¿Le pasa algo? ¿Pretendía escapar de la policía? Porque no hemos pasado desapercibidos.

Xoán, con una mochila al hombro, ni se inmutó. Echó a andar hacia una casa de piedra restaurada con un par de mesas en el jardín con manteles, platos y cubiertos para tres.

—Esa mesa parece puesta desde hace tiempo —dijo Ethan cuando la alcanzó.

Por el camino adoquinado que conducía a la terraza, un par de perros retrievers se acercaron con ladridos juguetones, como si los conocieran de toda la vida. Xoán se abrazó a un hombre de su edad y bromearon entre risas.

—Retire estos perros de mi vista. No he venido hasta aquí para estar entre animales.

El hombre sonrió como si hubiera escuchado un chiste oportuno y le tendió la mano a Victoria. Ella, fiel a la costumbre de ocultar los dedos ausentes, ni siquiera se movió.

—No se preocupe, señora. No le harán nada, pero los llevaré y los dejaré en sus aposentos ahora que se hace de noche —dijo, guiñándole un ojo a Ethan.

A él le cayó bien.

Se fue con los perros y Xoán aprovechó para increparla.

—No le voy a consentir esos modales con mi amigo, encima de que nos ha hecho la cena y nos acoge en su casa.

—No se confunda. Yo no le he pedido cena con velas ni morada de ningún tipo. Le he contratado para rescatar a mi hija y por el momento no ha hecho más que llevarse la mitad del dinero. ¿No pretenderá que también pague los gastos de esta noche?

Xoán levantó la cabeza, a punto de decir algo.

—Tenemos las horas contadas —intervino Ethan—. Sacaremos a mi madre de allí hoy mismo.

—Está bien, os contaré mi plan.

El guardia se sentó en otra mesa vacía y sacó de su mochila un portátil. Victoria y Ethan se sentaron a cada lado.

—Las fieras ya están enjauladas para que no molesten —dijo el dueño, sonriendo. Victoria no apartaba la vista del dispositivo que acababa de sacar el exguardia civil—. Xoán, cuando me digas os pongo la cena. Os dejo con vuestras cosas.

El hombre desbloqueó la pantalla con un código de cuatro cifras. 0-7-1-9. Después abrió unos archivos que guardaba en su disco duro y les mostró unos planos antiguos de la fábrica.

—He accedido a los planos de la nave.

—¿Cómo los ha conseguido? —interrumpió Victoria.

—No es de su incumbencia. Recuerde mi antiguo cargo y no haga más preguntas. —Señaló hacia la fachada de la nave—. Aquí hay dos entradas. El portalón principal, por donde accedieron según las grabaciones de su cámara, y ahí es donde tienen escondidos sus coches.

Ethan miraba con detalle las líneas naranjas que delimitaban las divisiones interiores de la nave e identificó una gran extensión como para esconder varios autobuses. Xoán continuó.

—Pero también tienen esta entrada auxiliar —señaló hacia un lateral, por donde corría un pasillo que daba a unos espacios reducidos—. Dan a las antiguas oficinas, y desde ahí también se accede al interior de la nave. ¿Lo veis?

Los antiguos oficinistas utilizaban otro acceso distinto, entonces cubierta de polvo y barro. Así, los clientes y proveedores entraban por una zona menos industrial del negocio.

Pero Ethan no entendía el plan.

—Si esa puerta está igual de sellada que el portalón principal, o que el portón trasero donde hemos estado hoy, no entiendo el plan.

—No lo está. Esa puerta está forrada con chapa de acero al carbono, y eso oxida hasta los remaches. Está junto al mar, así que el salitre habrá hecho su trabajo. Con un destornillador en alguna junta podríamos forzarla con cuidado y abrirla.

—Un momento —interrumpió, Victoria.

—Le dije que no preguntara más.

—¿Me toma por tonta? ¿Mi nieto se la ha jugado para intentar acceder por detrás de la fábrica y ahora resulta que por delante lo ve fácil?

—Señora, he visto esa puerta con prismáticos esta misma tarde, antes de quedar. Necesitaba ver si el acceso trasero era más fácil. Y lo de ir a comprobarlo conmigo ha sido cosa vuestra. ¿Va a dejar de interrumpirme?

Victoria ladeó la cabeza. Ethan reconoció ese gesto, era cuando todo concordaba entre ellos y la rueda del trabajo silencioso en equipo comenzaba a girar. El chico tomó la palabra.

—Entonces, propone entrar por la parte delantera de la fábrica sin saber qué nos encontraremos dentro.

Xoán lo miró de lado. Después hizo lo mismo con Victoria.

—¿Queréis joderme o qué os pasa?

Se hizo el silencio entre las miradas de asombro.

—¿No dices que esa pulsera es de tu madre? ¿Quieres ir a rescatarla o estás de cachondeo conmigo?

—No digo eso.

—¿Entonces qué coño dices?

Victoria se echó hacia atrás, como si quisiera apartarse de la conversación y ser una mera observadora.

—Digo que el plan parece improvisado.

—No me hables de planes improvisados porque no me habéis dado tiempo para más. ¿Pero sabes qué hago yo en esos casos? —y

los miró a un lado y a otro—. Iré armado hasta los dientes, amigo. Sé lo que hago. Y tú vendrás conmigo. ¿Sabes por qué vendrás conmigo? —Ethan se quedó callado—. Porque quiero que sientas el miedo. El miedo de verdad, que te cagues en los pantalones. Lo de antes solo fue una exploración sencilla. Lo de ahora es para entrar, con gafas de visión nocturna, y empezar a tiros con todo el que se mueva. Y ahí... ahí te quiero ver conmigo, a mi lado.

Victoria no dijo nada. Su silencio parecía aprobar el plan. A Ethan le subió un cosquilleo por la nuca, pero el mutismo de su abuela lo envalentonó. Si ella estaba de acuerdo con que entrara, entonces estaba preparado para cualquier cosa.

Cualquier cosa.

—No hay problema, si vamos armados podremos...

—¿Armados? ¿Pero tú alucinas? No, no... No vas a ir armado. Le quiero demasiado a mi vida. Solo vendrás para aprender, y para cagarte en los pantalones mientras esperas escondido a que yo acabe con esos malnacidos.

Ethan miró a su abuela y reconoció su expresión. Tramaba algo. Algo diferente.

Capítulo 31

Solo quedaba encendida la luz de la cocina de la casa rural. La cena había rozado el sobresaliente y el dueño tenía ya la aprobación para abrir aquel negocio en los próximos días. Dentro del furgón, con la luz del techo iluminando el teclado del portátil, Xoán señalaba en el mapa las acciones a realizar.

—Dejaremos los coches aquí e iremos caminando. Señora, usted se limitará a esperar fuera, escondida en medio del monte, pero cerca de la pista por si tuviera que salir de allí. Observará a través del móvil cualquier movimiento que se produzca en el exterior. — Después miró a Ethan—. ¿Esa app graba todo?

—Solo graba cuando detecta movimiento.

—Perfecto. Nos serviría de ayuda por si alguien se escapa seguir su rastro. Usted señora, no hará nada más que mirar. Después ya nos lo contará.

Ethan escuchaba atento a sus indicaciones.

—Tú, chaval, ¿recuerdas lo que te he dicho durante la cena, no?

—Sí, sabré moverme detrás de usted sin molestar, pero sigo pensando que debería llevar un arma.

—Te he dicho que no.

—Nunca se sabe lo que podemos necesitar.

—¿Te crees que soy incapaz de deshacerme del puñado de hombres que deben estar ahí dentro, medio dormidos a estas horas?

—No sabemos lo que nos vamos a encontrar.

—Te digo yo que se cuentan con los dedos de una mano. ¿O tú has visto mucho movimiento a través de tu cámara?

Xoán apagó la luz del techo y cerró el portátil. Se quedaron a oscuras.

—¿Has conducido un furgón de estos alguna vez en tu vida?

—No.

—Pues vas a hacerlo ahora. Quiero que te habitúes a él por si tenemos que salir con prisa de allí y yo no pudiera conducir. Tu abuela irá en el otro coche.

Ethan y Victoria se miraron en la oscuridad, y bastó un gesto imperceptible entre las sombras para entenderse.

—Voy a despedirme de mi amigo y salimos en un minuto.

Xoán descendió y sus pisadas se alejaron por el sendero.

—Abuela, ¿te fías de él?

—Me fío más de ti. Ten cuidado ahí dentro, hijo. No te arriesgues más de lo necesario. Recuerda que tu madre es su única moneda de cambio. Sin ella, no hay venganza para Silvia. Si este rescate se alarga, no te preocupes demasiado. Os quiero a los dos vivos conmigo. ¿De acuerdo?

Ethan asintió y se miraron a oscuras. Después ella estiró su brazo y acarició la mejilla de Ethan con el muñón.

—Abuela... que sabes que no me gusta eso.

Los dos sonrieron y se acercaron. Victoria le sujetó la cabeza y besó su frente.

—Todo va a salir bien, hijo.

—Claro...

El chico se quedó a solas en el coche y tuvo unos segundos para reflexionar.

Atrás solo veía un par de bultos entre las sombras. En uno de ellos Xoán guardaba el portátil y algunos cuadernos. La otra mochila era para sus armas y chalecos antibalas.

En el porche de la casa, los dos hombres se despedían con el último apretón de manos.

Ethan accionó la luz interior del techo. Ahora veía que las mochilas quedaban demasiado lejos de su alcance en la parte trasera.

Pero abrió la guantera.

Estaba llena de papeles y un par de trapos sucios. Los apartó y debajo vio la culata de un revólver plateado.

Los pasos de Xoán se acercaban al furgón.

Su abuela abrochaba el cinturón de seguridad en el otro coche.

Agarró el arma, comprobó que estaba cargada y la deslizó bajo la camiseta, ajustándola a la cintura del pantalón, bien pegada al cuerpo.

—¿Qué haces que no estás sentado al volante?

Ethan se incorporó para pasar al otro lado y empujó la tapa de la guantera con la rodilla al mismo tiempo que Xoán abría la puerta de ese lado.

—Tira para allá. Y apaga esa luz.

El chico se hundió en el asiento del conductor, giró la llave y el motor estalló con un bramido que hizo vibrar la chapa.

—Bien, vámonos. No tenemos toda la noche.

Capítulo 32

Cassandra entró en el habitáculo. La luz amarilla centelleaba, pero esta vez no había mesa ni rastro de la libreta. Al fondo, un espejo de dos metros, enmarcado en una madera desvencijada, se apoyaba contra la pared de hormigón. Al lado, una hoja impresa pegada con cinta adhesiva decía:

"PROHIBIDO NOMBRARSE. PROHIBIDO MIRAR."

El aire era frío. Casi podía ver el vaho saliendo de su boca y no había música, solo un denso silencio.

A lo lejos, el taconeo de Viktor se acercaba por el mismo pasillo por el que Cassandra había pasado de un habitáculo a otro. Él se quedó de pie, apoyado ligeramente en el bastón y con una pistola en la otra mano, observándola sin decir nada.

Cassandra se acercó al espejo con cautela y se miró en él. Al principio, solo distinguió su sombra contra el cristal empañado. Después, los contornos aparecieron sin piedad.

No reconoció su rostro. Ojeras profundas, piel sucia y un mechón de pelo pegado a la frente. Los labios cuarteados y el cuerpo más delgado de lo que recordaba. Se quedó así, mirándose como si buscara algo entre los restos de quien había sido.

—Describe lo que siente un cuerpo —dijo Viktor sin levantar la voz—. No digas "yo". Ni digas "Cassandra".

Ella lo miró unos segundos y buscó en su rostro algún signo de ironía o crueldad, pero no lo encontró. Solo estaba el hombre, como un experto que quisiera ayudarla a salir de su locura. La observaba sin juicio en su mirada. Cassandra se vio de nuevo y después de un

par de minutos, sintiendo la presencia de Viktor bajo el marco de la puerta, empezó:

—El cuerpo tiembla —dijo, extrañada de escuchar su propia voz—. Las manos sudan. La vista se nubla, como si mi cabeza flotara en otro lugar.

No sabía por qué decía eso. No lo sentía así. O tal vez sí.

—No tengo tacto en la piel. Mi mente grita en silencio.

Viktor la observaba sin interferir. Cada frase que Casandra pronunciaba la valoraba y clasificaba en silencio. Ella lo sabía y, aun así, seguía.

—El cuerpo se pregunta dónde está. El cuerpo duda si existe.

Frases que no tenían sentido, pero que al oírlas aliviaban su mente.

Después se quedó en silencio y ladeó la cabeza, observándose a sí misma. Extendió su brazo y la mano se suspendió en el aire a unos centímetros de su reflejo en el espejo. Sin moverse, pasaron minutos. Viktor se fue, pero Casandra no se dio ni cuenta.

Capítulo 33

Ethan sentía que conducir aquel furgón era como pilotar un tanque. Aunque podía ganar algo de velocidad, llegaba un punto en que, por mucho que acelerara, el motor solo rugía, incapaz de ir más rápido por las carreteras vacías de aquella madrugada.

Xoán no se pronunciaba. Miraba al frente y, de vez en cuando, fijaba la vista en alguna casa apartada, como si alguna de ellas fuera donde se crio de niño.

El móvil de Ethan había vibrado varias veces en el bolsillo. No necesitaba mirar la pantalla para saber que era Tania, inquieta, esperando noticias. Pero no era el momento. Imaginó su preocupación y, aun así, se aferró a una excusa sencilla. Ya hablaría con ella al día siguiente si todo salía bien. Y si fracasaba, no haría falta explicación alguna.

Al tomar la carretera secundaria, Xoán se inclinó hacia delante. A medida que dejaban atrás las últimas casas y el alumbrado se extinguía, se acercó al borde del asiento, como si la oscuridad le exigiera estar listo.

—Conduce más despacio, no pises tanto.

—Si no acelero, este trasto se para.

—Más despacio, te digo...

Encontraron la pista transversal que corría en paralelo a la costa y aparcaron en el punto previsto, aprovechando un camino que se adentraba monte arriba.

Victoria llegó unos segundos después.

—¿No cree que pudieron oír los motores? Hay mucho silencio aquí.

—Hay suficiente distancia, señora. Ya lo tenía previsto. De todas formas, esperaremos aquí una hora más. Nunca se sabe con la

curiosidad de los vecinos. Es mejor dejar que se duerman, por si alguno se ha despertado.

—¿Una hora?

—Sí, muchacho. Entraremos a las tres de la madrugada. En punto.

Aquella noche no soplaba brisa. El silencio los acompañó mientras conducían a Victoria hasta el punto del monte donde se apostaría con los prismáticos de visión nocturna. Se situaría junto al árbol de la cámara, en un repecho que le daba la altura justa para vigilar sin obstáculos.

Xoán se adelantó a inspeccionar, dejando a Ethan y Victoria a solas.

—Ten cuidado, hijo.

—Lo tendré, abuela.

—No dudes que si algo fuera mal, entraría en esa fábrica a buscarte.

—No hagas tonterías, no estamos armados aquí. Mantendré las distancias y, si la cosa se pone fea, me esconderé o regresaré lo antes posible.

—Envíame un mensaje si tuviera que llamar a la policía.

—Sí. Te escribiría una sola letra, una “p” de policía, ¿de acuerdo?

—Vale, hijo.

El teléfono de Ethan vibró. Lo sacó del bolsillo y vio la indicación de quince mensajes de Tania sin leer. Desbloqueó la pantalla.

—Ahora no, Ethan. No es bueno que dejes constancia de dónde estuviste esta noche.

El crujido entre la maleza anunció la vuelta de Xoán. Ethan guardó el teléfono, enderezó la postura y notó la dureza del revólver pegado a su piel.

—Bien, muchacho. Accederemos por el muro lateral derrumbado del que te hablé. Nos esconderemos entre los árboles y entraremos a la hora convenida.

Victoria y su nieto se miraron unos segundos. Después asintieron a la vez, y el chico siguió, caminando en cuclillas por segunda vez aquella noche, al exagente de la Guardia Civil que sacaría a su madre de aquella pocilga.

Capítulo 34

La música se había detenido hacía dos horas, pero a Casandra le parecía que solo habían pasado unos minutos. Su percepción del tiempo se había distorsionado con el paso de los días. Permanecía atrapada en aquella oscuridad, con la única luz temblorosa en un habitáculo y el persistente zumbido en el otro.

El ritual volvió a repetirse. La luz titilante parpadeó un instante y luego se apagó, sumiéndola en una oscuridad densa. Solo cuando sus ojos se adaptaron distinguió el resplandor lejano de la otra lámpara, al otro lado del pasillo. Bajó de la mesa sin hacer ruido y empezó a caminar. Llevaba unos calcetines que no eran suyos, aunque ni siquiera recordaba cuándo había perdido los zapatos. Solo retenía el recuerdo incómodo del frío mordiendo las plantas de sus pies.

Cuando entró en el otro habitáculo, la puerta se cerró a su espalda sin que nadie visible la empujara. Caminó despacio hacia la mesa. Sobre ella, la libreta abierta por una nueva página. El bolígrafo, alineado con el borde. Esta vez no encontró ninguna instrucción, solo el zumbido de la lámpara desnuda colgando del techo.

Se sentó y el frío le atravesó las piernas. Alzó la vista sin ver a Viktor, aunque sabía que estaba allí. Siempre lo estaba. Observándola e interpretándola.

Colocó la palma sobre la libreta y acarició su textura. Papel rugoso, del barato, como esas libretas escolares. El bolígrafo, transparente y desgastado, parecía rescatado de una oficina abandonada. Lo sostuvo entre los dedos unos segundos y luego lo dejó donde estaba. Sin escribir.

Permaneció así más de una hora. Sin moverse y sin apenas pestañear. A veces pasaba una página, como si buscara algo que pudiera estar escrito. Pero no encontraba nada, las páginas utilizadas días antes habían sido arrancadas.

Viktor, que la observaba a través de la cámara, tomaba notas con meticulosidad.

"Retención voluntaria de la escritura. Evaluar impacto."

Cada gesto que no hacía era una declaración que Viktor convertía en informe.

Cassandra ya no escribía para él. Su agotamiento mental la había mermado. Ya no pensaba en sobrevivir, ni en resistir.

La lámpara osciló muy levemente y bajó la intensidad. Todo estaba diseñado para incomodar. Cassandra ni se inmutó. Llevaba días con la misma ropa, el cabello apelmazado, los labios secos. Comía un sándwich vegetal que le dejaban una vez al día con un botellín de agua. Siempre la misma cantidad, el mismo sabor.

Viktor, apoltronado en su asiento, se fijaba atentamente en ella, sin decir nada, porque aquello también era parte del proceso, parte de su juego y de su experimento.

De pronto, un cuerpo se movió en la oscuridad y el rostro de Silvia quedó iluminado por el resplandor de la pantalla.

—Queda poco para que acabes tu investigación. A partir de entonces, si no tengo las criptomonedas, haremos la tortura a mi manera.

Viktor no respondió.

Al otro lado, Cassandra pasó una página más, con lentitud, sin mirarla siquiera, como si quisiera saborear el sonido crujiente de una hoja seca al romperse. Así, hasta el final de la libreta.

Después la cerró con calma y la colocó tal como la había encontrado. Ni un centímetro fuera de lugar.

Se puso en pie y miró a la mampara. Pensó en romperla, pero otra vez volvió a entender que no soportaría la oscuridad y prefirió el zumbido.

Cruzó la habitación sin apresurarse y se dejó caer contra la puerta, apoyando su espalda en ella y hundiendo la cabeza entre las piernas. El zumbido se había metido en sus entrañas, como si naciera de dentro de ella y no de aquella luz.

De pronto, la música estalló a todo volumen y el zumbido desapareció. Casandra levantó el rostro y sonrió, pero una lágrima se deslizó por su mejilla.

Viktor tomó más notas.

Silvia apoyó una mano en su hombro, dejó unas tenazas encima de la mesa y se retiró de nuevo hacia la oscuridad.

Capítulo 35

1

Aunque la noche estaba cerrada y sin luna, sus ojos se habían adaptado a la penumbra. Saltaron el muro con seguridad y corrieron hacia la puerta secundaria. Tal y como había previsto Xoán, el óxido había deteriorado el metal y bastó una luz mínima de linterna para corroborar que podrían hacer ceder la chapa y colarse en las antiguas oficinas.

El exagente sacó de su mochila una palanca corta envuelta en un trapo ennegrecido por grasa vieja. Se arrodilló frente al portón y pasó los dedos por la chapa oxidada, como si midiera la resistencia. Luego roció las bisagras con un pulverizador del tamaño de un mechero. El olor metálico del lubricante se mezcló con el salitre del aire.

Encajó la uña de la palanca en la ranura, cubrió el punto de apoyo con el trapo y presionó lentamente. El metal protestó con un crujido apagado. Detuvo el movimiento un instante, escuchó y volvió a presionar, milímetro a milímetro, hasta que el marco cedió.

La hoja se entreabrió con un lamento. Xoán recogió la palanca, la guardó en la mochila y empujó la puerta ligeramente hacia arriba para aliviar las bisagras. No había prisa. El verdadero éxito era que nadie, ni siquiera a dos metros, hubiera oído nada.

Ethan asentía en silencio.

Se colaron por la estrecha abertura y avanzaron despacio por un pasillo oscuro hasta que toparon con los peldaños de unas escaleras que por poco los desequilibran.

El chico apenas veía en aquella oscuridad, pero, por los movimientos de Xoán a escasos centímetros, entendió que debía caminar más separado. Después escuchó cómo subía las escaleras,

llevó la mano a la espalda y acarició la culata de su pistola. Subió tras él y, cuando llegó arriba, la penumbra le pareció casi acogedora. Las siluetas cobraban forma y sus ojos, al fin, encontraban contorno en lo que les rodeaba, percibiendo la estructura interna de la nave y las distancias entre las paredes.

Las oficinas estaban dismanteladas, solo se conservaban un par de mesas en el centro, con grandes claros hasta las estanterías de las paredes y los despachos del lateral. A través de los cristales vieron el coche del tipo visto en las grabaciones, lo que confirmaba que detrás del secuestro no había ninguna banda organizada, sino más bien algún individuo contratado por Silvia.

Ethan se relajó, abandonó por un momento la idea de sacar la pistola y se agazapó al lado de la puerta de salida, mientras Xoán bajaba por las escaleras metálicas al interior de la nave.

Una vez abajo, el exagente se acercó al coche y lo rodeó caminando en cuclillas. Las puertas estaban cerradas. Levantó el brazo. Era la señal que Ethan esperaba para bajar.

Xoán avanzó hacia el vestíbulo, que se abría en dos direcciones: la zona de hornos y los vestuarios. Allí aguardó al chico. Mientras Ethan esperaba la siguiente señal, él se internó por pasillos que llevaban a cuartos con ventanales estrechos sobre la ría, por donde apenas se filtraba un resplandor tenue. Llegó a la zona donde aún quedaban restos de la vieja maquinaria pesada, la misma que en su tiempo sirvió para carga y descarga.

Al final de los vestuarios encontró unos peldaños anchos que descendían hacia la oscuridad. Según los planos, aquellas escaleras conectaban con el acceso que usaban las embarcaciones para entrar en la fábrica con la marea alta: el mismo lugar donde, unas horas antes, ellos habían observado desde el otro lado.

Si la parte de la fábrica que habían recorrido era una gran explanada abierta, dominada por hornos y maquinaria pesada, lo que les esperaba abajo era un enigma. Según los planos, se trataba de un laberinto de pasillos estrechos y cuartos minúsculos, algunos incluso por debajo del nivel del mar.

Se ajustaron las gafas de visión nocturna y Xoán hizo una señal para que el chico lo siguiera. Ethan comprobó el peso de la pistola

en la cintura y comenzaron a descender sin hacer ruido.

2

Las escaleras de hormigón se abrían hacia una garganta húmeda. Bajo sus botas, la arenilla crujía con cada paso. Xoán desenfundó el arma y la sujetó con las dos manos, dispuesto a usarla ante cualquier imprevisto. El aire allí abajo era diferente. Salitre, metal viejo y un rastro rancio de aceite usado. A medida que descendían, la penumbra se espesó y el chico se desorientó, hasta que Xoán alargó el brazo y lo detuvo, poniéndole dos dedos en el pecho. Señaló con la barbilla. Gafas de visión nocturna arriba.

El mundo se volvió verde lechoso. El tubo de marea aparecía como una herida abierta en la base de la fábrica. Era un canal oscuro que lamía el borde de un muelle interior, tapiado por portones imposibles de abrir tras tantos años. Los restos de un cabrestante dormían entre sombras y algunos cables colgaban como algas. Había marcas de desgaste de otros tiempos en el suelo: dos surcos en la piedra por donde las ruedas de alguna grúa se desplazaron por la rampa.

—Aquí cargaban —susurró Xoán.

Ethan asintió, mirando desorientado hacia todas partes, esforzándose por no pisar en el terreno resbaladizo.

Atravesaron la plataforma del muelle y, al otro lado, una boca rectangular se abría a los pasillos de servicio. Un corredor bajo, con paredes de bloque, conducciones y respiraderos herrumbrosos. Había humedad en las esquinas, manchas que subían como moho hasta la mitad de las paredes.

Xoán avanzó y tocó los marcos de las puertas con el dorso de la mano. Primer cuarto vacío. El segundo, un espacio de herramientas desperdigadas, discos desgastados de radiales, y cables mordidos por los años. Después avanzaron hacia un cuarto pequeño, vacío y limpio. Chocaba con el aspecto generalizado de la nave.

Ethan lo vio y quiso quitarse las gafas para corroborarlo, pero la oscuridad lo absorbió. Su madre debía de estar cerca, y el estómago

se le encogió. Xoán llevó los dedos a la boca y le ordenó que no se moviera. Ahora seguiría él. Era el turno del resolutivo veterano.

El pasillo se estrechaba y se retorció como un túnel de mina abandonada. Xoán abrió una puerta metálica que exhaló un aliento rancio y dio paso a un tramo sin ventilación. El chico impidió que se cerrara por completo, dejando un resquicio para observar el otro lado del laberinto. Más allá, otra bifurcación.

En el interior, el silencio cambiaba con cada giro de la cabeza, como si el aire contuviera la respiración cuando Xoán se quedaba inmóvil, como si las paredes latieran. Cada pisada, por mínima que fuera, se propagaba como un murmullo en la oscuridad.

En el primer quiebro del pasillo apareció la primera señal: una línea de luz titilante bajo una puerta. Apagó un instante la visión nocturna para comprobar el contraste. En cuanto su vista se adaptó, vio una costura amarillenta que se filtraba por debajo, parpadeando sin ritmo, como si se riera de él.

Xoán se detuvo y apoyó el oído contra la puerta.

Nada.

Tanteó el picaporte, lo giró y empujó suavemente. Solo un centímetro.

Entonces, el golpe de la música lo atravesó.

Las primeras notas de Shostakóvich le estallaron en la cara como una sirena militar. El aire vibró. El altavoz debía de estar a dos metros de la puerta, justo enfrente.

Unos metros más allá, Ethan llevó instintivamente la mano a la espalda y agarró el arma sin sacarla del todo.

Entró a trompicones, como si quisiera esquivar las ondas del sonido. Pero la música, que golpeaba desde ese habitáculo e impedía la entrada como un muro, aún subió más de volumen. La distorsión convirtió los violines en cuchillas. La luz titilante saltó por un momento a un parpadeo frenético.

Ethan siguió el sonido y, al girar en el pasillo, se pegó a la pared y cerró los ojos un segundo. Notó el retumbar en la garganta, el latido de su propio cuerpo peleando con aquella marejada de sonido que parecía pincharle las mejillas. Cuando lo abrió, Xoán ya estaba recompuesto, concentrado en entrar y asestar un golpe sorpresa.

Dio una patada a la puerta, desencajándola de las bisagras.

El cuarto no era grande. Solo un pequeño almacén con estanterías metálicas vacías contra una pared. En cada esquina, altavoces negros reventando los nervios y, en medio, un tocadiscos barato sobre una mesa metálica.

El plato giraba con un vinilo brillante a velocidad constante, con la etiqueta azul vibrando. El brazo, clavado en los surcos. Un adaptador de red gris colgaba de una regleta en el suelo, junto a un generador pequeño con el tirador asegurado con bridas. La luz venía de una bombilla desnuda sujeta por un simple cable en el techo.

Xoán no vio como el chico se acercaba por detrás, solo observaba cómo giraba el plato. Algo sobre la etiqueta azul describía un círculo perfecto cada dos segundos. La luz del techo le daba un efecto sombrío con cada giro.

Ethan lo entendió medio segundo antes de que su mente quisiera.

—No... —dijo sin voz en medio del ruido.

Era un dedo.

Un dedo amputado de forma brutal. Cortado de golpe, mostraba una sección pálida con un borde de sangre seca. La uña de Cassandra, limpia, cuadrada, con el esmalte transparente descascarillado en un borde.

Las piernas de Ethan temblaron al instante, como si su cuerpo quisiera huir. Xoán dio un paso lateral, vio al chico de reojo y lo apuntó con la pistola, fulminándolo con la mirada. Se agarró a una estantería y el metal chilló bajo su mano.

Luego se acercó a la mesa y levantó la aguja, pero la música no se detuvo. No venía de aquel tocadiscos. Alguien la había programado como bienvenida.

Rodeó la mesa bajo el parpadeo enfermo de la bombilla, agarró el enchufe de la regleta y tiró de él. La música murió con un bufido y un golpe sordo. La bombilla se quedó fija y el silencio zumbó en la sala como un eco de metal caliente.

El plato se frenó despacio y el dedo giró dos vueltas más.

La ausencia de ruido les devolvió los oídos a su estado normal. Llegó el golpeteo de agua de la ría, el goteo en los tubos y la

respiración angustiada del chico.

Xoán encendió la linterna al máximo y le alumbró la cara.

—No lo toques.

Ethan tenía la vista clavada en el dedo de su madre mientras Xoán inspeccionaba el resto de las estancias dando portazos con la pistola. Después regresó.

—Nadie.

Sacó un pañuelo del bolsillo, tomó el dedo y lo levantó como si fuera una pieza de cristal. Lo envolvió sin prisas y lo dejó sobre la mesa.

—Es de ella —dijo el chico.

Xoán no contestó. Buscaba otra cosa con la mirada y alumbró con la linterna hacia los techos. Allí mismo, y en los pasillos, había varias cámaras que los habrían grabado. Pero fue Ethan el que se percató de que la bombilla tenía una nota pegada al cable. Se estiró con cuidado de no perder el equilibrio y caer sobre la mesa. Estaba doblada en dos mitades.

"Has llegado hasta aquí. Ahora las quiero todas".

—Ha estado jugando con nosotros. Me ha traído hasta aquí, como excusa para su venganza completa.

Xoán releía la nota.

—¿A qué te refieres?

—Sigue nuestros pasos. Sabe por dónde nos movemos, nos deja pistas adrede. No va a parar.

—Averiguaremos por la matrícula de quién es ese coche. Debieron de irse por la parte de atrás, en alguna embarcación con la marea alta. Ahora puede que tardemos en encontrar de nuevo su rastro. Tendremos que renegociar.

Ethan se abalanzó sobre él y lo agarró por la chaqueta.

—No hay nada que renegociar —dijo a pocos centímetros de su cara—. Tu misión es rescatar a mi madre. No vamos a permitir que te lucrees por este imprevisto.

Xoán se revolvió y lo apartó de un manotazo.

—¡Suéltame, payaso! ¿Quién te crees que eres?

Ethan notaba el bulto del arma en su cintura. Ahora fue Xoán el que se acercó a él.

—No estáis en disposición de establecer ninguna regla. Quiero cincuenta mil más, ¿me has entendido, niño?

El chico prefirió callarse. Su abuela sabría qué hacer con él.

O cómo acabar con él.

Le contuvo la mirada hasta que el exagente se separó y se dirigió a la salida. Ethan tomó el pañuelo y sacó su teléfono.

—Abuela...

—Ethan... ¿estás bien?

—Sí, abuela...

—Dame un minuto, me están llegando mensajes de un número desconocido. Te llamo ahora.

Capítulo 36

El móvil de Victoria vibró justo cuando cogió la llamada de su nieto. Ahora, con la pantalla iluminándola en la oscuridad, vio la procedencia de un número desconocido. Era un único archivo que, al abrirlo, ocupó toda la pantalla. Un dedo humano, amputado, apoyado sobre un fondo que no podía identificar.

Casandra.

El segundo mensaje llegó de inmediato, como si el remitente hubiera estado esperando ese instante exacto.

"No habrá más oportunidades."

Victoria se quedó inmóvil hasta que la pantalla se apagó. Respiró hondo y volvió a encenderla para revisar la fotografía una vez más, como si encontrar un detalle pudiera restarle crueldad.

No lo encontró y entonces apareció un tercer mensaje.

"Habéis llegado demasiado lejos. Ahora quiero todas las criptomonedas."

Se quedó en silencio. Su mente trataba de anticipar el siguiente paso, aquello era como si lo hubiera vivido y sabía que habría algo más. Después, oyó pasos acercándose por el monte. Ethan apareció primero. Se detuvo a dos metros y la miró sin bajar la vista hacia el móvil.

—¿Qué hemos hecho, abuela? —preguntó con la voz rota—. Tendríamos que haberle transferido la mitad. Esto se habría acabado.

Victoria guardó el teléfono despacio.

—No. No habría parado. No la habría liberado. Y estaríamos en el mismo punto...

—Eso no lo sabes. —Ethan dio un paso hacia ella—. Quizá sí lo hubiera hecho.

—Sí lo sé, y tú también. Ya lo hemos hablado. Silvia siempre querrá más. Siempre.

Xoán, que se había detenido unos metros atrás, observaba la escena sin intervenir. Sus ojos iban de uno a otro, midiendo las grietas, calibrando la desesperación. Cuanto más se rompieran, más podría sacarles.

Ethan negó, pero no insistió. Una suave brisa marina anunció que la marea estaba muy cerca. Victoria no apartaba la mirada de su nieto. Ambos sabían que ese momento no era solo una discusión, era una decisión que marcaría lo que vendría después.

Y a Victoria, la frase "*no habrá más oportunidades*" le resonaba como una trampa abierta, como si Silvia esperara a que fuera ella quien diera el paso.

—Llama al FBI, abuela. Tienes contactos. Ellos pueden arreglarlo, es una extorsión.

Victoria abrió los ojos alarmada. Ethan se había ido de la lengua delante de un exagente a quien podría resultarle más rentable delatarlos que cobrar la otra mitad de la recompensa.

—Ya no pueden ayudarnos, hijo.

—¿Por qué no? Nos está chantajeando y ella está en busca y captura.

Xoán dio un paso al frente.

—Un momento, ¿qué me estáis ocultando? ¿Qué es eso del FBI?

Victoria hizo como si no estuviera allí. Ya era demasiado tarde para esconder lo inevitable.

—Ethan, no tenemos escapatoria. Entre el FBI y la policía española atarían todos los cabos de nuestro pasado.

—¡Vamos, abuela! Tendremos alguna opción. Ya nos hemos escabullido en otras ocasiones.

—No, hijo. No habrá más ocasiones. Una más y nos van a pillar.

Xoán se acercó sonriendo.

—A ver, a ver... Para empezar, ya os digo que esto se os va a encarecer. Pero como no me contéis de qué va todo esto, me voy directamente a hacer una visita a mis excompañeros del cuartelillo y cuento todo lo que ha pasado.

—No va a contar nada, no le interesa que la Guardia Civil sepa de sus trabajillos al margen de la ley.

—¿Cree que no lo sabe ya? ¿Cree que la Guardia Civil no contacta con personas como yo para que le hagan ciertos trabajos sucios? Usted no sabe quién soy...

—¡Cállese! —gritó Ethan.

—¡Eh, chaval! Como me vuelvas a gritar, te dejo tirado en medio de la ría.

Ethan puso los brazos en la cintura, con una mano cerca de la pistola.

—Usted no va a tirar a nadie a ninguna parte. Y de lo que ha escuchado, no dirá una palabra.

—Pues tendrán que contármelo todo, pero ya le digo que mínimo otros veinticinco mil.

—Ya le dije que no habrá más dinero.

—Cállate la boca, chaval. Estoy harto de oírte y hablo con tu abuela.

—Mi nieto dice bien. No le daremos ni un euro más hasta que mi hija esté a salvo.

Xoán comenzó a sonreír y a dar vueltas sobre sí mismo.

—A ver, abuelita. Se lo voy a explicar por última vez, pero ahora como si fuera tontita, ¿sabe? —dijo, acercándose—. ¿Tiene algo de retraso? Porque su nieto creo que sí, tal vez le venga de familia... A ver, se lo explico en lenguaje para gente muy corta, pero ya no más, ¿vale?

Ethan sacó el revólver.

Encontró el gatillo a la primera.

A Xoán apenas le dio tiempo a cambiar aquella sonrisa burlona.

Disparó a dos metros de su cara. El estruendo retumbó en la madrugada y se expandió por el aire, mientras a cientos de metros los vecinos dormían ajenos en sus casas.

No hizo falta que gastara más balas.

—Ethan...

—Este hijo de puta ya sabía lo que había ahí abajo...

Se miraron. El chico no mostraba arrepentimiento.

—Hijo, claro que lo sabía. No te dejaría ir desarmado si no supiera que ahí dentro no encontrarías a nadie —se llevó la mano a la sien—. Pero él era la única persona que podía llevarnos hasta Silvia.

—¿Sabías que estaban compinchados? —Victoria cerró los ojos y se mantuvo así, como si quisiera apartarse del golpe—. Lo siento, abuela...

Capítulo 37

1

Victoria pasaba un paño humedecido con alcohol etílico, hallado en un botiquín portátil, por los tiradores de las puertas del furgón, el volante, la palanca de cambios y la tapicería. Mientras tanto, Ethan guardaba el dinero recuperado y las mochilas de Xoán en el maletero del coche alquilado.

—Hijo, conducirás el furgón detrás de mí. Buscaré en el GPS un monte lejano, hacia la zona del aeropuerto, y lo dejaremos en alguna pista, lo más lejos posible.

—¿Cómo lo supiste, abuela?

Victoria sacudió el paño y lo dobló como si estuviera recién estrenado.

—Eres muy joven para esto, Ethan.

—Abuela, no me jodas.

—Hablas muy mal últimamente...

Ethan cerró la cremallera de la mochila con una sacudida y se quedó mirándola.

—Cuando Xoán llegó a Combarro —dijo Victoria, resignándose ante la insistencia de su nieto—, haciéndose pasar por mecánico, afirmó que había inspeccionado los alrededores antes de entrar a vernos... Hijo, yo llevaba un buen rato allí sentada.

—¿Controlabas los coches que pasaban por la carretera?

—Hay que controlarlo todo —pasó por su lado rozándolo—.

—¿Hasta ese punto?

—Aquel furgón destartado me habría llamado la atención si hubiese pasado a inspeccionar la zona. Y solo lo vi llegar desde el norte para adentrarse por el camino de entrada a la casa.

Ethan la siguió y Victoria metió el paño en la mochila.

—Abuela... Entonces, Tania...

—No lo sé, hijo. Es posible que Xoán ya estuviera presente el día que secuestraron a tu madre; que nos siguiera hasta Combarro e incluso que él mismo dejara la nota con el código de Silvia en el buzón.

—Si ella está compinchada....

—No lo sabemos. El caso del asesinato de Monteagudo, en el que tu madre estuvo acusada, fue mediático. Silvia dio con nosotros por eso. A partir de ahí, es solo una línea recta.

—¿Una línea recta?

—Claro, ella secuestra y... ¿a quién vamos a recurrir nosotros? A la única persona de confianza que tenemos en España. No tuvo más que estudiar a Tania y a su familia para concluir que pronto nos ofrecería los servicios de ese jubilado.

—¿No es demasiado enrevesado?

—Es lo único que se me ocurre para exculpar a la abogada.

—No la veo metida en eso, abuela. No cuadra, ahora es cuando iniciaría una carrera meteórica en su profesión. Y está todo ese dinero que le hemos pagado por defender a mamá. Además, es muy miedosa para eso...

—Las carreras hay que trabajárselas —dijo, cargando con la mochila de los cincuenta mil euros hasta el maletero—. El dinero fácil es más tentador.

—No sé...

—No subestimes la ambición de una mujer, hijo. Como te decía, eres muy joven todavía.

Ethan se quedó paralizado.

—Pues tenemos un problema, abuela.

—No exactamente. Déjame a mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Si es como pienso, nos aprovecharemos de sus debilidades.

—¿No vas a contármelo?

Victoria se acercó y atenazó su antebrazo.

—Has matado, Ethan. Ahora haz el favor de calmar tus impulsos.

Siguieron con la tarea de asegurarse de que el furgón quedara vacío.

—¿Cuánto crees que tardarán en encontrar el cadáver de Xoán?

—Un par de días. Y el furgón igual, alguien se lo encontrará y dará el chivatazo, pero la policía estará desconcertada por la separación entre el cuerpo y el furgón.

—Entrarán en esa fábrica y verán el tocadiscos.

—Pues que tomen huellas de él, ¿tú lo has tocado?

—No.

—Pues venga, vámonos de aquí cuanto antes. Toca lo menos posible, después le daré otro repaso.

El chico se quedó mirándola con su característico gesto inexpresivo.

—¿Qué pasa?

—El dedo de mamá... lo tengo en el bolsillo.

—Dámelo —dijo, extendiendo la mano—. Yo me desharé de él.

Ethan sacó con cuidado el pañuelo, como si pudiera romperlo. Victoria lo desenrolló y lo observó. Era como una vela de cera.

Después, lo tiró al fango y se guardó el pañuelo.

—Abuela...

—La naturaleza se encargará de no dejar rastro. Venga, borremos nuestras pisadas. Nos vamos.

Victoria arrancó y circuló por la pista de tierra, seguida del furgón con Ethan al volante. Si era cierto que tardarían un par de días en encontrar el cadáver de Xoán, las huellas de las ruedas ya se habrían desdibujado. Para cuando la policía empezara a atar algún cabo, si es que lo conseguía, Casandra tendría que estar con su familia, lejos de allí.

2

Conducían por la carretera vacía, los faros devorando la oscuridad, mientras Victoria recordaba a Ethan de chiquillo: ojos rojos, temblando, cuando les confesó entre sollozos que había robado millones en criptomonedas por una casualidad absurda, un regalo envenenado.

Ahora, en el retrovisor, el furgón que él manejaba parecía un animal paciente siguiéndola.

Se preguntó en qué pensaría. Si sentiría el mismo cosquilleo que a ella le recorrió la primera vez que ejecutó a un hombre: esa mezcla de miedo, satisfacción... y el deseo de repetirlo. Si, en ese momento, él se estaba convirtiendo en alguien como ella. Si ya se reconocería como un asesino para siempre o si ese disparo lo perseguiría como una sombra hasta el último día de su vida.

Después de más de dos horas de viaje, abandonaron el furgón en una antigua pista forestal a la que habían llegado tras un incómodo trayecto por caminos que cruzaban aldeas casi olvidadas.

—Abuela, ¿dónde estamos?

—Hemos cruzado a Portugal, así les será más difícil la conexión.

Ethan asintió, satisfecho, mirando cómo su abuela vaciaba la documentación de la guantera y, después, hacía palanca con un viejo destornillador para arrancar de cuajo las placas de la matrícula.

—¿Dónde vamos a dormir?

—Igual la próxima vez que nos echemos a dormir sea volando hacia casa.

—Con mamá...

—Claro, hijo.

Victoria arrojó las placas en el maletero.

—Tenemos que empezar de cero otra vez, abuela. ¿Por dónde lo haremos?

—Silvia nos indicará el camino, pero antes debemos callar a tu amiguita y, de paso, acorralarla para que nos ayude.

—¿Tania?

—Claro. Llama a esa abogadilla, dile que estás bien y que necesitas verte con ella en un par de horas. No des más explicaciones.

—Vale, abuela.

Victoria se acercó y lo agarró con suavidad.

—Tienes un millón de llamadas perdidas de ella.

El chico sonrió.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, abuela... ¿Por qué?

Victoria se frotó el brazo y fingió una sonrisa.
—Por nada. Llámala ahora.

Capítulo 38

1

A las seis y media de la mañana, Ethan y Tania desayunaban en la cafetería de una estación de servicio situada en la autopista, a medio camino entre la casa de la abogada y la ciudad de Vigo.

—¿Qué le has dicho a tus padres?

—Que tenía una reunión importante, temprano. Ya no tengo que dar explicaciones de lo que hago con mi vida, ¿sabes? Planeo independizarme pronto.

Tania alargó la mano y acarició la de Ethan. Allí se sentía segura. La cafetería era amplia y solo había un puñado de clientes, transportistas a mitad de un largo trayecto.

—No me contestabas, pensé que te había pasado algo malo.

—Eres muy insistente —sonrió.

—Solo con las personas a las que... aprecio.

Ethan se acomodó para cortar el croissant y tomar su café.

—Fue una noche difícil. Como te dije, mi madre no estaba en esa fábrica.

—Lo siento mucho. ¿Y ahora qué? ¿Qué os recomienda Xoán?

—Xoán no dice nada.

—¿Nada? ¿Tanto lo ha descolocado?

El chico se llevó el primer trozo a la boca y masticó lentamente. Después de toda la noche sin dormir, el estómago le rugía.

—Ethan... ¿qué fue de Xoán? ¿Qué os ha dicho?

Masticó sin dejar de mirarla y después dio un sorbo al café.

—Se fue. No sabemos más.

—¿Quieres que lo llame ahora mismo?

—Tiene el teléfono apagado.

—Si no se pone en contacto, avisaré a mi padre. Él sabe dónde vive...

—No queremos saber nada de él. No es el profesional que esperábamos.

Pinchó el tenedor en el croissant y esta vez se llevó a la boca un buen pedazo.

—¿Cómo no va a serlo? Seguro que os llama enseguida.

Ethan negó mientras metía otro trozo más.

—¿Pero no os dijo nada cuando se fue? ¿Cómo ocurrió? Cuéntame con más detalle.

Tenía la boca llena.

—Se fue. Desapareció.

—Pues no me parece normal, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

El chico dio otro sorbo y dejó la taza por la mitad.

—Ahora solo queremos contar contigo. Con nadie más. Tu conoces la zona, necesitamos sentarnos y que nos expliques punto por punto los posibles escondites que hay alrededor de esa ría.

—¿Estás loco? —dijo riéndose de la situación—. Hay miles de sitios donde desembarcar a tu madre para llevarla a otro lugar. No puedo ayudaros en eso.

—Sí puedes.

—¿Cómo? No puedo. Además, no quiero. Ya te dije que estaría al margen.

—Necesito que me ayudes a recuperar a mi madre —dijo comiendo el último trozo.

—Me encantaría ayudarte. Sabes que te aprecio, bueno... me he entregado a ti. Eso no lo hago con cualquiera. —Ethan dio un largo sorbo y la dejó hablar—. Pero ahora, a quien necesitáis es a Xoán. Ese hombre lo tiene todo, la experiencia, los contactos, el instinto y la sangre fría para no temblar cuando hay que actuar. Seguro que os llamará pronto.

—Ese hombre no va a ayudarnos, Tania.

La chica se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé.

—¿Le habéis hecho algo?

Ethan dudó un momento, después lo negó.

—¿Qué le habéis hecho? —dijo mirando hacia los lados—. ¿Dónde está tu abuela?

El chico acabó con el café y dejó la taza sobre el platillo.

—¿Está Victoria con él? ¿Dónde lo tenéis?

—Tania, en el sótano de la fábrica encontramos el dedo amputado de mi madre.

La chica se llevó las manos a la boca y apoyó los codos en la mesa.

—Sí, y Xoán no me dejó ir armado con él, ¿puedes imaginarte la situación?

—Lo que me estoy imaginando es otra cosa, Ethan... ¿Dónde está Xoán?

—Ya te lo dije. No lo sé.

—Ethan... me voy a ir si no me lo dices.

—Vamos, no me hagas esto... Te necesito, Tania.

La chica miró hacia los lados. Nadie conocido por ninguna parte. Cogió el bolso y lo puso en su regazo, sin haber tocado su café.

—Regreso a casa para que mi padre compruebe si Xoán está allí. Más vale que así sea o no me verás más el pelo.

Ethan se inclinó hacia delante para acariciar su mano, pero ella se escabulló.

—Tania, no...

La chica salió del establecimiento apresurada, buscando en su bolso las llaves. Afuera, un mínimo resplandor dibujaba un cielo nocturno cargado de nubes.

Entró en el coche, dejó el bolso en el asiento del acompañante, se abrochó el cinturón y accionó el contacto. Ethan salía de la cafetería en ese momento y se quedó mirándola, sin expresión, ausente.

Un clic sonó detrás.

En el retrovisor, una pistola apuntaba a su cabeza.

—¿Adónde crees que vas, nena?

Tania sintió que el mundo se derrumbaba.

—Conducirás detrás de Ethan hacia donde él te lleve y no dejaré de apuntarte hasta que lleguemos a destino.

Tania estacionó detrás del vehículo de Ethan mientras Victoria le apuntaba a la cabeza con el revólver. La niebla del monte descendía sobre las pistas de las laderas, y los faros de los coches la atravesaban con destellos fantasmagóricos, dibujando sombras deformes que parecían acechar desde la oscuridad.

—¿Adónde me habéis traído? ¿Qué vais a hacer conmigo?

Victoria no dijo nada. Ethan descendió y le hizo una señal para que apagara el motor.

—Baja del coche.

La abogada obedeció, suplicando con la mirada hacia el chico con el que se había acostado unos días antes y con el que se sintió segura entre sus brazos.

Victoria guardó el arma en cuanto Tania se quedó de pie en medio de la pista. Miraba hacia todas partes, perdida en la densa oscuridad que apenas rompían los focos del coche alquilado. Ethan se acercó a la distancia justa para que no entrara en pánico.

—Tranquila, Tania. No vamos a hacerte nada.

—¿Tranquila? —sollozó.

—Necesitamos que nos lleves a casa de Xoán. ¿Sabes si vive solo? —La abogada asintió, llevándose las manos a la cara y desparramando las lágrimas por sus mejillas—. Vamos, Tania. Sabes dónde vive, es importante para salvar a mi madre.

—¿Importante por qué? ¿Lo habéis matado?

Victoria, a su espalda, esperaba que su nieto lo resolviera.

—No puedo decirte dónde está, pero necesitamos ir a su casa.

—Es vecino de mis padres. No puedo volver allí.

—Tranquilízate, hija —dijo Victoria situándose delante—. Solo queremos saber cuál es, nos encargaremos del resto.

La abogada echó las manos a la cabeza y giró sobre sí misma hasta que dio contra su coche.

—Tania...

—¡No me toques! —gritó encarándose a Ethan, que retrocedió—. ¡Asesino! ¡Eres el peor de tu familia! —y lo empujó—. Yo confiaba en

ti, me entregué con toda sinceridad, con la esperanza de construir algo... pero jugaste conmigo.

—¿Construir?

—No lo entiendes, ¿verdad?

Victoria negaba una y otra vez.

—¿Construir el qué, Tania?

—No lo entiendes... —y suspiró.

Ethan miró a su abuela y Victoria apenas giró la cabeza. No hicieron falta palabras. Ese leve movimiento era una orden silenciosa. El chico echó mano a la espalda y, de la cintura, sacó el arma.

—No tengo tiempo para tus acertijos —la apuntó—. Nos vas a llevar hasta allí antes de que amanezca.

Los ojos de Tania se abrieron de golpe, desorbitados, y por unos segundos no pudo respirar.

—Iremos en mi coche los tres. Después podrás recuperar el tuyo.

La chica no decía nada. Victoria levantó su arma.

—Elige de una vez, jovencita. A estas alturas deberías saber que haremos lo que sea necesario por nuestra familia.

—No... no pueden verme. Si voy allí... mis padres.

Ethan abrió la puerta del conductor del Seat Ibiza.

—No hace falta que te expongas. Sube y conduce.

—Puedo indicaros con el GPS dónde está...

—¡Que subas! —gritó Victoria, levantando el cañón a la altura de su cara.

La chica entró y Victoria se sentó a su lado sin bajar la pistola.

Tania arrancó, dio la vuelta y se perdió entre la densa niebla.

Capítulo 39

El vecindario se extendía por la falda de una montaña, entre carreteras secundarias sin aceras pero con servicios básicos. Las farolas, espaciadas y solitarias, iluminaban los cruces. Las casas se alzaban a intervalos, cada una protegida por muros de piedra que contenían la tierra y sostenían, como una fortaleza silenciosa, los hogares asentados en lo alto de sus fincas.

La casa de Xoán estaba rodeada por una carretera que ascendía hacia la montaña. En su punto más alto, un estrecho acceso apenas permitía aparcar el coche sin ser vistos.

—Es esta. Meteré el coche.

—No, detente aquí un momento. Yo me bajo.

—Abuela, iré contigo. Tiene un muro demasiado alto.

—No, tú sigue apuntándola y que conduzca hacia la montaña. Te llamaré en cuanto termine.

El chico le puso la mano en el hombro con intención de retenerla, pero ella abrió la puerta sin ni siquiera mirarlo.

Tania encendió el motor y aceleró con la discreción de quien sabe que el ruido también podría delatarla.

Victoria avanzó entre la penumbra del amanecer y, deslizándose entre las sombras, alcanzó la cancilla. El presentimiento se confirmó, la entrada estaba abierta. La gente de la aldea, tan recelosa unas veces, tan confiada en otras, había dejado el paso libre. Empujó apenas y se adentró en el jardín sin provocar un solo crujido.

Agazapada tras una espesa camelia, esperó unos segundos, dejando que sus ojos se acostumbraran y calcularan las distancias hasta la casa. No había perro. Tampoco escuchó movimiento alguno ni vio cámaras. Solo silencio y la incómoda sensación de que la suerte jugaba a su favor.

Avanzó hacia la puerta de entrada sorteando setos entre el césped y se detuvo en el porche, con la espalda pegada a la pared de piedra. El silencio seguía dominando la noche. La casa más cercana estaba a más de doscientos metros, pero no se fiaba. Xoán no era un hombre descuidado, si había algo que debía esperar, era una alarma.

Desde allí recorrió con la mirada el marco de la puerta, las bisagras robustas, la cerradura moderna y, en la esquina superior, casi invisible, un pequeño rectángulo de plástico translúcido. El sensor de movimiento.

Sacó de la chaqueta unos guantes de látex, que se puso sin dificultad, y una linterna pequeña, cubierta con cinta aislante negra, para que apenas dejara escapar un hilo de luz. Lo enfocó rápido y no vio ningún cable suelto. Se agachó, tanteó la parte inferior del marco y encontró lo que esperaba, el contacto magnético. Bastaba abrir sin cuidado y el pitido se dispararía.

Inspiró hondo. Calculó el tiempo. Si la alarma estaba conectada, el sistema le daría unos segundos para introducir el código. Lo justo para llegar al panel, si estaba donde debía estar. Se quedó mirando su mano de dos dedos, con los extremos vacíos de los guantes bailando ante ella. Después sacó el manojó de llaves que había encontrado al registrar el cadáver de Xoán. Introdujo la llave multipunto, la giró y empujó la puerta con suavidad sin apartar la vista del pequeño LED del sensor.

Al abrir, un pitido agudo e intermitente. Comenzaba la cuenta atrás.

Victoria buscó el parpadeo de un piloto rojo. Allí estaba, tras la puerta. Alumbró con la linterna y encontró el cuadro blanco en la pared con su teclado digital. Se acercó sin titubeos. No necesitaba el código. Xoán había dejado demasiadas pistas. Sus dedos marcaron la misma secuencia con la que el hombre había desbloqueado el portátil cenando en la casa de su amigo: 0-7-1-9.

El pitido se detuvo de golpe.

Silencio absoluto.

«Los hombres siempre tan sencillos», pensó.

El peligro había pasado. Victoria apagó la linterna y se quedó quieta, escuchando.

Cerró la puerta tras de sí con apenas un roce y avanzó en silencio sobre un suelo de plaqueta, envuelta en un olor a tabaco viejo.

El salón estaba a media penumbra, apenas iluminado por el resplandor azulado de una pantalla en reposo. A un lado, sobre un aparador de roble, se alineaban varias fotografías enmarcadas que estudió con la tenue luz de la linterna. Una mostraba a Xoán vestido de uniforme en su juventud, rodeado de compañeros armados. Otra, más reciente, lo retrataba con gesto hosco, apoyado en la barandilla de un barco pequeño. Pero lo que la detuvo fue una tercera: el retrato reciente de una joven de sonrisa quebrada, tomada junto a él a la salida de un hospital.

Victoria no se entretuvo más y avanzó hasta el escritorio donde el portátil reposaba abierto, con la pantalla todavía encendida. No había contraseña y la desbloqueó con un solo clic. Navegó con rapidez, y lo primero que encontró fue una carpeta en el escritorio con miniaturas que reconoció a medida que las abría. Eran imágenes de la casa donde se alojaban en Combarro. Algunas estaban tomadas desde ángulos imposibles, como si alguien las hubiera hecho desde un punto muy cercano a sus ventanas, sin que nadie lo advirtiera.

Después abrió el gestor de correo electrónico y encontró varios mensajes en la bandeja de entrada, todos breves. Provenían de la misma dirección, bajo un seudónimo: Aivlis.

«Tampoco has discurrido mucho poniendo tu nombre al revés».

Los mensajes eran órdenes más que conversaciones. Uno llevaba un adjunto: un mapa de la ría con varios puntos señalados. Otro, más reciente, contenía una frase escalofriante.

"El próximo movimiento lo decides tú. No hay margen de error. Ella debería resistir un poco más."

Victoria apretó los labios.

Ella.

No necesitaba confirmar a quién se referían.

Pero el último correo había llegado a las cinco y treinta y siete de la tarde anterior.

"Ya estamos escondidos de nuevo. El trayecto en tu lancha ha sido rápido y discreto. Cíñete al plan establecido para esta noche y escríbeme en cuanto estés de vuelta. Estaré despierta."

Con sus dos dedos firmes, extrajo el móvil y fotografió todo.

Cuando se disponía a salir, se detuvo un instante frente al retrato de la mujer joven de rasgos parecidos a los de él. Ahora lo comprendía, Xoán no era solo un mercenario. Tenía un pasado vulnerable, una herida que aún sangraba. Y Silvia supo cómo apretarla.

Al salir, la pantalla volvió a oscurecerse. La casa quedó otra vez en silencio, con sus secretos enterrados en sombras, salvo por lo que Victoria llevaba en su móvil, la prueba de que le habían tomado ventaja a Silvia.

Al menos, mientras no sospechara que Xoán estaba muerto.

Capítulo 40

1

Tania y Ethan esperaban en el monte, en una pista apartada, con el motor apagado. La chica lloraba en silencio, secándose las lágrimas con la manga de la blusa.

—¿Por qué me haces esto?

—Es mi madre, tú harías lo mismo.

—No... —dijo mirándolo a los ojos a través del espejo retrovisor

—. Yo no soy como tú.

—No tengo elección.

—¡Sí la tienes! ¡Puedes vivir tu propia vida!

El chico apartó la mirada y se calló. Jamás había contemplado la posibilidad de una vida sin su madre y sin su abuela. Recordó los viajes, las ciudades extranjeras recorridas bajo la sombra de un secreto. Todo lo que poseían, cada lujo, cada refugio, existía por él. Por su robo. Y sin embargo, aquella certeza lo golpeó con violencia. Si desaparecía de verdad, tal vez Silvia perdería toda forma de presionarlos. Tal vez su ausencia real fuera la única manera de protegerlas. No por un tiempo, sino para siempre.

—Me entregué a ti...

—No te pedí que lo hicieras.

Las lágrimas brotaron y Ethan no hizo nada por consolarla.

—Me haces sentir como una...

—No me vengas con eso, Tania. Yo no te hago sentir nada. Eres tú la que te sientes así.

—Entonces...

El chico la miró ahora a los ojos a través del espejo.

—Cuando esto acabe, no volverás a saber de mí.

—Siempre podré saber de ti. No tengo más que ir a la policía y confesar que eres un asesino.

—Te meterás en el lío tú misma.

—Soy abogada, ya me las apañaré —dijo, afilando su mirada—. Confesaré lo de las criptos y acabarán dando con vosotros.

—Tú no harías eso...

—¿No me crees capaz?

—No.

Tania sonreía mientras negaba.

—No sabes de lo que soy capaz.

—No lo harás, porque sabes que te aprecio. Las personas que se aprecian no se hacen daño.

La chica se revolvió en el asiento y se sentó de lado mirando hacia atrás, cara a cara y señalándolo con el dedo.

—Si me apreciaras de verdad, no me estarías haciendo daño, como ahora.

—No seas dramática. Ya te dije que es por mi madre.

—Entonces, dime que me amas.

El chico la observó, las lágrimas empapándole la cara y los ojos abiertos como si fueran a salirse de sus órbitas.

—No deberías enamorarte de un asesino... —y ella percibió un brillo en sus ojos—. No estás bien.

—¡Dime que me amas! —gritó, estirando las manos para agarrarlo.

—¡Para!

—¡Dímelo!

Se quedaron escuchando la agitada respiración de la abogada.

—Dímelo, Ethan. Solo una vez.

—¡Para...!

Tania echó las manos a la cara y se incorporó para sentarse.

—Juro que lo confesaré —susurró.

Ethan no dijo nada.

—Lo haré, lo confesaré todo.

El chico se inclinó hacia ella hasta quedar cerca de su oído.

—Si lo haces, volveré para matarte.

Se miraron a través del espejo, desafiándose sin pestañear, sin decir una palabra más.

El teléfono vibró en el bolsillo del chico.

—Abuela...

—Estoy fuera de la casa y tengo pistas de dónde pueden estar. Bajad sin hacer ruido. Estoy escondida entre unos matorrales, a unos cien metros carretera arriba.

Antes de que Ethan colgara, Tania ya había encendido el motor.

2

Tania conducía atenta para salir de aquella encrucijada de carreteras secundarias y alcanzar la autovía. Allí recogerían su coche, perdido entre la niebla. Victoria y Ethan, sentados atrás, no se guardaban ningún secreto.

—Tengo fotos de todo. Hay un mapa con varios puntos marcados en la ría. Por la hora, debieron salir por la tarde, con la marea alta.

—¿A plena luz del día?

—Las mareas son así, hay que aprovecharlas cuando vienen. No podían esperar a la noche para sacarla de allí.

—Entonces... alguien pudo verlos.

—No tenemos tiempo para interrogatorios vecinales entre cientos de kilómetros a la redonda. Lo más rápido es averiguar qué hay en cada punto y concluir hacia cuál de ellos se dirigieron. No puede ser tan difícil.

—Ataremos cabos en cuanto coja mi portátil.

—Y Tania podría ayudarnos.

La abogada aceleró hacia la autovía y los miró por el retrovisor.

—No pienso ayudaros en nada.

Victoria levantó el revólver, sin apuntarla.

—No estás en posición de elegir, hija.

—¡No me llame hija!

—Está bien. Te diré lo que vamos a hacer. Nos vas a ayudar. Este asunto se va a resolver hoy mismo. Rescataremos a Casandra y te dejaremos ir, para siempre.

—No quiero colaborar con asesinos.

—No es colaborar, es elegir si quieres seguir viva, querida.

Tania aceleró en cuanto tomó la autovía y clavó la aguja en la velocidad máxima permitida. La mirada se le perdió en la línea del horizonte, donde la niebla se deshacía despacio entre las montañas a ambos lados del asfalto. La claridad del amanecer asomaba tímida y no traía alivio para ella, que sentía el estómago encogido, como si cada kilómetro la alejara de su vida. Tenía miedo, sí, pero más que del peligro, de la amarga certeza de haberse equivocado al confiar, de haber seguido a quienes solo sabían arrastrar a los demás al abismo.

Poco después tomaron la salida que los llevaría al monte donde Tania recogería su coche. Allí estaba. No había señales de que nadie hubiera pasado por aquel tramo aún cubierto por la niebla.

Victoria le abrió la puerta para que saliera, apuntándola con la pistola.

—Iré contigo en tu coche. Lo dejarás en Vigo. Después volveremos con Ethan y nos ayudarás a encontrar a Casandra.

El plan la desbordó y, de golpe, pensó en sus padres. Ellos no notarían su ausencia hasta última hora de la tarde. Tal vez entonces la llamarían, después buscarían a algún compañero de trabajo, más tarde su coche, perdido en la inmensa ciudad de Vigo. Sintió en el pecho la angustia que aún no existía: la de sus padres preguntándose por qué su hija ejemplar había desaparecido sin dejar rastro.

Victoria se sentó a su lado y Tania hizo un cambio de sentido despacio bajo la atenta mirada de Ethan, que la observaba desde su vehículo. Cuando retomaron la ruta, dejó de apuntarla y bajó el arma, ocultándola entre su chaqueta, sin quitar el dedo del gatillo.

—Tania, ayúdanos. Ahora te lo digo sin amenazas.

La abogada la miró de soslayo.

—Te necesitamos para dar con ella. Vamos... Casandra te importa. Tú la sacaste de una condena segura cuando era sospechosa de asesinato.

—Vosotros hicisteis todo el trabajo. Sois asesinos. No tenéis escrúpulos.

—Pero funcionó, y a ti te va a ir muy bien gracias a eso. Ya eres una abogada reputada. Y te pagamos bien. Ayúdanos a cambio de eso. Ahora te lo pido como un favor.

Tania no esperaba aquel giro. Se había preparado para un comentario altivo, incluso para una discusión con esa mujer imposible de descifrar, pero lo que encontró fue una petición sincera.

Y Victoria tenía razón. El caso de Casandra había llegado a sus manos por azar. Era inexperta, y aun así aquella familia confió en ella hasta el final. Llenaron su cuenta con aportaciones generosas y, aunque recurrieron a métodos ilegales para descubrir la verdad, siempre se cuidaron de no arrastrarla con ellos.

Ahora la situación era otra. Su clienta, exonerada hacía apenas unos días, había sido secuestrada justo cuando iba a regresar a su país. La petición de Victoria tenía un sentido evidente. No necesitaba amenazas.

—¿Tan desesperada estás para dejar de apuntarme y no ofrecerme vuestro sucio dinero?

Victoria se quedó callada, aferrada al arma, sujetándola con más fuerza.

—No eres muy diferente a mi familia.

—Tal vez por eso cometí el error de atender la llamada de Ethan. Tendría que haberlo bloqueado en cuanto os fuisteis al aeropuerto.

—Daríamos contigo igualmente.

Se miraron fugazmente. Sabían que, aunque las decisiones hubieran sido otras, acabarían en el mismo punto en que estaban ahora.

Victoria apartó el dedo del gatillo.

—¿Cuánto quieres?

—Medio millón. Y no irá a mi cuenta bancaria, las quiero en criptomonedas.

—Es un error, si las conviertes a euros, nos delatarías y tú estarías en un buen lío.

—Usaré el sistema ese de tarjetas anónimas, como vosotros.

—No vamos a arriesgarnos a que nuestras criptos sean usadas de esa manera por más personas que nuestra familia. Transferiré

doscientos cincuenta mil dólares a tu cuenta. Es todo lo que tengo en esa moneda.

—Las quiero en criptos.

—Recuerda que tengo un arma, querida. La mitad en cuanto lleguemos a Vigo, la otra mitad en cuanto aterricemos en Estados Unidos con mi hija.

Tania adelantó a un tráiler portugués con carga pesada.

—Lo haremos como la otra vez. Si no me vais a salpicar, os ayudaré a encontrar a Casandra. Pero no me adentraré con vosotros en ninguna acción. No me salpicaréis.

—Para eso es para lo que te queremos. No pensarás que voy a entregarte un arma.

Tania la miró conforme.

—Te entregaré un justificante de la transferencia en cuanto lleguemos a Vigo.

3

Ethan abrió la sesión del banco estadounidense donde Victoria guardaba sus ahorros en dólares y activó la opción de transferencias. Victoria se sentó y tecleó la cifra de ciento veinticinco mil.

—¿Qué haces, abuela?

—Hemos llegado a un acuerdo.

—¿Estás loca?

—Es un buen acuerdo, hijo.

Tania buscó en el teléfono su número de cuenta y se lo puso delante para que tomara nota. Miró a Ethan con expresión seria, lejos del afecto que antes le había mostrado.

Pero al chico le resonaban en la cabeza los gritos dentro del coche.

«¡Asesino!».

—Un momento. ¿Qué acuerdo es ese? Debería saberlo.

—Tania nos ayudará, como la otra vez. La condición es la misma, deberá quedarse al margen.

La chica recogió su teléfono y aguzó la vista hacia la pantalla.

—No es la misma situación que cuando nos acostamos hace unos días, Ethan. Las cosas son así.

El chico echó la cabeza hacia atrás. Nadie lo vio, pero su expresión se volvió fría, como cuando era adolescente y contemplaba a su familia, impasible, durante minutos. Atento y ausente a la vez.

En aquella esquina de la cafetería, en la arteria principal de la ciudad, el tiempo parecía haberse detenido. El local, moderno y luminoso, con mesas de madera clara y lámparas colgantes de diseño industrial, acogía a los primeros clientes. Algunos miraban el móvil mientras apuraban cafés espumosos, otros tenían la mirada perdida hacia la calle. Nadie reparó en ellos mientras Victoria, con gesto sereno, ejecutaba una transferencia que podía cambiar la vida de cualquiera de los presentes.

—Listo. Como puedes comprobar, la transacción te llegará mañana.

Victoria quiso lanzar a su nieto una mirada tranquilizadora, pero él miraba a los demás sin verlos. Los observaba sin pestañear mientras le venían a la memoria la sensación del metal en su espalda, segundos antes de sacar el arma y matar a Xoán.

Tal vez allí podría hacer lo mismo. Sacarlo y acabar con alguien. Alguien que estorbara en la misión de encontrar a su madre.

Encontrarla e irse para siempre.

De manera instintiva echó la mano hacia atrás, pero la pistola no estaba. Habían tenido especial cuidado para evitar descuidos.

—Necesitamos tres cafés bien cargados, Ethan. ¿Puedes acercarte y pedirlos?

El chico salió de su ensoñación. Su abuela había cerrado la sesión y Tania miraba el teléfono orgullosa. En lugar de levantarse él, cerró el portátil y lo guardó en la mochila.

—Que los pida ella, la transferencia debe cubrir eso.

—No soy tu sirvienta. No voy a levantarme.

Victoria miró sutilmente a su nieto y Ethan interpretó al momento aquella expresión en sus ojos. Era cuestión de esperar. Un poco de paciencia para el desenlace. Ahora la necesitaban y ella iba a

ayudarles. Eso era lo importante y confiaba en que su abuela tuviera un plan para salirse con la suya.

El chico se levantó y se dirigió al barista.

—Dos espressos dobles, bien cargados.

—¿La señorita no tomará nada?

—Nada.

Capítulo 41

El despacho conservaba un lujo muerto en otra década. Sofás de terciopelo desgastado, cortinas gruesas que apenas dejaban pasar la luz del día, mesas de madera maciza con arañazos, ceniceros de porcelana decolorados por el tabaco y una moqueta que aún olía a humedad.

A través de los ventanales, Casandra distinguía fragmentos de la ría y la línea costera. Era la primera vez en muchos días que sentía la luz como algo real, aunque no sabía si era verdad o un espejismo.

Viktor ocupaba un rincón, con la espalda recta y un cuaderno abierto sobre la mesa auxiliar. Rebobinaba una grabación de una cámara térmica. La imagen era espectral, cuerpos reducidos a contornos incandescentes. Detuvo la reproducción justo cuando Ethan entraba en la sala del tocadiscos y veía el dedo amputado girando sobre el plato. Cuadro a cuadro, observó la reacción del muchacho, la tensión en los hombros, el ángulo de la cabeza y la oscilación breve de la respiración. Tomó nota como si se tratara de una fórmula matemática.

—Tensión cervical. Miedo transformado. Fractura entre estímulo y respuesta. Perfecto —murmuró.

El sonido del bolígrafo sobre el papel se mezclaba con el zumbido monótono del ventilador del portátil. Casandra, detrás de él, apenas comprendía lo que ocurría. Estaba sentada en una silla de oficina, esposada al hierro de sus patas traseras. El metal le mordía la piel. Las drogas que le habían administrado para calmar el dolor de la amputación hacían que el mundo oscilara a su alrededor. Cada vez que abría los ojos, la estancia parecía vibrar.

No podía ver lo que Viktor estudiaba, pero sí escuchaba el eco de las voces en el monitor. El volumen era bajo, distorsionado, como si

las palabras llegaran desde una radio vieja. Algunas veces creyó reconocer a Ethan. Otras, a su madre. Se inclinó hacia delante, tensando las esposas, intentando atrapar un matiz, una certeza.

Viktor no apartó la mirada de la pantalla cuando habló:

—Reacciona como esperaba. Pero tú, aún no.

Casandra cerró los ojos un instante y apretó los dientes. Ignoraba si aquellas voces eran grabaciones antiguas o transmisiones en directo. No sabía si su familia estaba al alcance de una cámara en otra sala o si todo formaba parte de la escenografía que aquel hombre levantaba a su alrededor. Lo único que sabía era que ya no confiaba en sus sentidos.

El despacho, con sus muebles anacrónicos y su moqueta mullida, parecía advertirle de una trampa, y el sonido de las gaviotas afuera le llegaba como una burla distante.

Viktor pausó la grabación. Dejó la imagen congelada en un primer plano de Ethan, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en la mesa del tocadiscos. Se tomó un segundo para observarlo, y después escribió.

"Foco principal de interés. El miedo no lo detiene, lo reorganiza. Potencial."

Pasó la página con calma, como si cambiara de capítulo. Entonces levantó la mirada hacia Casandra. Su rostro no mostraba cansancio por vivir una realidad ficticia.

—No se trata de ti, todavía. Ahora se trata de lo que ellos se están convirtiendo en tu ausencia.

Casandra abrió los ojos y los sostuvo pese a la neblina que le empañaba la vista. Deseaba comprobarlo, saber si lo que escuchaba era real o un montaje. Esa duda, ese deseo de ver más allá del engaño, fue lo que Viktor anotó en su libreta con una media sonrisa.

En aquel silencio espeso, Silvia entró y abrió una puerta disimulada entre los paneles de madera que revestían la pared.

—Xoán aún no ha dado señales de vida. Se habrá liado con esos imbéciles.

—Ten paciencia, sabe lo que hace.

La chica se dirigió a Casandra y le agarró la barbilla para que centrara la vista.

—¿Cómo está la princesita mimada? ¿Preparada para regresar al mundo de los pobres?

Casandra la observó, consciente de quién tenía delante. No emitió ningún gesto, nada que pudiera darle pistas. A su mente llegaron voces del pasado. Era su madre imponiendo alguna de sus lecciones.

Y en medio de ese pensamiento, confió en que ella sabría cómo sacarla de allí.

Capítulo 42

Victoria guardaba su pistola en el bolso que llevaba en el regazo, con el seguro puesto y el cargador lleno. Viajaba en el asiento trasero del Seat Ibiza. Tania, ya calmada, iba a la derecha de Ethan, que conducía serio, por encima del límite de velocidad.

Faltaba más de media hora para llegar a la ría de Arousa y, tras escuchar los detalles de Victoria, la abogada asumió su rol colaborativo.

—El coche todavía estará en la nave, hay que estudiar los diferentes puntos a los que se han podido desplazar en esa embarcación.

—¿Y si alguien los esperaba en algún punto y después los trasladó en coche? —dijo Victoria.

—¿Crees que hay mucha más gente implicada en este secuestro? Más allá del dinero y la venganza, no hay nada. No sería inteligente implicar a más personas.

—Entonces... ¿Silvia y el hombre del coche serían los únicos?

—No lo sé, pero si hay alguien más, no creo que sean muchos.

—Creo que Silvia no se caracteriza por su generosidad a la hora de repartir.

—Puede que Xoán solo participara por el sueldo que le ofrecisteis. Por lo poco que sé, y por lo que dicen mis padres, se apunta a lo que sea por un puñado de billetes. Si Silvia detectó eso, quizá solo le ofreció una misión para forrarse con vuestro dinero.

Ethan levantó el pie para pasar el peaje y guardaron silencio hasta que terminó la operación. La barrera subió y arrancó con brusquedad.

—Despacio, hijo.

El chico la miró extrañado por el retrovisor y después se dirigió a Tania.

—¿Y qué hay de eso, Tania? ¿No te parece demasiada casualidad que un vecino de tus padres fuera contratado por Silvia? ¿Cómo lo explicas?

—¿Qué quieres decir?

—No digo nada, explícamelo tú, porque no sé qué pensar. ¿Acostarnos también estaba dentro del plan contratado?

—Eres un cerdo.

—Acabas de cobrar ciento veinticinco mil dólares, y el vecino de tus padres estaba compinchado con Silvia. ¿Es una maldita casualidad?

—A mí qué me cuentas, ya se lo preguntarás a tu amiguita cuando te la encuentres.

—Abuela, ¿tú le ves lógica a eso?

Victoria levantó la mano, apartándose de la discusión. Tania continuó.

—Silvia llevaba un tiempo espiándonos. El secuestro en el aeropuerto no fue fortuito. Seguramente me estudió a mí y a todo mi entorno en los días en que la acusación de Casandra se hizo mediática. Ahí os descubrió.

Ethan redujo la velocidad a la altura de un puente sobre la desembocadura del Lérez, en la ría de Pontevedra.

—Abuela, mira esas fotos otra vez. ¿Qué fecha tiene el primer correo que esa tal Aivlis envió a Xoán?

Victoria desbloqueó su teléfono y accedió a la galería. Amplió la foto con los dos únicos dedos de su mano.

—Hace un par de días, casi a medianoche.

—¿Ese es el día que quedamos tú y yo para cenar?

Tania abrió los ojos de par en par y cogió su teléfono. Lo manoseó nerviosa y lo apagó. Se lo entregó a Victoria, como si quemara. Ella lo envolvió en la chaqueta de Ethan, abrió el acceso al maletero y lo lanzó atrás.

—¿Creéis que tendrían mi teléfono pinchado?

—Silvia no da para tanto. Haría falta un experto, y el del coche no lo parece.

—¿Entonces?

Guardaron silencio mientras se alejaban de la ciudad, al otro lado del río. Detrás, Victoria entrecerró los ojos. Ethan sabía que estaba a punto de atar cabos. Solo debía esperar.

—¿Qué tal tus padres, Tania?

—Bien, ¿por qué?

—¿Has notado algo raro en las últimas horas?

—No...

Pero la negativa se le ahogó en la garganta. Aquel viaje por el que tanto habían planeado se había desvanecido inesperadamente.

—¿Ocurre algo, hija?

Tania miraba hacia todos lados, con la boca entreabierta y las manos alzadas, como si se hubiera quedado sin respiración.

—Mis padres... ¡tengo que llamarlos!

—¿Crees que es buena idea?

—¡Dame mi teléfono! ¡Tengo que llamarlos!

—Tranquilízate, Tania...

La abogada desabrochó el cinturón de seguridad y se abalanzó hacia el asiento trasero, golpeando a Ethan.

—¡Nos vamos a matar! ¡Tranquilízate!

La chica volvió a su asiento, jadeando.

—Vamos a pensar un momento, hija.

—Tengo que llamarlos, Victoria, por favor...

—Ahora lo haremos, antes déjame pensar un momento.

Ethan levantó el pie del acelerador y redujo la velocidad. Para Tania fue como si el mundo recuperara el pulso. Incapaz de pensar por sí misma, esperaba una propuesta que la salvara de aquella angustia.

—Yo hablaré con tus padres, con el manos libres. Prometo que dejaré que hables con ellos en cuanto averigüe una cosa. ¿Cómo se llaman?

—María y Carlos, ¿qué vas a decirles?

—Confía en mí, hija —dijo, desabrochándose el cinturón de seguridad—. Marca el número en el teléfono de Ethan y déjame a mí.

Ethan cogió el teléfono del compartimento y lo desbloqueó. Tania marcó con las manos húmedas.

El tono sonó por los altavoces del coche. Hubo un golpe seco y la voz de María tardó unos segundos en llegar.

—Diga... —contestó con tono angustiado.

Victoria esperó unos segundos, adrede.

—Hola, ¿cómo se encuentran hoy? —dijo, con un tono exageradamente alegre.

—¿Quién es ahora? Déjennos en paz, por favor. No tenemos culpa de nada y mi hija solo hacía su trabajo. —María ahogó un sollozo—. No le hagan nada, por favor.

Tania se llevó las manos a la cabeza, como para taparse los oídos, justo cuando Ethan tomaba una curva cerrada hacia la salida de la autopista que llevaba al peaje.

—María, ¿sabe dónde está Xoán?

Entonces sonó un estruendo al otro lado, como si el teléfono se hubiera caído al suelo, y el golpe inundó el coche.

—¡Oiga! —dijo Carlos, al otro lado—. Ya le hemos dicho todo sobre Xoán. Mi hija lo llamó para el encargo de su cliente y ni sabemos, ni queremos saber nada más. Déjenos tranquilos de una vez y no molesten a mi hija.

—¡Papá!

—¿Hija? ¿Eres tú?

—¡Soy yo, papá! —dijo llorando— ¡Estoy bien!

—¿Dónde estás?

—¡Estoy bien! ¡No os preocupéis!

Victoria fulminó con la mirada a la chica.

—Carlos, soy Victoria Hudson, cliente de su hija. No se preocupe, viene con nosotros y todo va a salir bien. ¿Ustedes están bien?

—Sí, pero... ¿Qué está pasando?

—Nada, solo era una llamada. Ya me ha dado la información que necesitaba.

Se quedaron en silencio.

—Lo siento, hija. —María sollozaba de fondo—. Nos amenazaron. Lo sabían todo sobre ti, no queremos que nadie te haga daño.

—Estoy bien.

Ethan pagó el peaje y le hizo un gesto para que cortara.

—Tengo que cortar. En cuanto esto termine, me iré con vosotros a ese viaje. Lo prometo.

Carlos sonrió en silencio, al otro lado.

—Eso sería estupendo, hija. Te queremos.

Tania estaba a punto de explotar. Ethan cortó la llamada y la chica rompió a llorar.

Capítulo 43

La isla de La Toja despertaba tranquila. La marea llenaba la ensenada y devolvía reflejos nítidos de los pinos, las nubes bajas y los chalets de lujo de la costa. El aparcamiento junto al puerto deportivo estaba vacío y lo utilizaban como base para planear el siguiente movimiento.

Tania caminaba por el césped húmedo del parque contiguo para descargar tensión mientras discutían las opciones para rescatar a Casandra. Desde allí distinguían, al otro lado de la ría, la chimenea de la nave en la que irrumpieron la noche anterior. Aquel punto les recordaba que Casandra podía estar tan expuesta como la propia costa.

—Da igual si estaba consciente o inconsciente —decía Victoria—. Sacarla de la lancha y meterla en un coche a esa hora de la tarde, es muy llamativo.

—Abuela, hay zonas sin viviendas.

—Da igual, Victoria tiene razón. Fíjate en aquella casa solitaria —dijo la abogada, señalando enfrente al otro lado de la ría—, es un restaurante. La carretera pasa por delante y sigue bordeando el mar. Sería demasiado arriesgado hacer ese trasbordo a plena luz del día.

Ethan se detuvo de repente.

—Entonces, si hicieron un trayecto rápido en lancha, no quedan muchas opciones según los puntos marcados en el mapa.

Victoria desbloqueó el teléfono y amplió la foto, señalando varios puntos en rojo cerca de la fábrica abandonada.

—Desembarcar en esta isla de lujo no tiene sentido, alguien podría verlos. El pueblo de más allá, menos; hay más gente. Ese islote en de la ría tampoco, no tiene construcciones donde esconderla. Los demás puntos están demasiado lejos para un viaje

tan rápido, como decía ese correo. Así que nos queda este punto intermedio. —Levantó la vista y señaló un conjunto de naves a un par de kilómetros, al otro lado.

Ethan ya rastreaba la zona con la vista de satélite en el móvil.

—Es un antiguo astillero, abandonado hace unos diez años.

—Puede ser un punto perfecto para que una lancha pase desapercibida —apuntó Tania—. Tienen un muelle viejo que algún pescador aún usará. Quizá dejaron a Casandra inconsciente dentro y la sacaron cuando anocheció.

Victoria guardó el teléfono en el bolso.

—¿Creéis que sigue en esa nave o que se la llevaron en coche a otro lugar?

—Si la lancha sigue allí, es posible que planeen usarla de nuevo y escapar por el mismo sitio. Es muy difícil seguirlos de noche por la ría —dijo Tania.

—Mi vista no alcanza a ver si está allí atracada, ¿vosotros veis algo?

Los chicos negaron.

—Entonces, lo mejor sería acercarnos a ver. Si la lancha sigue allí, puede que Casandra esté en ese astillero.

Ethan cogió su móvil.

—Si están nerviosos porque Xoán no les contacta, es posible que estén a punto de irse.

—Y tienen poco tiempo, la marea ya está bajando —apuntó Tania.

Cuando Victoria fue a pedirle a su nieto que buscara la mejor ruta para llegar sin llamar la atención, él ya navegaba entre mapas, rastreando opciones.

Capítulo 44

Silvia salió del cuarto donde Viktor había montado su nuevo punto de investigación, odiando esa sonrisa educada, casi paternal, que en realidad destilaba desprecio hacia ella. Para él, la misión, el dinero, incluso ella, quedaban ya en un segundo plano. Lo único que lo obsesionaba era la mente de Ethan, su brillo oscuro, su potencial como experimento.

La chica se detuvo en mitad de la escalera y respiró hondo. No iba a permitir dudas ni volver a depender de un hombre que la usaba como una pieza más en su tablero.

No. Ella impondría las reglas y lo haría con contundencia.

La decisión nació así, de golpe, como un latido seco.

Sabía que estaba acorralada. El FBI la tenía en sus listas. Su nombre circulaba en los informes rojos de la Interpol. No había futuro salvo uno: ganar o convertirse en una fugitiva sin forma legal de sobrevivir. Y si debía ser lo segundo, haría temblar a los Hudson.

Sacó el móvil, abrió la aplicación y desplegó la foto que había preparado. Casandra, medio inconsciente, apoyada contra un sofá sucio, el rostro sudoroso y la piel gris. Su mano derecha, envuelta en un vendaje tosco, manchado de sangre fresca por el dedo amputado con torpeza. Junto a su sien, una pistola, colocada como si fuera a disparar por sí sola.

La imagen era obscena. Brutal. Justo lo que buscaba.

La envió encriptada al número de Victoria. Se borraría a los pocos segundos de ser vista. Quería que no quedara prueba, que el impacto fuera directo, demoledor.

Luego escribió el ultimátum:

"A medianoche quiero el justificante de la transferencia completa. Ni un centavo menos. Si no, la mato. Se acabaron los tratos justos. Ya no importa quién pierda o quién gane."

Pulsó enviar. La suerte estaba echada y Viktor tenía las horas contadas.

Mientras Silvia sonreía, el teléfono de Victoria vibró en el bolso. Lo sacó en silencio, abrió el mensaje y visualizó la foto durante unos segundos. El golpe de realidad le sacudió el estómago, pero su rostro permaneció pétreo.

—Ethan, cuando puedas para el coche.

El chico tomó la siguiente salida y cogió el teléfono de su abuela.

—Mierda —susurró—. ¿Envió una foto? —Victoria asintió, mirándolo a través del espejo retrovisor.

—Era una foto borrosa de tu madre, en un sofá.

—¿Y está bien?

—Sí, estaba despierta y con buen aspecto... tal cual es ella —mintió.

Ethan clavó la vista de nuevo en el mensaje y Victoria respiró despacio. Había aprendido a hacerlo en los funerales, hospitales, en esos instantes donde perder el control significaba perderlo todo.

—Todavía tenemos tiempo.

El chico se dio la vuelta hacia ella.

—Tenemos que encontrarlos y acabar con ellos.

Tania lo miró alejándose de Ethan de manera casi imperceptible.

—¿Crees que Silvia sería capaz de hacerlo?

—No va a hacer nada. Antes los mataré a todos —dijo el chico.

Victoria reconoció en sus ojos ese brillo peligroso ante el ultimátum. Dinero o sangre. Pero aún quedaban unas horas para encontrar un tercer camino.

Capítulo 45

Las distancias en la ría tenían su trampa. Desde la orilla, los pueblos parecían tan próximos que bastaba una barca para unirlos en minutos, pero por carretera era distinto. El trazado obligaba a serpentear entre bosques y descender una y otra vez hacia el mar. Lo que parecía un trayecto breve se convertía en más de una hora de curvas, con el mar siempre al lado, recordando que lo cercano podía ser inalcanzable.

Esa maraña de cruces, pistas y caminos sin asfaltar jugó a su favor para acercarse sin ser vistos al viejo astillero. Las instalaciones se alzaban en una zona descampada, separadas del mar por una explanada de tierra, y la parte trasera lindaba con una arboleda espesa de pinos y eucaliptos. Desde allí solo tuvieron que asomar la cabeza sobre el muro de bloques y comprobar que, en el muelle, descansaba una Bayliner VR4.

La embarcación, de líneas deportivas y casco blanco con franjas oscuras, tenía espacio para unos cinco tripulantes. Los asientos de vinilo claro contrastaban con el entorno ruinoso, y el parabrisas bajo le daba un aire veloz incluso amarrada. Una lancha pensada para moverse rápido y demasiado cuidada para pasar inadvertida en aquel lugar abandonado.

Ethan, atento a las inmediaciones, no le quitaba ojo.

—Deberíamos esperar a que anoheciera para entrar.

—Yo no pienso avanzar un palmo más. Lo siento, pero mi ayuda llega hasta aquí.

—Eso fue lo acordado, hija. Pero podrías ayudarnos con algo que no te ponga en peligro.

La abogada se agachó entre la maleza.

—Cuando estemos dentro, necesitamos que desamarres la embarcación. ¿Podrás hacerlo?

Tania se incorporó y evaluó el riesgo.

—Supongo que de noche podría hacerlo.

—Bien, nos quedaremos vigilando lo que queda de día. Ahora, ida por las mochilas.

Ethan buscó la mirada de su abuela. No quería quedarse a solas con Tania. Había demasiadas cuentas pendientes, demasiadas palabras que podían estallar. Pero Victoria le sostuvo la mirada con una intensidad desconocida, una que él comprendió al instante y que le provocó un cosquilleo que lo envalentonó.

Ya no era el mismo. No podía serlo. Había disparado a quemarropa a un exagente de la Guardia Civil y dejado su cadáver abandonado en un furgón perdido en un monte. No sentía resquemor ni remordimiento. Después de eso, cualquier incomodidad era un detalle menor, algo que tragaría sin esfuerzo.

Regresaron por el mismo sendero que habían abierto aplastando la maleza y pronto llegaron al coche, aparcado en una pista de tierra entre eucaliptos. Tania se quedó quieta, mirando el vehículo como si quisiera fundirse con él. Ethan, sin mirarla, abrió el portón del maletero.

—Hay que sacar las mochilas.

Tania se acercó y lo observó manipular las cremalleras. El mismo chico que hasta hacía unos días creía vulnerable ahora se movía con la calma metódica de quien ha cruzado un umbral, y esa transformación la asustaba y, al mismo tiempo, la atraía.

—Ethan...

Él no levantó la vista. Colocó una mochila al hombro y esperó a que ella tomara la otra.

—Mira, sé que no lo hice todo bien. Que te hablé como no merecías. Tal vez estaba nerviosa, o...

Ethan la miró sin ira ni rencor. Pero sus ojos transmitían algo peor. Eran fríos, como si su comentario ni siquiera rozara la superficie de lo que le importaba.

—Lo que dijiste ya no significa nada.

Tania intentó una sonrisa frágil, como quien ofrece una tregua.

—Claro que significa. Ahora somos un equipo, ¿no? Y los equipos se rompen si...

—Los equipos se rompen cuando uno de los dos no hace lo que debe. Y tú has cobrado un pastizal por hacerlo.

Ella sintió la urgencia de insistir, de ablandarlo. Pero él ya estaba en otra parte. Una certeza en su interior le impedía retroceder.

—Maté a un hombre —dijo, de pronto, con voz plana y sin dramatismo.

—Lo sé...

—Lo maté mirándolo a los ojos. Y no me pesa. —Se ajustó la correa de la mochila y bajó la vista—. Al contrario. Siento... que podría volver a hacerlo. Quizá necesito volver a hacerlo.

Tania dio un paso atrás, como si esas palabras tuvieran cuerpo y la empujaran. Quiso responder, pero no encontró nada que decir.

Ethan cerró el maletero con un golpe seco.

—No esperes nada más de mí. Lo que hicimos juntos ya murió. —Cargó con otra mochila y alzó la vista hacia la línea oscura de la nave, más allá del bosque—. Y ahora, si quieres seguir, tendrás que aceptarlo.

Tania lo siguió con la garganta seca y la certeza de que aquel chico al que intentaba apelar había desaparecido. Lo que quedaba caminaba delante de ella con paso firme, cargando un peso invisible que ya no le hacía daño y que, al contrario, parecía darle fuerza.

Capítulo 46

La pantalla del portátil proyectaba destellos en la penumbra. Viktor, inmóvil en su silla, repasaba por enésima vez las imágenes de las cámaras. Xoán y Ethan entrando en la nave con movimientos cautelosos, deleitándose con la tensión que crecía a cada paso. Retrocedía, pausaba, ampliaba. Para él, cada gesto era un dato y cada silencio, una variable.

La puerta se abrió de golpe y Silvia irrumpió sobre sus tacones en el suelo enmoquetado. Vestía de negro y respiraba ansiosa. Desde el pasillo entró un aire fresco que contrastaba con el encierro de aquel despacho.

—No responde a mis correos. Xoán ha desaparecido. Y las cámaras de la casa de Combarro... nada. No han vuelto por allí.

Viktor pausó el vídeo sin apartar los ojos de la pantalla. La imagen congelada mostraba a Ethan dentro de la nave, de medio perfil, el cuerpo inclinado hacia delante como un animal alerta.

—Necesito que me pases esos archivos escaneados de los apuntes del chaval, los que usaste cuando estabais en el instituto, los mismos que empleaste para escribir la nota.

—¿Para qué?

—Analizaré los rasgos de su escritura para determinar su personalidad, su impulsividad, el control de sus emociones, su disciplina...

—¿Es que no me has escuchado? Xoán ha desaparecido.

El hombre abrió los ojos con cierto asombro, como si al fin conectara con la conversación.

—Entonces el proyecto ya no es seguro —murmuró, incorporándose despacio.

—¿De qué hablas?

Él se giró hacia ella con calma.

—Tú me prometiste que mi papel sería limpio. Observación, análisis, nada que comprometiera mi nombre. Pero aquí estamos, con un socio desaparecido y una prisionera sedada a la que no podemos mover a plena luz del día. ¿Sabes lo que eso significa para alguien con mi reputación? —dijo un golpecito en el cuaderno abierto sobre la mesa—. Que todo mi prestigio puede arruinarse.

Silvia se acercó furiosa.

—¿Qué prestigio? Nuestro trato era claro.

Viktor levantó una mano.

—Tu juego era el dinero. El mío, la psique. Y créeme —señaló con la barbilla la imagen congelada de Ethan—, él es mucho más interesante que tú.

Silvia se detuvo y lo miró.

—No me vengas con esas ahora, viejo tarado. Aceptaste este trabajo porque te vas a llevar un buen pellizco.

El hombre se quedó paralizado, bajando el rostro ligeramente pero sin dejar de mirarla. Silvia se acercó.

—Sí, eres un viejo tarado. Yo te saqué de tu asqueroso mundo. Profesor universitario jubilado... ¿quién se acuerda de ti y de tu estúpida tesis? Seguro que tus alumnos sintieron alivio y mearon sobre tu foto cuando te fuiste de la facultad.

Viktor le sostuvo la mirada unos segundos más y luego, a la vista de Silvia, abrió otra libreta llena de notas y diagramas. Tachó con un gesto seco el nombre de Xoán y, debajo, escribió otro con trazo firme: Ethan Hudson, subrayándolo dos veces. Después añadió una nota breve.

"Impulsividad bajo control – sujeto apto para reinicio."

Silvia observó la escena sin decir nada. En ese gesto comprendió que algo se había desplazado de forma irreversible. Viktor ya no trabajaba para nadie. Había encontrado un nuevo centro de gravedad y no era el de ella.

El hombre dejó el bolígrafo sobre la mesa y se sentó con parsimonia sin quitarle ojo a la pantalla donde Ethan permanecía

congelado, con el rostro firme y los ojos cargados de una tensión muda.

—Es un depredador en ciernes —susurró adrede, con una media sonrisa.

Silvia se fue dando un portazo.

Viktor miró al techo.

«Te haré pagar por tus ofensas, niñata».

Capítulo 47

El muro del astillero les daba cobertura y les robaba el sol de media mañana. La marea bajaba y estaba a punto de vaciar la ensenada, haciendo que la embarcación quedara apoyada sobre el fango. La verja principal estaba cerrada con una cadena nueva y en la nave se veía una grieta entre los bloques de hormigón. Sus cristaleras altas e inalcanzables estaban rotas, y en la planta superior, las persianas medio bajadas. Por la estructura y la posición de estas, un despacho en la esquina dominaba el muelle. En un lateral del recinto, una puerta con un ventanuco cegado por una tabla húmeda, hinchada por años de salitre, podría ser su punto débil.

Victoria apoyó la espalda en la pared y respiró. Tenía el cuerpo sucio y la ropa pegada a la piel. Levantó la barbilla y comprobó de nuevo los accesos, los ritmos del viento, el rumor del agua. Tenían tiempo. También hambre. Y prisa.

—Observamos hasta las dos —dijo, sin levantar la voz—. Luego rotamos posiciones y hacemos dos aproximaciones cortas. Nada de heroicidades ni carreras. Quiero una salida clara antes de entrar.

—Yo no pienso moverme de aquí, ya lo sabéis.

—Lo sabemos, hija. Tú solo ayúdanos en lo que te pedimos.

—¿Para qué aproximaros si no es seguro hasta la noche?

—Si esos cabrones aprovechan la marea alta y se van, quiero estar cerca para verlos. Tal vez para algo más.

Ethan no decía nada, con la mirada fija. Victoria le tendió una botella de agua y él la tomó, dedicándole una fugaz mirada sin afecto ni reproche.

Después de más de una hora, sin nadie en el portón ni coches por la pista de acceso, solo gaviotas y el sonido de la Bayliner

rozando contra el metal viejo del muelle, decidieron acercarse.

—Primera aproximación —ordenó. Señaló con el mentón la esquina donde el muro moría en un terraplén de maleza.

Bajaron agachados por el interior de la tapia hasta ganar ángulo sobre la puerta lateral. Tania se quedó escondida. Ethan adelantó medio cuerpo, esperó la mano de su abuela pero Victoria levantó sus dos dedos para detener el avance.

Escucharon un golpe hueco en la nave. Tal vez una chapa suelta agitada por la brisa. Esperaron unos minutos.

Nada.

Siguieron.

A tres metros de la puerta lateral, el suelo crujió. No era madera ni grava, sino cáscaras de berberecho atrapadas en la maleza. Ethan no se inmutó, pero Victoria le marcó la retirada con un gesto.

Volvieron tras el muro sin hablar.

—Ese lado no sirve para aproximarse —dijo Victoria, desbloqueando su teléfono y accionando una aplicación de meteorología—. Este silencio avisa con cada paso. Volveremos por la tarde, al subir la marea el viento soplará más fuerte del norte y lo cubrirá.

Ethan levantó la vista hacia el ventanuco de la puerta lateral. La tabla hinchada ofrecía posibilidades. No había cristal detrás y el marco conservaba clavos oxidados.

—La entrada es esa, no hay duda, abuela.

—Podremos entrar si hay salida. No quiero encerrarme sin conocer otras posibilidades de acceso o retorno.

Volvieron a su escondite y se sentaron entre los matojos que ya habían aplastado con el peso de merodear durante unas horas tras el muro. El cuerpo de Victoria pedía descanso, pero su razonamiento la empujaba con decisión. Se obligó a trazar mentalmente la planta que intuía por los huecos de las ventanas. El despacho en la esquina, la escalera lateral, el posible cuarto de herramientas junto a la puerta.

El mediodía pasó y comenzó a levantarse un viento frío, aunque el resguardo del muro conservó el calor.

El cansancio hizo mella en Tania. Le dolían las piernas, la nuca y, de vez en cuando, cerraba los ojos un segundo de más. Se le aflojaban los hombros, pero Victoria le daba suaves toques de atención sin gesto de consuelo.

Ethan, al contrario, iba a más. Sus movimientos ganaban precisión. Afinaba su mirada a medida que se acercaba la hora de moverse. No mostraba ansiedad, sino paciencia.

Victoria lo observó sin decir nada. Recordó aquel brillo en los ojos. Lo había visto en los de su marido cuando llegaban un nombre y una dirección sellados en papel. También lo había sentido en ella. Una energía limpia y peligrosa, promesa de eficacia que exigía sangre. Se le revolvió algo en el pecho. No quería ese legado para Ethan.

A primera hora de la tarde hicieron la segunda aproximación, esta vez por la parte trasera, junto a unas nasas de metal oxidado y un montón de redes viejas. La idea era medir la consistencia de un bloque agrietado que daba al interior. Avanzaron pegados a la pared, conteniendo la respiración cuando el viento moría. El viejo techo de uralita se quejó, un chirrido breve. La grieta era estrecha y aún aguantaba. No servía. Retroceso.

—El ventanuco de la puerta es la única opción —dijo Victoria—. Si partimos la tabla sin hacer ruido, entraremos. Es cuestión de paciencia.

—Y de fuerza.

—No, de control.

La luz de la tarde se movía lenta, mientras permanecían atentos a cualquier movimiento del interior y dispuestos a salir si era necesario. Con las horas, las sombras de la nave avanzaron sobre el monte y el aire del norte trajo olor a gasoil viejo. En la costa de enfrente, el sonido de un tractor se oyó alejarse. Por allí, nadie pasaría en todo el día.

El mundo parecía detenerse, pero el cuerpo de Tania temblaba por dentro. Se rascaba los antebrazos, pero no lloraba.

Victoria moduló el tono cuando le habló:

—Cada diez minutos, tres inspiraciones largas. Quiero tu cabeza fría. Solo eso.

—Estoy lista—respondió.

Ethan desarmó y volvió a armar su linterna pequeña. Ajustó la correa de la mochila. Contó pasos en silencio desde el muro a la puerta lateral. Repartió cinta americana, guantes, bridas y un destornillador.

—Nada de disparos —dijo Victoria, sin mirarlo—. Salvo amenaza directa e inmediata.

Ethan asintió sin decir nada.

Victoria miró y no vio rastro del chico que, unas semanas antes, buscaba soluciones imposibles con tal de no matar.

El sol bajó al ritmo de las aguas que ya avanzaban y se ocultó entre los árboles del otro lado de la ría. La brisa volvió y sopló fuerte, como si fuera una señal.

Y en el ocaso, sin más tiempo que perder y a pesar del sonido de sus pisadas, se agacharon y avanzaron pegados al muro hasta la puerta lateral. La tabla del ventanuco estaba blanda en la parte inferior. La humedad había hecho que los bordes escupieran astilla oscura.

—Yo —susurró, Ethan.

—No. Tú la empujas. Yo la saco.

Victoria puso la mano en el borde y metió el destornillador envuelto en una tira de tela para amortiguar. Ethan apoyó el cuerpo en el marco para silenciar los crujidos, atento a cualquier ruido del interior. Pero el viento le impedía oír, así que se centró en la maniobra de su abuela.

Le asombraba cómo aquellos dos únicos dedos habían adquirido en pocos años tanta fuerza y destreza, y supuso que su madre también se adaptaría a vivir sin el dedo que ahora era alimento para los peces de la ría.

Victoria trabajaba con prudencia y la madera se fue separando de los clavos con un gemido ahogado. Confiando en que nadie estaría al otro lado, metió los brazos para arrancar la pieza, ya doblada, y la apoyó con cuidado en el suelo.

Se agachó y, con la última claridad del día, distinguió los primeros peldaños de una escalera a su izquierda. Al fondo, una puerta entreabierta daba a un cuarto oscuro. Hizo la señal a su nieto

para que metiera el móvil y grabara, asegurándose de que no había nadie cerca.

Después de eso, Ethan entró primero. Se deslizó por el hueco a ras de suelo y se incorporó en pocos segundos.

Victoria lo siguió con dificultad y, ayudada por su nieto desde el otro lado, logró pasar sin hacer ruido. Al incorporarse, comprendió con claridad que, si su hija estaba allí, no saldrían sin matar a quien se cruzara en su camino.

Dentro olía a polvo rancio y humedad. La estancia estaba desierta, salvo por un cubo oxidado y una estantería sin baldas. Al fondo, otra puerta comunicaba con el espacio principal del astillero, donde aún pendía del techo una grúa antigua. La disposición le evocó a Ethan el asalto de la noche anterior en la fábrica abandonada.

La subida de las escaleras estaba en penumbra, con una estrecha franja de luz que se colaba por los agujeros de una persiana mal cerrada en la planta superior.

Victoria hizo la señal para subir tal y como le había explicado. A la entrada de aire, tres pasos. Después, agacharse en silencio.

Hicieron la primera prueba. Tres pasos y dejaron que el aire se calmara. Ethan respiraba a su lado como un metrónomo sereno.

La segunda prueba los dejó a mitad de la subida. Desde allí vieron, a la vuelta de la escalera, la puerta de acceso con el cristal astillado. Victoria pensó en Casandra sentada en una silla, aturdida. El cuerpo pidió avanzar, pero la cabeza ordenó esperar.

Al tercer soplido se plantaron arriba, asomándose con cuidado a lo que había más allá de la puerta de cristal.

Un pasillo que aún conservaba cuadros descoloridos de una vista aérea de la zona en los tiempos de esplendor del astillero, y una puerta de madera al final, con un cartel:

«PRIVADO».

Dieron un paso atrás y Ethan la miró, esperando una señal. Victoria le sostuvo la mirada. No iba a regalarle una rendija de duda. Si dudaba, él mandaría. Si él mandaba, el final sería otro.

Le hizo una señal para que aguardara y el chico encorvó más su postura. Seguía tranquilo y sereno, era una máquina que sabía su

función.

Entonces, pensó:

«Ethan podría no necesitarme, nunca más».

Ese pensamiento le arañó el cerebro. No era temor por lo que el chico ya había hecho.

Era temor por lo que haría si lo dejara solo.

Por la facilidad con la que su nieto estaba abrazando esa zona donde matar se convierte en una herramienta.

Aguardaron unos minutos a que la noche se cerrara un punto más y después le tocó el brazo, marcándole el siguiente movimiento.

Entrarían. Con cuidado y con un peligro que no podían calibrar.

Victoria tragó saliva y se prometió dos cosas. Rescatar a su hija y no perder a su nieto.

Para la primera tenía un plan.

Para la segunda, no.

Capítulo 48

Ethan accionó el pomo de la puerta metálica que daba acceso al pasillo con un crujido ligero. El aire estaba cargado de polvo y cada pisada se amortiguaba en una capa fina de tierra que marcaba el trayecto de huellas recientes hacia la puerta del fondo.

Victoria levantó la mano para detener a Ethan y observó las huellas con la luz tenue de su linterna.

Después, con apenas un roce de dedos en el aire, avanzaron despacio pegados a la pared, con la linterna apagada y orientándose gracias a la mínima penumbra.

El letrero metálico del fondo, con la palabra «PRIVADO» grabada en letras desgastadas, los esperaba. Victoria notó cómo Ethan adelantaba medio paso y lo retuvo con una mirada. Ella todavía mandaba, y él lo sabía.

El silencio entre ellos era un idioma propio, forjado a base de peligro compartido.

A medida que avanzaban, la penumbra se espesaba a cada paso y, cuando llegaron a la puerta, Victoria miró a su nieto, bajó la cabeza, y extendió la mano herida de otros tiempos y sujetó el pomo. Ethan apuntó con el cañón del revólver justo al lado, cubriéndola en silencio.

Ella giró el pomo con lentitud, tensando los segundos como cuerdas de acero. Sin ruido, solo la vibración del metal cediendo, abrió la puerta lo justo para ver oscuridad al otro lado.

Se miraron una vez y Victoria asintió.

Irrumpieron de golpe con las linternas encendidas en la boca, con las pistolas firmes. La luz cortaba la oscuridad como cuchilladas. Enfocaron a la derecha, luego a la izquierda, girando en círculos, respirando agitados.

El despacho apareció en toda su decadencia, alumbrado por las ráfagas de luz. Viejo, detenido en los ochenta con muebles de caoba, archivadores metálicos, moqueta sucia y roída, y un sofá mugriento. El polvo flotaba en el aire como si alguien lo hubiera agitado.

Victoria bajó la pistola lo justo para alumbrar de manera más pausada y asegurarse de que no había nadie.

En ese momento, su móvil vibró en el bolsillo. Lo cogió y la luz azul de la pantalla iluminó su rostro. Ethan se acercó manteniendo el arma en alto.

Un número desconocido y un breve mensaje:

"Silvia ya no manda. Desde ahora."

El silencio se quebró con violencia. Desde los altavoces ocultos brotó la Séptima sinfonía de Shostakóvich.

Atronadora, imposible de esquivar.

El aire vibró con cada golpe de orquesta, la música les aplastaba los tímpanos.

Victoria alzó la mirada justo a tiempo para ver cómo un panel de madera se abría en la pared. Una puerta oculta. De la negrura emergió un bulto enorme, una silueta humana que se lanzó a correr tras ellos, demoledor, como un animal desatado.

El sobresalto fue brutal. Las linternas rodaron por el suelo, iluminando fugazmente unas piernas.

El eco de la sinfonía seguía retumbando cuando la figura desapareció en el pasillo a sus espaldas.

Victoria levantó de nuevo el arma. Ethan respiraba por la boca con los ojos fijos en la oscuridad.

Aquel bulto ahora se alejaba, golpeando las escaleras al bajar.

Capítulo 49

El estruendo de Shostakóvich rebotaba en sus cabezas cuando se dejaron caer contra la pared, jadeando. La música ensordecedora los aturdí, incapaces de distinguir un paso real de otro imaginado. Victoria, con un gesto, señaló a Ethan para que cubriera las dos salidas, la puerta oculta y el pasillo por el que había huido aquel bulto. Ella se encargaría del resto.

El chico se desplazó a ras de suelo con la linterna apagada y se situó en un punto intermedio, atento a cualquier sombra que se acercara en medio de aquel caos.

Victoria avanzó en dirección opuesta, agachada y barriendo con el haz de luz todas las esquinas de la habitación. No tardó en localizar los baffles. Dos altavoces negros escondidos tras los cortinones, polvorientos, plantados en el suelo como guardianes. No se permitió un segundo más para el análisis y arrancó los cables con un tirón.

El silencio llegó de golpe, pesado, tan violento como la música.

Permanecieron inmóviles, escuchando. Victoria apagó la linterna y la oscuridad los envolvió por completo.

Después de unos segundos escucharon el viento colarse entre las viejas uralitas del tejado, como un presagio.

El que había huido no tenía salida fácil. Tania debía de haber liberado la embarcación hacía rato, y por tierra solo quedaba internarse en los montes.

Ethan gateó hasta la posición de su abuela, extendiendo el brazo para dar con ella. Victoria, en un susurro apenas perceptible, dejó escapar la sospecha que les rondaba.

—Era Silvia.

—Sí.

Dejaron pasar unos minutos para recuperar el aliento y permitir que la vista volviera a acostumbrarse a la oscuridad. Tras la puerta oculta se filtraba una claridad tenue, semejante a la del pasillo por el que habían entrado, lo que revelaba que esa parte también daba al interior de la nave.

El tiempo apremiaba y Victoria levantó la pistola en dirección a la puerta recién abierta. Al otro lado, un pasillo estrecho que olía a encierro con cristalerías cuyas vistas daban al interior del astillero. Al fondo, dos puertas.

Se movieron rápido, con la sincronía de dos depredadores que habían aprendido a cazar juntos. Ethan giró el pomo al tiempo que golpeaba la puerta con el hombro y su abuela iluminaba con la linterna. Era un cuarto desnudo, con una mesa contra la pared y viejas herramientas desperdigadas por el suelo. Nada más.

Sin perder más tiempo, salieron y avanzaron hasta la segunda.

Por la longitud de la nave, sabían que ese sería el último hueco, el lugar donde Casandra podía estar oculta.

Victoria decidió que ahora era cosa de ella y probó a abrir el pomo, pero este no cedió.

Golpeó con el hombro y el sonido metálico retumbó por toda la nave, amplificando su impotencia. Nada.

Ethan dio un paso al frente. Su respiración se volvió áspera, los músculos tensos. Dos patadas brutales sacudieron la madera vieja. La tercera desencajó la puerta de las bisagras y cayó con un estruendo que hizo vibrar el suelo.

Dentro, el aire estaba cargado.

Casandra estaba atada a una silla en el centro, la cabeza caída hacia un lado y la boca tapada con cinta americana. Y justo detrás, sentado con calma, Viktor Balmadé con el bastón de metal sobre el regazo, la mano firme sobre él, mientras con la otra apuntaba con una pistola directamente a la nuca de Casandra.

Sus ojos fríos, casi divertidos, se alzaron hacia ellos.

—Qué oportuno —dijo, con voz grave y pausada—. Ya casi empezaba a aburrirme.

Capítulo 50

Ethan apenas la reconocía. Su madre estaba encogida sobre sí misma, la piel macilenta, el cabello apelmazado por el sudor. Había perdido toda la energía, reducida a un cuerpo frágil que apenas respiraba. Medio inconsciente, alzó la vista un instante hacia el haz de las linternas que la cegó y la dejó inmóvil, como si su propio cuerpo hubiera decidido reservar la escasa fuerza que le quedaba.

Detrás de ella, Viktor Balmadé asomaba sentado, como un sereno espectador en su propio teatro, apuntando a la nuca de Casandra.

—Qué entrada tan poco elegante. Aunque, admito, esperaba algo así de ti, Ethan.

Victoria levantó el arma sin dudar, apuntándole directamente.

—¡Suéltala!

—Si dispara, señora Hudson, yo también lo haré. La diferencia es que mi bala ya está a un suspiro de su hija.

Victoria calibró su propia rabia. Sabía manejar ese tipo de situaciones. Era buena jugando al límite, pero esta vez, no estaba sola en el uno contra uno y la presencia de su nieto le restaba claridad.

Ethan no apartaba la vista del bastón ni del arma, como un animal acorralado a punto de saltar.

Viktor ajustó la pistola contra la nuca de la mujer y, con la mano libre, les indicó que retrocedieran.

—Un paso atrás —ordenó, sin necesidad de alzar la voz.

Victoria lo obedeció de inmediato, arrastrando a Ethan del brazo.

El psiquiatra sonrió. Le gustaba comprobar quién entendía el juego. Ahora, protegido tras el cuerpo de Casandra, se acomodó mejor, usándola como escudo.

—No se trata de dinero, ni de Silvia, ni siquiera de ustedes. Se trata de él. —Señaló con un leve movimiento de la barbilla hacia Ethan—. He visto cómo vibra. El ansia en su mirada cuando vio el dedo de su madre girar en el tocadiscos. Esa energía desatada. No lo niegues, chico. Matar está en tu naturaleza.

Ethan respiraba rápido con el dedo firme en el gatillo.

—¡Cállate!

—¿Callarme? —repitió Viktor con una sonrisa helada—. Tú quieres lo contrario. Quieres escuchar lo que nadie se atreve a decirte. Que no eres como los demás. Que eres especial. Que lo que te mueve no es salvar a tu madre, sino probar hasta dónde puedes llegar. Y créeme... aún no has empezado.

Victoria dio un paso, pero Viktor presionó el revólver contra la nuca de Casandra y ella se detuvo en seco.

—Ni un movimiento más —advirtió—. Un solo error y aquí termina la historia.

El pulso de Ethan era un tambor en sus sienes. Cada palabra del psiquiatra se le clavaba bajo la piel como un aguijón.

—Vamos, muchacho —susurró Viktor—. Mírame a los ojos y dime que no lo deseas. Que no sientes esa electricidad en los dedos, ese cosquilleo que te grita que dispires.

Victoria miró de reojo a su nieto.

—No lo escuches, Ethan.

Viktor ni siquiera la miró. Sus ojos estaban clavados en el muchacho.

—Tu abuela habla demasiado. La disciplina, el orden, la rutina... ¿no te cansa, Ethan?

El muchacho no respondió, solo apuntaba hacia la sombra del hombre, detrás del cuerpo de su madre.

—He observado tu rabia —continuó Viktor, bajando apenas la voz—. Esa fuerza bruta con la que has arrancado esa puerta... no fue por tu madre. Fue por ti. Por la necesidad de dejar de contenerte. ¿Te das cuenta?

Victoria dio un paso al frente con la pistola firme.

—No lo escuches. Es un juego sucio.

Viktor, escondido tras la silueta de Casandra, alzó apenas el revólver presionándole la nuca.

—No es un juego —replicó sin quitar los ojos del muchacho—. Es ciencia. Tú, Ethan, eres fascinante. La mayoría se doblega, pero tú... tú disfrutas el filo del abismo.

Para Ethan, aquella voz tenía algo que lo atraía tanto como lo repelía.

—¿Qué quieres?

Viktor esbozó una sonrisa ligera, como si ya hubiera ganado.

—Quiero que elijas. Dispara. A mí... o a ella. ¿Estás dispuesto a matar para ser libre de verdad?

Victoria sintió que la sangre se le helaba. Dio un paso más, pero Viktor levantó el bastón hacia ella, como un director de orquesta pidiendo silencio.

—Shhh... No es contigo, mujer. Esto es entre hombres.

Ethan apretó la mandíbula y notó el sudor de sus manos en la empuñadura de la pistola.

—No lo hagas —ordenó Victoria.

Viktor inclinó la cabeza hacia el muchacho, los ojos brillaban detrás de las gafas.

—Tienes la furia, Ethan. Lo sentí en cada paso por ese pasillo. No rescatas a tu madre porque la ames, sino porque es la excusa perfecta para desatarte. La familia no debe retenerte, muchacho.

El dedo de Ethan rozó el gatillo.

Viktor lo notó. Y sonrió.

—Eso es. No pienses. Dispara.

Victoria se giró hacia él.

—Ethan, mírame. ¡Mírame a mí, no a él!

Pero el muchacho no apartó los ojos del psiquiatra. Había algo hipnótico en aquella voz, en aquella calma cruel.

El revólver de Viktor apuntaba a la nuca de Casandra. Bastaba un milímetro de presión para acabar con todo.

—Vamos, chico —susurró Viktor—. Demuéstrame que no eres un peón más en este tablero.

Y entonces, en medio de aquella asfixia, su madre abrió los ojos.

Capítulo 51

1

Casandra recobró la conciencia lo justo para distinguir el parpadeo de las linternas. El metal helado del cañón se clavaba en su nuca y las muñecas le ardían contra las ataduras. Giró apenas la cabeza y la vio. Victoria la observaba en silencio, como lo había hecho toda su vida, aguardando algo decisivo de ella.

En ese instante, Casandra lo comprendió y, con una mirada de esperanza hacia su madre, actuó.

Con una brusquedad que nadie esperaba, apartó el torso hacia un lado, dejando libre el ángulo de visión.

Victoria no dudó. Su dedo apretó el gatillo. El disparo reventó el aire con un estruendo seco. Viktor se arqueó, sorprendido, y cayó hacia atrás. El revólver se le escapó de la mano y golpeó el suelo.

Ethan reaccionó antes de que nadie pudiera detenerlo. Corrió hacia el cuerpo, soltando la rabia contenida en ráfagas. Disparó una, dos, tres veces más. El pecho de Viktor se sacudía bajo los impactos. El suelo se tiñó de sangre, pero el muchacho no paró. Siguió disparando con los dientes apretados y los ojos ardiendo de furia.

—¡Basta, Ethan! —Victoria lo agarró del hombro y lo sacudió con fuerza—. ¡Ya está muerto! ¿Lo entiendes? ¡Muerto!

El muchacho respiraba agitado, con el revólver humeante en las manos. En sus ojos, Victoria vio a alguien que había probado una droga y descubierto que le gustaba. Lo obligó a soltar el arma.

—Vigila la salida, yo desataré a tu madre.

Victoria sacó una navaja del bolsillo y cortó las bridas. Casandra se desplomó contra su pecho. Madre e hija se abrazaron con fuerza, temblando, sin importar la sangre ni el polvo que ensuciaba la venda

de su mano derecha. Ethan se acercó después, sin palabras, y los tres quedaron unidos en un nudo feroz y frágil al mismo tiempo.

Lo habían logrado. Casandra estaba viva.

Pero afuera, en la noche, Silvia podría estar esperándolos. En cualquier rincón, detrás de cualquier sombra, con la paciencia de un depredador.

La noche no había terminado.

2

Casandra, al borde del colapso, contenía la respiración entre sollozos.

—Tranquila, hija, tranquila —murmuró Victoria, abrazándola con más fuerza.

Ethan recogió el arma del suelo. A un lado, el cuerpo de Viktor yacía grotesco, ensangrentado, con los ojos aún abiertos en un gesto congelado de sorpresa. El muchacho lo observó un instante más, saboreando el eco de su propia furia. Solo la voz de su abuela lo devolvió a la realidad.

—Tenemos que salir de aquí. Ya.

El pasillo por el que habían irrumpido estaba oscuro. Casandra había calmado la respiración y avanzaban despacio. Ethan sostenía el peso de su madre, que apenas podía caminar, mientras Victoria los cubría con el arma en alto.

Después de superar el otro despacho, la puerta por la que se habían abierto paso los esperaba al final de las escaleras. Pero cuando Victoria descendió y llegó a la mitad comprobó con la penumbra de la noche que la puerta estaba abierta. Entendió en ese instante que no necesitaban forzar nada. Silvia les abría el paso para que salieran sin dificultad. La idea le erizó la piel.

—¡Rápido!

El aire fresco de la noche los golpeó como una bofetada. Se asomaron despacio. Victoria, sabiendo que Ethan era el único capaz de hacer la transferencia de criptomonedas, le hizo una señal para que soltara a su madre y saliera primero.

Apenas dio unos pasos cuando la vio.

Silvia los esperaba de pie, al borde del embarcadero. Las luces de la isla de La Toja, al otro lado, recortaban su silueta delgada y firme. Apuntaba con su pistola a un cuerpo arrodillado, con las manos en la nuca y el rostro a punto de besar el suelo.

Tania sollozaba con el rostro descompuesto y aún no había soltado las amarras de la embarcación.

—Bienvenidos al aire libre —dijo Silvia—. Aquí acaba vuestro paseo heroico.

Victoria salió al exterior, con Casandra unos pasos detrás.

Silvia puso un pie encima del hombro de Tania, empujándola un poco más hacia adelante.

—El dinero. Lo quiero ahora. Si no, la mato aquí mismo.

Victoria hizo un gesto para que su hija se acercara y la sostuvo por la cintura con dificultad. Ethan alzó el revólver, pero Silvia sonrió, ladeando apenas la cabeza.

—No seas idiota, Ethan. No acertarás desde esa distancia, y ella morirá primero. Luego nos abatiremos en un duelo donde quizá alguno de vosotros no sobreviva esta noche.

Victoria sabía que Silvia estaba contra las cuerdas y que una persona en esa situación era capaz de cualquier cosa.

La negociación estaba a punto de comenzar.

Capítulo 52

Silvia mantenía a Tania de rodillas, las manos atadas y la pistola firme en la sien de la muchacha. Victoria y Ethan la apuntaban desde la penumbra. El error de Silvia era evidente. Estaba demasiado lejos, en plena oscuridad, y con un arma que no dominaba. Si disparaba contra ellos, difícilmente acertaría a la primera. Pero Tania, a centímetros del cañón, era su carta ganadora.

—Si no transferís el dinero aquí y ahora, la mato.

Victoria sujetaba la pistola con calma.

—No vas a disparar, Silvia. No eres así.

—¡No me conoces, vieja loca!

—Puedes hacerte la dura, pero sabes lo que pasaría después. ¿Cómo seguirías viviendo con algo así auestas? ¿Cómo mirarías a la cara a tus padres?

—A mis padres no los menciones. Todo esto lo hago por ellos.

—No, Silvia. Lo haces por ti.

Silvia sujetó el arma con las dos manos, apuntando a la abogada. Tania gimió entre sollozos.

—¡Hazlo, Ethan! ¡Por favor, ayúdame!

El chico la miró con frialdad.

—¡Necesito mi portátil! Las contraseñas están ahí. Nunca opero con el móvil.

Silvia negó con los ojos brillantes.

—No me engañes. Si sales de aquí a por tu portátil, no vuelves. La mataré, a vosotros también, y me iré en esa lancha.

Tania rompió a llorar.

—¡Ethan, por favor, hazlo! ¡Haz la transferencia!

Victoria percibió algo en ambas. Silvia respiraba con violencia, insegura, y Tania gritaba como un animal acorralado. Una debilidad

compartida.

Y decidió apostar fuerte.

—¡Escúchame, Silvia! No tienes que seguir huyendo como un perro. Querrás una vida mejor, sí te lo reconozco. En Blue Valley te arrebatamos más de lo que merecías. Pero matar a esa chica no va a arreglar nada. Podemos llegar a un acuerdo.

Silvia titubeó. Aprovechando el momento, Victoria giró la cabeza hacia Casandra, malherida, y ordenó en voz baja.

—Vete. Hacia el coche, tras aquellos árboles.

Casandra dio unos pasos cojeando, alejándose por la retaguardia con la mano vendada pegada al cuerpo.

Silvia se agitó.

—¡Quietos! ¡Un paso más y disparo!

Victoria no bajó el arma.

—Si disparas contra nosotros, los dos te devolveremos el fuego. Y no habrá compasión.

Tania empezó a suplicar, descompuesta.

—¡Por favor! ¡Haced lo que os pide!

Silvia la golpeó en un costado.

—¡Cállate!

Victoria miró a su nieto, que mantenía la postura, sujetando el arma con las dos manos, y ofreció una salida.

—Diez años de tranquilidad. Te damos lo suficiente para que vivas como siempre quisiste. Un acuerdo justo.

Silvia soltó una carcajada amarga.

—¿Diez años? ¿Eso es todo? El total eran más de veinticinco millones hace unos años. Ahora vale más del doble. ¡Os pedí la mitad del robo! ¿Recordáis?

—Sí, pero después lo quisiste todo.

—¿Veis cómo no sabéis quién soy? —Y volvió a empujar el cañón contra la sien de Tania—. ¿Os creéis que no mataré a esta niñata enamorada?

Ethan dio un paso al frente.

—Yo sí sé quién eres. Te recuerdo en el instituto, Silvia. Todos se reían de ti. De tus gestos, de esos chasquidos que hacías con la boca cuando te ponías nerviosa. Te quedabas sin aire y el único

consuelo era tu madre diciéndote que se te pasaría con los años. Pero yo era el único que te tranquilizaba, y sé que esa Silvia no mataría a nadie.

Las palabras la golpearon más que cualquier bala. De pronto, los viejos tics reaparecieron. Silvia aspiraba y soltaba aire de golpe, pequeños sonidos guturales escapaban de su boca y la pistola le temblaba en la mano.

Ethan avanzó medio paso más, apuntándola.

—No vas a disparar. Te conozco demasiado.

Tania estaba al borde de la histeria.

—¡Ethan, te lo suplico!

El muchacho susurró a su abuela sin apartar los ojos de Silvia.

—No va a hacerlo. Estoy seguro.

—No lo sé, Ethan...

—Tenemos dos caminos, abuela. Irnos y dejar a Tania, o abrir fuego y arriesgarnos a que muera. Y creo que, realmente, soy un asesino.

Victoria lo miró con dureza.

—¿Ya no te importa esa chica?

La miró a los ojos durante unos instantes.

—Primero la familia. Eso me lo enseñaste tú.

Victoria se tomó unos segundos, después asintió.

Los dos comenzaron a retroceder, sin bajar las armas. Silvia gritaba, fuera de sí. Tania chillaba, implorando. Pero ni Victoria ni Ethan cedieron. Paso a paso se alejaron, hasta fundirse en la oscuridad donde Casandra los esperaba, tambaleante.

Ethan cogió a su madre en brazos y corrieron todo lo que pudieron entre la maleza, hasta el coche, donde aún se oían los gritos de Silvia y Tania.

Se metieron en el coche y, antes de encender el motor, un disparo resonó en la ría.

Victoria y Ethan se miraron. En el asiento trasero, Casandra dormitaba, a punto de desmayarse, con la cabeza apoyada en el cristal.

—Vámonos de aquí, hijo.

El muchacho aceleró y las ruedas derraparon en la tierra. El coche se sacudió, escupiendo piedras, y se alejó carretera arriba en busca de un lugar seguro donde recomponerse.

Capítulo 53

Habían guardado su ropa y las pocas pertenencias en las maletas para no dejar rastro alguno. Ahora se disponían a quitar el vendaje de la mano herida de Casandra.

—Abuela, comprar todo eso ha sido muy peligroso.

—Hijo, ni nos han visto la cara ni nos han tomado datos. Una farmacia de guardia casi siempre es la mejor opción para estos casos.

Victoria quitó la venda con cuidado. Casandra recuperaba la consciencia por momentos y su dolor era visible.

Ethan retiró la mirada cuando la mano quedó completamente a la vista.

—Hay que coser. Prepara un vaso de agua para que se tome esas pastillas.

—¿Y no la vamos a sedar?

—La anestesia no se vende, pero se desmayará del dolor en cuanto le hurgue en el hueso. Tranquilo, no lo recordará.

El fluorescente de la cocina parpadeó, apenas perceptible, y Casandra tembló. Era la única casa con la luz encendida en todo el vecindario, pero ya no les importaba llamar la atención a esas alturas de la madrugada. Solo media hora más para escaparse lejos.

Afuera, la noche se había enfriado. El viento del norte susurraba en ráfagas que iban a más. Al otro lado de la carretera, unos metros antes del cruce de la casa alquilada, el vehículo de Viktor estacionó en el arcén y alguien apagó el motor. Una sombra se bajó y cruzó la carretera corriendo en dirección a la casa.

La figura se movió rápido por el camino de acceso y se agazapó detrás del Seat Ibiza. Sacó una pistola y comprobó que el cargador estuviera lleno.

La oscuridad favorecía su confianza y salió de su escondite, rodeando el coche en cuclillas hasta llegar a la rueda delantera. Echó la mano al bolsillo y abrió una pequeña navaja. Intentó clavarla con fuerza en la rueda, pero la hoja rebotó.

Cuando iba a dar el segundo intento, algo golpeó su cabeza, derribándola entre la gravilla. Recuperó la orientación tras unos segundos. Miró hacia todos lados y se encontró con una figura de pie, apuntándole con un rifle.

—Fora da miña casa, rapaza, se non queres que che voe a cabeza.

Se sacudió y unas gotas de sangre le mancharon la mano y la ropa. La pistola ya no estaba en su mano, había caído sobre la gravilla. La persona la pisaba, asegurándose de mantenerla lejos de su alcance. Con un dolor agudo, retrocedió gateando, pero la mujer la siguió de cerca. Sus pisadas crujían como si la fuera a engullir.

Silvia corrió por la carretera vacía hasta el coche, girándose cada poco tiempo, viendo cómo la apuntaban con una escopeta.

Encendió el motor e hizo un cambio de sentido para no acercarse más. El coche se alejó, acelerando, hasta perderse de vista. Entonces, la mujer bajó el rifle y se echó a andar bordeando el vallado, hasta entrar en la casa vecina y cerrar la puerta con llave.

Capítulo 54

Desde la ventana del hotel en Hendaya, Casandra contemplaba aquellas casas blancas de tejados rojizos y contraventanas azules. Todo estaba limpio en los alrededores, y el paisaje contenía pinceladas marineras que resistían al tiempo. Los balcones de madera, las paredes encaladas y la calma de la calle le transmitían una serenidad que hacía mucho que no sentía. Pensó que, de poder elegir un refugio, lo querría en un lugar como aquel, entre fachadas como aquellas, donde la vida parecía sencilla y la belleza no necesitaba artificios.

Victoria terminaba de hacer las maletas.

—Tenemos que irnos, hija.

Casandra observó su mano recién vendada a la luz del nuevo día, como si se tratara de un objeto extraño. Alguien llamó a la puerta.

—Soy yo.

Casandra le abrió a su hijo, con una sonrisa espléndida que encendió de alegría a Ethan.

—Hoy tienes muy buena cara, mamá.

—Solo una pesadilla al comienzo de la madrugada. Ese hombre caminaba junto a mí, tapando con su abrigo el cañón de la pistola pegado a mi espalda. Como cuando me sacó del aeropuerto.

—¿Has visto, abuela? Ya no parece el cadáver andante de hace dos días.

Victoria miraba el efectivo del que disponía en la cartera.

—¿Tienes todas tus cosas listas?

—Claro. ¿Por qué no desayunamos hoy en el hotel?

—Ya lo hemos hablado, no quiero dejar más rastro del necesario. Nadie debe vernos. Nunca se sabe quién puede atar cabos.

—Nadie va a reconocernos. Además, ya estamos en Francia. Es otro país.

—Aquí eso no va así, hijo. ¿Has visto en internet si hay alguna noticia de Xoán?

—De momento nada, se ve que no lo echan de menos.

—Ni nadie ha pasado por el monte donde lo abandonamos en el furgón.

Cassandra intentó sujetarse el pelo con una pinza.

—Y el cadáver de Viktor, no creo que nadie visite con frecuencia ese astillero abandonado.

Victoria la ayudó para que su mano herida descansara.

—Y Silvia guardará silencio eternamente, podrían relacionarla si investigan. Ahora es una asesina.

Evitaron mirar a los ojos de Ethan. No sabían qué podría haber hecho Silvia con el cuerpo de la abogada. Aunque los sentimientos del chico a menudo eran indescifrables, estaban seguros de que era un experto disimulando y de que sus emociones eran lo más oscuro de su personalidad.

Victoria cerró la cremallera de la maleta de Cassandra y echó un último vistazo.

—Vayámonos. Cogemos algo por el camino. Hoy debemos llegar a París para volar a última hora hacia Nueva York.

Cassandra echó el brazo por encima de los hombros de su hijo y le besó la frente.

—Por fin volvemos a casa. Lo primero que harás será cortarte el pelo.

Ethan sonrió, no muy seguro de si eso sería lo primero.

Capítulo 55

Ethan, sentado en el banco cerca de la puerta de embarque, se inclinaba hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Su abuela y su madre conversaban en el banco de enfrente, entusiasmadas por regresar a casa.

Victoria lo notó inquieto, mirando hacia todos lados, atento a las personas que merodeaban cerca. Se levantó y se sentó junto a él.

—¿Qué te preocupa, Ethan?

—Nada, abuela.

Le acarició el pelo con suavidad, pero él seguía inclinado en la misma postura.

—Míranos. Hace unos días estábamos en la misma situación, en el aeropuerto de Oporto. Solo que... esta vez no le quitaremos ojo a tu madre.

Ethan la miró serio y Victoria esbozó una sonrisa, esperando que él la devolviera.

—Teníamos que haberla matado, abuela. Nos va a perseguir siempre. Me lo dijiste hace tiempo y tenías razón.

—Hubiéramos matado a Tania en ese cruce de disparos.

—Al final la mató ella... Creía que no sería capaz de hacerlo.

Victoria se acercó a él, le sujetó el brazo y le besó en el hombro.

—Hijo, cuando estuvimos con ese psiquiatra loco, te provocó y estuviste a punto de apretar el gatillo... pero no era el momento. No lo hiciste y estoy orgullosa.

—No hablo de eso...

—Es lo mismo, Ethan. Quieres apretar el gatillo otra vez. Sé lo que es eso —el chico se enderezó y la miró a los ojos, dispuesto a escucharla—. Esa adrenalina de matar a una persona despreciable,

la seguridad de haber hecho un bien que deberían reconocerte... pero tú no eres un asesino, hijo. No quiero que te conviertas en eso.

—Ya es tarde, abuela. Disparé a Xoán a bocajarro.

—Pues no lo empeores. —El chico bajó la cabeza—. Si hacemos las cosas bien, no volveremos a saber más de Silvia. Mañana le darán todos los antibióticos necesarios a tu madre. Además de eso, necesitará ayuda psicológica. Estaremos una temporada en Nueva York tratándola con los mejores. Pero antes nos camuflaremos detrás de otra personalidad. Otros nombres. Otra vida. Tu abuelo tenía contactos que nos ayudarán con la nueva documentación. No te preocupes, todo irá bien.

—Tal vez yo también deba ir a esos psicólogos.

Victoria sonrió y le acarició la espalda.

—Me alegra que digas eso.

Pero Ethan seguía cabizbajo.

Capítulo 56

Victoria, fiel a su modestia calculada, había rechazado viajar en primera clase para no llamar la atención. Al chico le tocó el asiento junto a la salida de emergencia. El espacio extra permitía estirar las piernas y era el lugar más cómodo, así que se lo cedió a su madre para que, con algo de fiebre, pudiera dormir durante el largo trayecto.

Las últimas personas entraban en el avión y Victoria, en la fila de atrás, no quitaba ojo a su hija.

—Tu madre resistirá bien el vuelo —susurró—. Ya solo estamos a unas horas de que la vea un médico de confianza.

—Abuela, tienes contactos en todas partes.

—Tu abuelo era muy poderoso, hijo. Sin él no estaríamos aquí.

Se quedaron en silencio excavando en sus recuerdos para traer a ellos la imagen de Raymond sonriendo, haciendo una barbacoa en la parte trasera del jardín, mientras Victoria reprochaba algo a su hija. Nadie, excepto ella, sabía de su doble vida. Un marido complaciente y un alto rango en el FBI con funciones secretas a nivel gubernamental.

Al lado del chico, un abuelo discutía con su señora por la mala disposición en que había dejado el bolso en el compartimento superior, y una azafata acudía a intermediar y a asegurarse de que las compuertas quedaran bien cerradas.

Victoria miraba por la ventanilla, despidiéndose mentalmente de Europa y de aquel viaje forzado a sus orígenes en España. Ansiaba regresar a la patria que, para ella, estaba en América.

En ese momento, un mensaje llegó al móvil de Ethan.

Era el número de Tania.

"¿Ya te has ido?"

El latido del corazón de Ethan se aceleró. No daba crédito y, después de unos momentos, escribió:

"Sí, estoy en mi país".

El chico inclinó la pantalla para que su abuela no leyera.

"Habéis retrocedido la transferencia de tu abuela".

«Es ella».

"Haced la transferencia o lo cuento todo".

Victoria volvió al presente y alzó la vista.

—Hija, ¿estás bien ahí?

—Sí, mamá... Ya nos vamos.

Ethan tecleó:

"No disparamos. Te he salvado la vida, date por pagada".

Una de las azafatas cerró la puerta de embarque y comenzaron a escucharse las instrucciones de seguridad.

"Nunca te importé una mierda. Esa es la verdad. Eres un cabrón mentiroso. Pagarme lo acordado o lo cuento todo".

El chico tecleó rápido.

"Si hablas, quedarás implicada. Ya tienes dinero suficiente y un buen futuro".

Ethan bajó el teléfono ocultando la pantalla contra su estómago.

—Apaga el móvil, Ethan. ¿No has oído las advertencias? ¿Con quién hablas?

—Ahora voy, solo estaba haciendo unas comprobaciones en las criptos.

El avión comenzó a moverse y Victoria miró de nuevo por la ventanilla. A su lado, el abuelo daba por finalizada la discusión con su mujer.

En el teléfono había otro mensaje.

"¿Cómo sabías que Silvia no era capaz de matar?"

Ethan tecleó con disimulo.

"Es capaz, pero era la única manera de comprobar si estabais compinchadas".

El siguiente mensaje tardó en llegar. El sol se caía en el horizonte bañando con sus débiles rayos la cara de Victoria. El avión ya se dirigía hacia la pista de despegue.

"Cabronazo".

Ethan miró a su alrededor. Los murmullos habían bajado de intensidad y todos mantenían una postura erguida en sus asientos. Su madre parecía tranquila y su abuela se deleitaba con la salida de regreso.

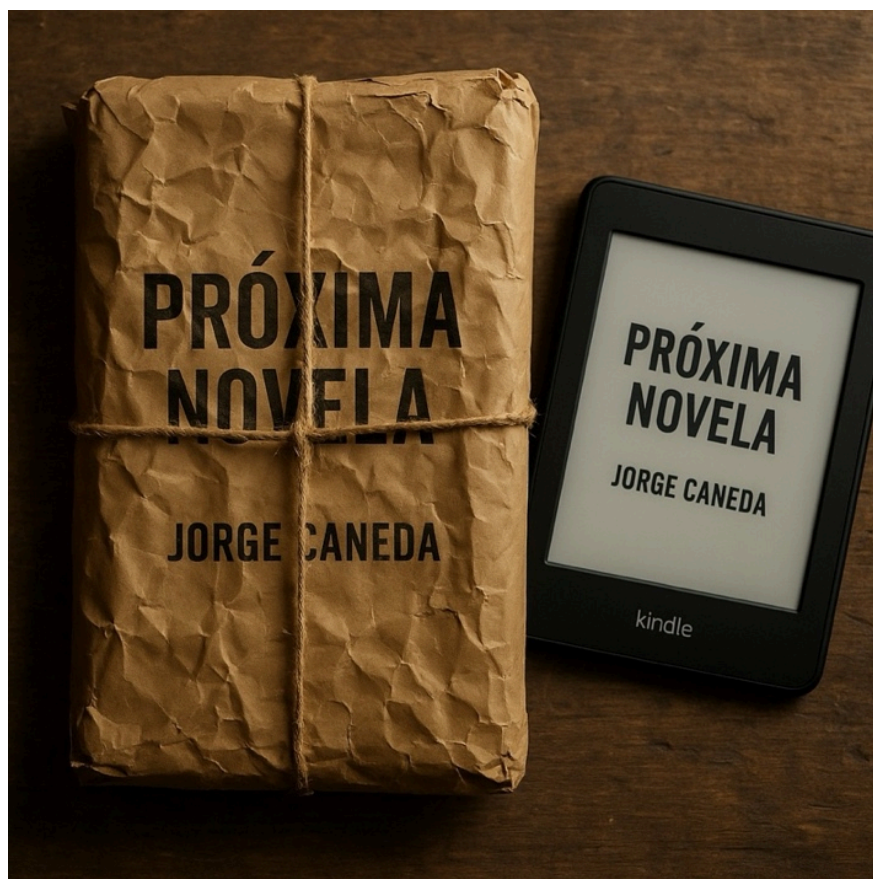
"Tal vez volvamos a vernos. Entonces, te mataré".

El chico silenció el teléfono, apagó las conexiones y lo guardó en su bolsillo.

El avión se lanzó por la pista con un rugido que hizo temblar el fuselaje. La fuerza los empujó contra el respaldo mientras las luces del aeropuerto quedaban atrás. Después se alzó con un tirón seco y, de pronto, París se abrió bajo las alas, dorada por el último resplandor del atardecer.

Victoria cerró los ojos. El viaje de regreso había comenzado, la ciudad se hundía lentamente en la sombra y al fin tenía a su familia bajo control.

No te pierdas mi próximo lanzamiento



Entra en mi club de lectores para estar informado por email de las próximas publicaciones y novedades.

[AQUÍ](#)



Nota del Autor

En esta novela no solo he querido escribir un thriller de suspense. También deseaba dejar un pequeño homenaje, casi un guiño oculto, a los hombres, mujeres y niños que trabajaron sin descanso en la posguerra civil española, junto a la ría de Arousa, arrancando barro con sus manos para fabricar tejas. Aquel esfuerzo levantó a muchas familias y hoy solo quedan ruinas que recuerdan ese sacrificio.

A Casandra la llevaron, en un primer momento, a una de aquellas fábricas ya abandonadas. Está en Vilalonga, un rincón maravilloso de las Rías Baixas que aún conserva ese aroma de hermandad que resiste al tiempo. Los abuelos más mayores del lugar todavía evocan aquellos días con una sonrisa breve, como quien recuerda que, entonces, no tenían nada. Absolutamente nada.

Quiero dar las gracias a mi hermano **Javier**, por esa mejora final que siempre logra aportar a cada una de mis novelas.

A **Jean Larser**, mi maestro literario, cuyos consejos me han ayudado con la escritura de esta historia.

A **Maya Sirval**, amiga y escritora, que en una noche sevillana supo recomendarme las piezas de música clásica que mejor armonizaban con el mundo de Viktor Balmadé.

Y gracias a ti, lector. Regresas libro tras libro, sostienes esta saga y mantienes viva a esta familia. Gracias por volver, aun sabiendo que aquí nadie sale indemne.

Si quieres contarme qué te ha parecido, puedes escribirme desde la suscripción gratuita en [mi web](#). No olvides dejar una valoración donde hayas comprado el libro o en otros portales de literatura, es un pequeño gesto que ayuda más de lo que parece.

Jorge Caneda
www.jorgecaneda.com
Noviembre de 2025



Entra en mi web y descarga gratis la PRECUELA de esta historia

Historias semanales, solo para ti, sin pagar un euro.

Acceso a los secretos de mi proceso creativo.

Te quedas solo si te gusta, puedes salir cuando quieras.

Y llévate gratis descargas sorpresa.

www.jorgecaneda.com



LIBROS DE MI CATÁLOGO

THRILLER SIN LÍMITE

Precuela: [Mentira Sin Límite](#)

Libro 1: [Sospecha Sin Límite](#)

Libro 2: [Codicia Sin Límite](#)

Libro 3: [Ego Sin Límite](#)

Libro 4: [Venganza Sin Límite](#)

SAGA SUPERVIVENCIA APOCALÍPTICA

Precuela: [Regreso a Costa do Medo](#)

Libro 1: [Las Horas Muertas](#)

Libro 2: [Los Hijos de Las Fragas](#)

SUSPENSE Y FANTASÍA

[El Camino del Perro](#)

NO FICCIÓN (AUTOAYUDA).

[Prólogo A Tu Vida](#)

Sobre mí

Hace años un sortilegio se apoderó de mí...

Tenía doce cuando, una mañana de verano, coloqué la hamaca sobre la mesa del jardín de mi abuela, cerré los ojos y –sin moverme del sitio– aprendí a volar con la imaginación. Desde entonces vivo con la necesidad urgente de contar historias: abrir pasadizos entre lo cotidiano y lo extraordinario.

Nací en la **Tierra de las Meigas**, donde la niebla murmura leyendas y los caminos se bifurcan en secretos. De ahí bebo para crear *thrillers* que latén con suspense, giros inesperados y personajes de carne y hueso; tramas diseñadas para que olvides el mundo hasta la última página.

Además de escritor, soy **asesor de empresas y emprendedor**. Ese contacto diario con la estrategia y la psicología humana alimenta mis novelas: sé cómo se toman las grandes decisiones... y qué ocurre cuando todo se tuerce.

Mi propósito es simple: que cada vez que abras uno de mis libros la realidad quede en pausa, el pulso se acelere y no puedas parar hasta descubrir la verdad final.

Si buscas ficción que te mantenga en vilo, **bienvenido a casa**. Soy **Jorge Caneda** y ya tengo una nueva historia preparada para ti. ¿Te atreves a entrar?

